

Sociedad Amantes de la Luz

Certamen de La Trinitaria

Auspiciado por el Honorable Presidente Trujillo

DUARTE,
SU FAMILIA,
PINA Y
LA TRINITARIA

TOMO III

EDITORIAL EL DIARIO - - - 1938

Santiago de los Caballeros - Rep. Dominicana



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



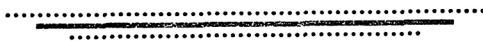
Sociedad Amantes de la Luz

Certamen de La Trinitaria

Auspiciado por el Honorable Presidente Trujillo



DUARTE,
SU FAMILIA,
PINA Y
LA TRINITARIA



TOMO III

EDITORIAL EL DIARIO - - - 1938
Santiago de los Caballeros - Rep. Dominicana



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Esta obra es propiedad de la Sociedad Amantes de la Luz, Inc., por derecho adquirido en virtud de la regla 9 del Certamen.

DUARTE, SU FAMILIA, PINA Y LA TRINITARIA

ESTE TOMO CONTIENE :

Primera Parte

Veredicto del Tema V,	por	El Jurado
Semblanza de Juan Pablo Duarte	por ..	Ramón del Orbe y del Orbe
Juan Pablo Duarte	por	Otilio Méndez A.
Duarte, el Apóstol	por ..	Dr. Gustavo A. Mejía Ricart
Pedro Alejandrino Pina	por	Porfirio Herrera Báez

Segunda Parte

Veredicto del Tema VI,	por	El Jurado
Monografía de La Trinitaria	por	Ml. A. Machado Báez
La Trinitaria	por	Teresa Peña Vda. Espinal

Tercera Parte

Veredicto del Tema VIII,	por	El Jurado
Aporte de la familia Duarte - Diez á la Independencia	por	Guido Despradel Batista







PRIMERA PARTE
TEMA V



**VEREDICTO DEL TEMA V,
Semblanza ó bosquejo biográfico de
uno de lós Trinitarios**

En acatamiento a la honrosa designación que nos hicisteis, para conocer como Jurado de los trabajos correspondientes al tema V del Certamen Literario, iniciado por la Sociedad “Amantes de la Luz”, bajo los auspicios del Excelentísimo Señor Presidente de la República, y en conmemoración del primer centenario de “La Trinitaria”, os rendimos el presente veredicto:

Al tema V del Cartel: “Semblanza o bosquejo biográfico de uno de los trinitarios siguientes: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Alejandrino Pina, Felipe Alfau y José María Serra”, concurren solamente doce semblanzas de Duarte, tres de Pina y una de Alfau, y las demás quedaron desiertas.

En lo que a Duarte se refiere, el Jurado considera merecedor del Primer Premio, el trabajo que tiene por Lema: “Dulce et Decorum est pro Patria mori”, firmado con el seudónimo: **Tamayo**. En estilo elegante y en consonancia con la verdad histórica, la figura de Duarte es delineada con acierto, y luce su grandeza inmaculada.

El Segundo Premio debe otorgarse al trabajo cuyo lema es: “Exelsitud” y que suscribe **Plutarco**. Veracidad, sencillez y claridad, son sus cualidades características.



Se concede Mención Honorífica, al trabajo de **Tito Livio**, que lleva el Lema: "Mi patria y mi vida son una misma cosa". La documentación revela un serio estudio, que el Jurado aprecia sin hacerse solidario de los juicios emitidos.

Con respecto al prócer Pedro Alejandrino Pina, es acreedor al Primer Premio, el trabajo que firma **Domínico** y que lleva el siguiente Lema: "He aquí, otra vez, como el ideal de un sacrificio inmortal". Escrito con naturalidad, nos muestra al Pina revolucionario, enardecido con sus multitudes con su palabra ardorosa. Debe observarse, no obstante, que su autor afirma erróneamente, que al pasar por el Cibao, Charles Herard ainé, redujo a prisión a Salcedo, cura de La Vega, cuando es lo cierto que el prisionero fué Francisco Antonio Salcedo, más tarde uno de los héroes de la independencia nacional.

Las demás semblanzas de Pina, al igual que la de Alfau, no reúnen los méritos suficientes para ser galardonadas.

Respetuosamente saludan a los miembros del Consistorio:

Licdo. Manuel Ubaldo GOMEZ

Prof. Luis DESPRADEL

Licdo. Ramón S. COSME



SEMBLANZA DE JUAN PABLO DUARTE

Lema: Dulce et Decorum est pro
Patria mori — — —

Por Ramón del Orbe y del Orbe

Aunque la tierra es la Patria de todos los hombres, el desarrollo de razón y de conciencia no es, por la ley evolutiva de las cosas, igual en todos ellos, y el mal uso del libre albedrío con que la Providencia de todo cuanto existe ha distinguido al sér humano, unido a la desigualdad del desarrollo de razón y de conciencia, ha determinado que los hombres no hayan podido gozar aún de la filosófica condición de vivir en paz común el planeta que le sirve de morada, sino que no comprendiendo, no sintiendo, no respetando el máximo amor que representa y encierra el pedazo de tierra en que un pueblo ha nacido, han tratado siempre de arrebatarérselo mutuamente, de imponer opresión y humillación, violando así el natural derecho de libertad individual y colectiva, el goce de las tradiciones, el amor de las costumbres y el culto venerable de los antepasados de un pueblo. Y como todo esto constituye el amor patrio, que es el más ingente amor que el hombre puede sentir en la tierra, cada vez que un pueblo se ha lanzado y se lance a defender o a restaurar la libertad de la Patria, ha obrado santamente, y sus héroes han pasado, transfigurados, a la excelsa condición de mártires y apóstoles, como vemos a Leonidas en Grecia, a Camilo en Roma, a Guillermo Tell en Suiza, Garibaldi en Italia, a Kociusko en Polonia, a Washington en Estados Unidos, a Pelayo en España, a Bo-



ívar y a San Martín en Sur América, a Juárez en Méjico, a Martí en Cuba, y a nuestros períncritos Duarte, Sánchez y Mella en nuestro amado terruño. . . !!

Siempre, siempre es noble y gloriosa la misión de un libertador; pero la ley de la relatividad hace que haya en el mundo muchos que ocupan esa cumbre con un resplandor y una gloria realmente superiores, porque sus acciones han sobrepasado en abnegación y desinterés el límite de los humanos. Entre estos héroes se destaca el fundador de la Nacionalidad Dominicana, el inmaculado Juan Pablo Duarte y Diez. Era Duarte de color blanco, finas facciones, tamaño y grueso regulares, ojos azules de mirar sereno pero observadores y penetrantes, cabellera “dorada y poco poblada”, negro y abundante bigote, de carácter amable, jovial y responsable, de espíritu noble y virtuoso y sólo excitable ante los grandes acontecimientos, de clarísima inteligencia, caminar mesurado, cuidadoso de su cuerpo, de alma buena, cariñosa, caritativa y altamente abnegada. Nació este ilustre ciudadano en la antigua Ciudad de Santo Domingo de Guzmán, hoy Ciudad Trujillo, el Martes 26 de Enero de 1813, siendo sus padres Don Juan José Duarte y Rodríguez, español, y Da. Manuela Diez y Jiménez, natural de Santa Cruz del Seibo. Los esposos Duarte-Diez eran de sentimientos nobles, y por tanto le inspiraron a su familia el amor a la virtud, al estudio, a la religión, como se desprende del hecho de que todos sus hijos, especialmente Juan Pablo y Rosa, fueran personas de culta preparación antes de Juan Pablo haber ido al extranjero, de arraigada fé cristiana y de pensamientos altos y generosos. En la época en que nació nuestro Padre de la Patria, gobernaba interinamente la Colonia, el Coronel de Artillería Don José Masot, quien fué sustituido por Don Carlos de Urrutia y Matos, el célebre Carlos Conuco, en cuya época el estado



de la Colonia, como afirman los historiadores Pichardo, Gómez, García, y otros, era desastroso tanto social como políticamente, porque el comercio, la agricultura, la instrucción pública, etc., no existían casi puede decirse, y el trato que recibía la Colonia, políticamente hablando, era también lamentable, estableciéndose un régimen despótico y absoluto encomendado al Gobernador Urrutia con motivo de Fernando VII haber abolido la Constitución, apelándose a la plata macuquina, y a otros expedientes semejantes.

Dentro de ese estado, algunas familias y varios individuos leían, estudiaban, pensaban en su destino y sentían lo que sufrían, apesar de que el pueblo todavía estaba en la primera fase ontogénica de su organización y no tenía aún el concepto de libertad y de patria que es necesario para la constitución de un Estado. Entre los jóvenes de noble aspiración, de sentimientos altos, y estudiosos, que se detacaban dignamente en tan lamentable época, se hallaba Duarte en primera línea. Desde muy niño admiró el ejercicio de las armas y sintió amor por el culto de las ciencias y de las letras que en esa época había en la Colonia; su madre quiso que abrazara la carrera eclesiástica, pero aunque tuvo siempre devoción por el Sacerdocio, no se decidió por la Iglesia, resolviendo su padre, que gozaba de holgada posición económica, enviarlo a estudiar a Estados Unidos, a Inglaterra, a Francia y a España, cuando todavía era un adolescente. Apesar de su poca edad, no tenía 20 años, palpitaba ya vivamente el amor a la Patria cuando iba hacia Europa, hasta tal punto que algunos historiadores afirman que se sintió herido ante varios insultos al pueblo dominicano expresados en su presencia por el Capitán del buque en que iba a Barcelona, y que desde ese momento nació y aumentó su disposición de libertar a su pueblo. “Y —dice Despradel Batista— en aquellos medios de amplia



cultura y de civilización refinada, cultivó esmeradamente su espíritu y se dió cuenta perfecta del estado de dignidad que brinda la libertad a los hombres”.

Duarte retornó de Barcelona en 1833, es decir, cuando apenas contaba 20 años de edad, y, ese retorno sin haber hecho una profesión liberal, sin tener un motivo poderoso para regresar, y su inmediata y absoluta consagración apostólica, abnegada, desinteresada, heroica y activa a la Patria, evidencia que solo la llama ardiente del patriotismo más alto que le encendió siempre el pecho, fué la causa de su vuelta al país, como lo atestigua el hecho de que al preguntarle el insigne Dr. Manuel María Valverde “qué era lo que más le había llamado la atención y agrado en sus viajes”, refiere el Licdo. Leonidas García, Duarte le respondiera con firmeza: “Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos un día a nuestra Patria”. Si a su ida el pueblo vivía una vida de atraso y de pobreza, a su vuelta lo halló sumido en ese mismo o en mayor atraso y con mayor pobreza, y víctima de la opresión y de la humillación que le había impuesto el despotismo absoluto de Boyer, obligando a que las personas pudientes y significativas, como los Rojas, Baralt, Heredia, Pichardo, Rodríguez, Tió, etc., abandonaran el suelo que los vió nacer, por no poderse avenir con las costumbres de los negros de Occidente, ni mucho menos poder resistir ni contemplar el oprobio, el ultraje, y la desolación que imperaba. Aquí es dónde y cuándo se eleva apostólicamente Duarte; en presencia de aquel cuadro de abyección, servidumbre y humillación, es cuando su esbelta figura se agiganta; frente a aquel pueblo torturado “debió exclamar —dice el Padre Meriño— como Matatías: ¡Ay de mí!, ¡para que nací para ver la ruína de mi pueblo y de la santa ciudad y estarme en ella sentado mientras se halla en manos de sus enemi-



gos. . . ?” Desde ese momento, no tiene un instante de reposo, ni tiene paz, ni tranquilidad, ni sosiego: el fuego sagrado del patriotismo arde encendidamente en su noble pecho, y solo ver la Patria libre, redimida, soberana e independiente de toda potencia extraña, puede devolverle el perdido reposo. Su obra es de héroe y de apóstol, porque tiene, como muy bien dice Miguel Angel Garrido, que “levantar de la inercia a un pueblo esclavo; infundir la vocación del patriotismo a los elementos primordiales que eran necesarios para aquella radical empresa del amor patrio”. Pero él, con un plan excelentemente concebido y discretamente ejecutado para que el despótico imperialismo del invasor no lo destruyera, hace visitas y renueva, establece y sostiene relaciones con todo cuanto había quedado de valer y de concepto en la Capital, y predica, anima, convence, exalta, da clases, traduce un texto de esgrima para enseñar el manejo de las armas blancas, lo hace todo, hasta preparar al pueblo, hasta poderle transmitir el máximo concepto de Patria y hechizarlo prendiéndole la llama del más alto y puro amor en la tierra. En esta labor de preparación, Duarte fué ayudado por el Padre Gaspar Hernández; pero la gloria y la grandeza de la obra le corresponden enteramente a él, porque él fué el iniciador, el sostenedor, el noble agitador de su pueblo, quien le dió en prédicas constantes concepto de libertad y quien lo movió virilmente hacia la realización del supremo ideal de Patria. Por esta razón, sobrepasa moralmente a casi todos los grandes libertadores de América. Bolívar, San Martín, Páez y Washington, son dueños gloriosos de cien batallas rendidas a sus pies; sus coronas de triunfos en el campo ardido de la guerra están tejidas de laureles inmarcesibles, y el eco de sus nombres resuena aún en Carabobo, Maipó, Mucuritas y Yorktown; pero la obra de Duarte, sin pasión y sin eufemismos, es más grandiosa: aquellos paladines de la liber-



tad actuaron con gente preparada, mientras éste fué el autor de la preparación de su pueblo, y como expresa magistralmente Miguel Angel Garrido, “los que conciben redenciones y llevan la fé al ánimo de las muchedumbres y fabrican con el verbo y el ejemplo el porvenir humano, son más grandes que los espadachines que realizan la libertad con el auxilio de las mayorías ya convencidas, y el patriotismo hecho de antemano virtud inapelable”. El Apóstol se opuso al grupo denominado Los Afrancesados, que nunca tuvieron fé en los ideales salvadores que animaban a los futuros febreristas, y por tanto no creyeron nunca en la República, sino que eran fervientes partidarios de un Protectorado francés.

Por fín, el Patricio cuenta con la mayoría del pueblo preparada para la noble obra. El era religioso, y además soñador. Corre el año 1838; tiene 25 años de edad, el corazón lleno de noble pasión, el espíritu de patriotismo y la mente de ilusiones. Se apróxima el Día del Carmen, 16 de Julio, y su gallarda figura une la sublime idea de mujer y la divina fé de su religión en Nuestra Señora del Carmen, para dejar constituída bajo su augusto patrocinio la Sociedad donde debía fraguarse la libertad de la Patria. Conoce y teme la falsedad y la traición de los hombres, y escribe el solemne juramento con el cual considera asegurada la fidelidad de sus compañeros; concibe la Bandera, el lema y el nombre de la Patria, el Escudo, las palabras sacramentales para reconocerse mutuamente, la organización de la Sociedad, la forma de ingreso de los nuevos miembros, todo, en una palabra, lo concibe y lo prepara, y fija con los otros fundadores el día en que debía quedar instalada la Sociedad. Llega el 16 de Julio, Domingo, y con ese motivo, los dominicanos, que se dedicaban siempre a sus actos religiosos apesar de la oposición y mofa de los haitianos, se



disponen, talvez guiados por la Providencia para que los infames gobernantes dedicaran su atención a la observación de la aludida fiesta religiosa, a que dicha celebración sea solemne. De nueve a diez de ese día inmortal, mientras casi todos los habitantes de la Ciudad Primada están en el Templo, con Duarte y sus gloriosos compañeros, en la casa de Da. Josefa Pérez, alias Da. Chepita, frente a la Iglesia y a la Plaza del Carmen, fué inaugurada por el Héroe "La Trinitaria" con alta fiebre patriótica, con fé robusta y creciente, suscribiendo el juramento con la sangre patricia de sus venas.

Constituída tan solemnemente la benemérita Sociedad, Duarte, que creyó siempre en la redención de la Patria, debió sentir una de sus más supremas alegrías. Su transfiguración de Apóstol aumenta, toma realmente una actitud imponente que recuerda a Moisés guiando a su pueblo, cuando de él dice su compañero J. M. Serra en su obra *Apuntes para la Historia de los Trinitarios*, que "sus ojos azules, de mirar sereno, le centellean; su tez suave, teñida de ordinario por las rosas, en aquel momento parecía deberle su color a la amapola; sus labios finos, donde de continuo una dulce y cariñosa sonrisa revelaba la bondad e ingenuidad de aquella alma noble e inmaculada, veíalos convulsos agitando el negro y espeso bigote que a la vez que formaba contraste agradable con su dorada y poco poblada cabellera, al dilatar la longitud de su frente daba magestad a su fisonomía. Con el pecho erguido, adelantando el paso, acompañando la acción con la mano derecha, como si terminara una arenga concitadora ante el pueblo, repitió: "¡Fuera toda dominación! ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!!". Cada trinitario continuó cumpliendo su noble misión; pero Duarte fué siempre la palpitación misma de la Patria hecha anhelo, ansiedad y acción. Siguió más vivamente predicando, convenciendo, no hacía más que agi-



tar dignamente al pueblo haciéndole ver la inaplazable necesidad de sacudir el yugo exótico, hasta conseguir que en las cátedras, en el púlpito, la Sociedad “Filantrópica” —continuación de “La Trinitaria”— en el teatro, se criticara la tiranía imperante, y se rebelara la augusta magestad de la Patria ante tanto oprobio. El pueblo, preparado ya por él, responde a la patriótica llamada. Como un Mesías, va y viene organizándolo y preparándolo todo para el golpe, el Gran Patriota.

El despotismo de Boyer se hace intolerable en la parte Occidental; Duarte espera el rompimiento para aprovecharse de él y dar el Grito de Libertad. Por estos mismos días los afrancesados habían reunido a varios dominicanos, en la casa de Don Manuel Joaquín Delmonte, que era su jefe más destacado, con el objeto de que se unieran todos; pero Duarte no estuvo de acuerdo porque el fin no era el ideal de Patria libre. De común acuerdo con sus compañeros, se había unido a los reformistas con el cívico fin expresado, y había mandado primero a Juan Nepomuceno Ravelo y luego a Mella a entenderse con los enemigos de Boyer y a obtener las combinaciones políticas de dicho movimiento revolucionario. Estalla el esperado movimiento en Praslín el 26 de Enero de 1843, lo que el Apóstol tomó como un buen presagio porque ese mismo día cumplía él 30 años de edad, y con fines libertadores, el 24 de Marzo, Duarte, con algunos de sus compañeros, se unió a varios reformistas, en la histórica Plazuela del Carmen con el objeto de hacer preso al General Carrié; pero el asalto fué detenido por el General Paul Alí al llegar a la Plaza de Armas, hoy Parque “Colón”. El Patriota obtuvo, en su unión con los reformistas, planes, combinaciones y secretos con el General Desgrotte, enemigo del régimen de Boyer. El movimiento de la Reforma en el país había obtenido varios



triunfos en Santiago, San Cristóbal, Azua y Baní y en consecuencia había tomado gran significación y alentado los ánimos a un grado tal, que Alexis Carrié, Gobernador de Santo Domingo, abandonó el mando el 26 de Marzo, ante un Consejo de Notables que sólo duró tres días, pues fué destituido el 29 por el General Desgrotte, quien asumió la dirección del Poder ayudado por una Junta que constituyó al efecto y de la cual formó parte Juan Pablo Duarte. En el mismo año de 1843, se establecieron Juntas Populares en el país a favor de la Reforma, y Duarte fué designado, el 7 de Abril, organizador de las del Este, lo que él aceptó gustoso porque eso le permitía entrevistarse, como lo hizo, con Ramón Santana y quien trató de conseguirse a Pedro su hermano, y encender y animar el patriotismo, según García, de los elementos de valer de las regiones Orientales. En la Capital, le ganó brillantemente el 15 de Junio las elecciones a Augusto Brouat en la Plaza que hoy lleva su nombre sagrado, ante cuyo éxito, calificado por García como “triunfo del derecho contra el hecho”, declaró el inteligente delegado haitiano que “la separación de la parte Española es un hecho”.

Todo marcha admirablemente, llenando de febril regocijo el alma pura del Patricio Insigne; pero. . . , él ya era redentor, él había enseñado ya el camino de libertad que debía seguirse conforme el alto patriotismo que le animaba y que habíale infundido a su pueblo, y, por tanto, siendo redentor, tenía que comenzar a apurar el cáliz de la traición y la incomprensión que le llenó eternamente la vida de dolor. . . ! La obra de los francesados seguía; Duarte trataba de unificar las masas en el ideal sagrado que sustentaba, y con tan elevado motivo, Don Pedro Valverde y Lara, febrerista, promovió una reunión en la casa llamada de los dos cañones, refiere Don José Gabriel García, a la



cual sólo concurrieron Duarte, Pina, el citado Don Pedro Valverde, y Manuel Joaquín Delmonte que era la figura principal de los afrancesados en compañía de otro individuo, para ver si era posible llegar a un acuerdo. Don Manuel Joaquín Delmonte no accedió a nada, pero ofreció guardar reserva de la enaltecedora finalidad separatista. Sin embargo, la casa era de dos pisos, y créese que debido a una indiscreción de Zeferino Pepín, que habitaba el primer piso, todo fué divulgado, pues al día siguiente apareció en un número del antipatriótico periodiquito “La Chicharra”, todo cuanto fué tratado por Duarte, y llevado a conocimiento del Delegado haitiano Augusto Brouat. Y así, llegan noticias a Haití de los acontecimientos políticos que se habían sucedido con relación al motivo del movimiento de Praslín, y Charles Herard Ainé, a la sazón Jefe del Gobierno haitiano, viene personalmente a sofocarlos. De este modo, o quizás un traidor como el de Leonidas, es delatado Duarte y varios de sus compañeros ante Charles Herard, y, con tan bajo motivo, él, el Patriota sin mancha, con otros trinitarios, apesar de las precauciones tomadas, es encarnizadamente perseguido y tiene que abandonar el solar nativo, embarcándose clandestinamente para Curazao.

Cuánto dolor debió sentir, sin todavía haber visto flotar libre a los vientos la hermosa Bandera que concibiera como símbolo de su Patria idolatrada! En Curazao, no tuvo un momento que no fuera de angustia, de ansiedad por volver al suelo natal, a terminar de convertir en realidad su gran sueño de predestinado. Por correspondencia era enterado de cómo seguían laborando sus compañeros; pero el grito salvador no había resonado aún. En esa situación, recibe la carta de Sánchez en la cual le dice que se necesitan armas y municiones “aunque fuera a costa de una estrella



del cielo” para que el triunfo sea seguro; y, ante esta necesidad, considerando que con los elementos solicitados la República sería, y al no hallar esos recursos en Venezuela donde fué con tan importante fin, en el más excelso gesto de desprendimiento y abnegación, le escribe a sus hermanas la histórica carta en que les pide que ofrenden todos, él el primero, “en aras de la Patria”, todo lo que dignamente habían heredado de su honorable padre. Este hermoso gesto, que trasciende al desprendimiento de toda humana criatura; bastaría por sí sólo para colocarlo en el pedestal de gloria y de abnegación en que imponentemente reposa.

Viene la épica noche de Febrero, y al día siguiente la Junta Central Gubernativa lo manda a buscar con Juan Nepomuceno Ravelo. El 14 de Marzo, engalanada con tal motivo la Primada de América, vuelve Duarte al país. El pueblo lo recibe el 15, a las siete de la mañana, entre flores, banderas, aclamaciones, salvas de artillería, etc., llamándolo, con sobrada razón, Padre de la Patria. Dice Despradel Batista que esa fué “la única verdadera apoteosis que recibiera en vida”, porque antes, todo había sido ansiedad, abnegación, sacrificio y traición, y después todo fué sufrimientos, dolores, pesares, deslealtad y decepciones, hasta exhalar, siempre por la Patria, el último aliento de vida en playa extranjera. Ya en el país, lleno del más puro e ingente regocijo, como prueba máxima de que sólo tenía la aspiración suprema de ver libre su Patria, ofrece desinteresadamente sus servicios a la Junta Central Gubernativa que dirigía los destinos de la naciente República. La Junta Gubernativa le ofreció la Presidencia de dicho organismo; pero él, por el alto expresado sentimiento de humildad, no aceptó más que el cargo de Vocal y el grado de General de Brigada. Su patriotismo sigue siendo una llama encendida; la Junta Gubernativa firma el Plan Le-



vasseur el 18 de Marzo, por medio del cual se aceptaba el Protectorado que deseaban los afrancesados, y Duarte es el único que “protesta airado, agita con su fé de iluminado al pueblo, y detiene la consumación de hecho tan abominable. . . había salvado una vez más la sagrada integridad de la República”.

Pocos días después, la Junta Gubernativa le ordena “talvez pérfidamente” dice Bernardo Pichardo, “marchar inmediatamente” mandando una División, a Baní, y ponerse de acuerdo con el General Pedro Santana, que permanecía allí inexplicablemente inactivo después de la Batalla del 19 de Marzo. Duarte trata de mover a Santana a que ataquen al enemigo que “se halla diesmado por el hambre y la deserción”, pero Santana sigue indiferente su completa inactividad. El Apóstol le escribe tres veces a la Junta Central Gubernativa comunicándole cuál era la actitud de Santana, y la Junta, en vez de reprimir dicha actitud dudosa, le ordena a Duarte que retorne a la Capital. El Padre de la Patria obedece, pero se da exacta cuenta de que los acontecimientos no seguían el mismo curso que antes de su ida a Curazao; sospecha, con razón, que la obra de los afrancesados volvía a hacerse sentir. No obstante, se sintió animado al firmar como miembro de la Junta Gubernativa, el 19 de Abril, “guerra abierta, por mar y tierra, a la nación haitiana, como dañina y enemiga, autorizando a los dominicanos y a los que se unieran a ellos, a hostilizarla como agresora e injusta, y haciéndole responsable ante Dios y el mundo de los males y horrores que tragera consigo la guerra”. Siempre lleno de ferviente patriotismo, solicita de la citada Junta Gubernativa la dirección de la expedición patriótica que desde Santiago, pasando por Constanza, debía tomar a San Juan de la Maguana; pero la Junta “desprecia su espontáneo ofrecimiento” respondiéndolo



le que continuara en Santo Domingo “en el ejercicio de las funciones que se le habían confiado”. Desde ese momento, Duarte se ve postergado. El no protesta, no se queja; y no protesta ni se queja, porque sabe que esa actitud suya va a dividir al pueblo, a provocar de seguro la guerra civil, que esta división amenaza la vida de la República, y él permite verse postergado, humillado si era necesario, antes que la Patria, supremo ideal de todos sus afanes y de su más grande amor, corra peligro de muerte.

Más tarde hubo una reacción favorable a los sentimientos de Duarte en la Junta Central Gubernativa, y aprovechándola con miras de que aumentara, el Fundador de la República determinó el 9 de Mayo en la Fortaleza hacer presos a Báez y a Don Manuel Joaquín Delmonte, lo que no se llevó a efecto porque se asilaron en un Consulado. En Junio fueron eliminados de la mencionada Junta algunos elementos santanistas, y en tal virtud, Mella, que ocupaba la Comandancia de las delegaciones del Cibao, quiere, sin lograrlo, tranquilizar, orientar y dirigir los ánimos, que estaban divididos, a favor del Héroe; la Junta así lo espera, pero sus comunicaciones a ésta son poco halagadoras, y, en vista de ello, nombra Delegado del Cibao a Duarte, el 15 de Junio, con amplias facultades y poderes para calmar y unir al pueblo y elegir, dentro de la ley, municipios, terminar discordias civiles, conforme expresa minuciosamente el historiador Don José G. García. El 20 salió el Patricio de la Capital, y el 24 llegó a Cotuí, siendo recibido son inusitado entusiasmo. Arriba a La Vega el 25, donde es recibido con grandes demostraciones de afecto, simpatía y reconocimiento a su ilustre persona y a su admirable obra; se hospeda en la casa honorable de las Señoritas Villa, quienes hicieron la primera Bandera Dominicana que flotó en la región cibaëña; permanece en La Vega hasta el 29, y lle-



ga a Santiago el 30, donde está Mella, y donde como en La Vega, recibe elocuentes pruebas de afecto y adhesión, y donde observa también una gran reacción febrerista. Mella, sin embargo, le hace ver que la situación no es tan buena como él se la imaginaba, le hace ver el gran movimiento santanista que se originaba, y que por tanto se hacía necesario tomar una actitud decisiva. El Apóstol no contesta, medita, piensa siempre que esa actitud puede matar la recién nacida Patria, y él por nada de la vida puede permitir esa muerte. Mella dirige en Santiago un movimiento a favor de Duarte; Santiago, que se había inmortalizado el 30 de Marzo, heroica y digna, responde al llamamiento, y en virtud de un patriótico pronunciamiento, proclama al Padre de la Patria, Presidente de la República el 4 de Julio, a los cuatro días de su llegada a la Capital Cibaeña. . . Al presentarle el Acta de la Proclamación, los altos pensamientos de que la guerra civil que seguramente se iba a desencadenar mataría la República, y su absoluto respeto a la Autoridad legalmente constituida, representada por la Junta Central Gubernativa, le hizo rechazar de primera intención ante asombro de sus compañeros la referida Proclamación, aceptándola sólo cuando fuera ratificada por la expresión libre del pueblo manifestada por el voto de la mayoría de sus conciudadanos. Por todas estas relevantes y raras virtudes, el justo y profundo Maestro Don Federico Henríquez y Carvajal dice, con sobrada razón, que Duarte es entre sus compañeros “el único en la pureza absoluta de su vida”. El 11 de Julio llegó Duarte, con varios amigos, a Puerto Plata, y allí también declinó en el discurso que pronunció contestándole al General Villanueva, la forma de la Proclamación de Presidencia de la República de que había sido dignísimo objeto en Santiago. Mella y los demás febreristas siguen dándose cuenta de que el santanismo crecía rápida y amenazadoramente en con-



tra de las ideas del Patricio; se lo expresan así, y le ruegan en vano que por esa circunstancia acepte la designación hecha. La labor santanista aumenta, y, para conjurarla, va una Comisión de Santiago presidida por Mella a la Capital a obtener que la Junta Gubernativa llame libremente al pueblo a elecciones, único modo que Duarte acepta, mientras el perínclito Ciudadano espera el resultado en Puerto Plata. Parte la Comisión de Santiago, y casi seguido se pronuncian las principales ciudades cibaenas a favor de Santana, llegando los acontecimientos a tal grado de alarma, que Duarte, aconsejado por varios amigos, se fué a una casa de campo en las faldas de Isabel de Torres.

A raíz de estos palpitantes acontecimientos, retorna Santana de Baní a la Capital, disuelve el 13 de Julio la Junta Central Gubernativa, forma otra, y se hace proclamar Jefe Supremo por el Ejército del Sur. De Santiago se le había comunicado la Proclamación de Duarte a la Junta Central Gubernativa, para “que salvara al país de la dominación extranjera”; Mella llega ahora en Comisión a Santo Domingo, donde es hecho preso en la Puerta del Conde. Inmediatamente, fué enviada la goleta “Separación Dominicana” a Puerto Plata para conducir preso a Duarte. . . Ejecutó la infame orden el General Pedro de Mena, y mandaba la goleta el Coronel Juan Bautista Cambiaso. El Fundador estaba física y moralmente enfermo; no obstante, es conducido a Santo Domingo y encerrado en la Torre del Homenaje, al través de cuyas rejas, dice García, veía la farsa que representaban sus enemigos para condenarlo. El acepta, como Jesús, aquella nueva copa de amargura. Cuánta grandeza ante tanta infamia! La Junta, bajo la presidencia de Santana, se opone a la Proclamación hecha por Mella, e insulta miserablemente al Creador de la Nacionalidad expresando “en una carta que



hace estremecer de justa cólera a toda alma puramente patriótica” —dice Despradel Batista— que los “servicios (de Duarte) a la Patria aún no son conocidos, ni es hombre que puede salvarla de ningún peligro”, y Santana llama al Patrio en el manifiesto que con ese motivo dirigió al Ejército y al Pueblo, traidor, intrigante, ambicioso, etc. ¿El, Duarte, incapaz de salvar la República, cuando él era quien la había creado; él traidor, intrigante y ambicioso, cuando había permitido la más humillante postergación por la vida de la Patria. . . ? Hasta dónde lleva a los hombres la maldad y la ignorancia ensoberbecidas por la vanidad del Poder. . . !!

En la Capital, continúa la obra nefanda contra Duarte. El Ejército del Sur se indigna vilmente contra el Creador de la Patria y sus insignes compañeros, y les pide contra ellos el 10. de Agosto a su Jefe Supremo y a la Junta Central Gubernativa, que como hemos expresado era hechura de Santana, que castiguen a “los asesinos de la Patria”, y, a esta inmoral petición, se unió otra a los tres días, el 3 de Agosto de 1844, de 68 miserables padres de familia, clamando “que por los crímenes notorios de los antedichos reos de lesa nación era de absoluta necesidad expatriarlos del país, más bien que pasar por la pena de verlos ejecutar y condenar a muerte, medida de sus crímenes y a la que se habían hecho acreedores”. Duarte, que también como Jesús había enseñado y libertado a su pueblo, es injustificadamente acusado como él por el pueblo a quien le ha dado Patria. El 22 de Agosto, dicta la Junta del futuro Anexionista la sentencia en que Duarte y sus compañeros son declarados traidores a la Patria y expulsados a perpetuidad del territorio nacional. . . Cuánto debieron sufrir! Quousque tandem, Domine!

El 10 de Septiembre, a las seis de la tarde fué embarcado para Hamburgo el Fundador de la República. Rosa, su



hermana, refiere así la triste partida: “Rodeados de numerosas tropas bajaron al muelle; él iba enfermo con las calenturas que había traído de Puerto Plata y se apoyaba para poder andar en los brazos de su hermano Vicente y su sobrino Enrique. Al llegar al bote que debía conducirlos a bordo del buque los hicieron separar: pues los opresores de la Patria, para hacerles más dolorosa su separación, los confinaron a distintos puntos”, y García Godoy dice: “De pié, sobre una peña que salpica el oleaje, los miro irse y siento que irresistible emoción va invadiendo mi alma. Se humedecen mis pupilas y de ellas se desprende lentamente una lágrima. . . Me descubro en respetuoso ademán de despedida, y mis labios murmuran, variándolas a mi antojo, algunas de las conmovedoras palabras que en Ricardo III, la creación dramática del divino Shakespeare, pone éste en boca de uno de sus personajes: “Adios, patricios infortunados, los de los tristes destinos!” El lenguaje humano no puede expresar la angustia que debió sentir el immaculado Libertador de la Patria: él, que se lanza y se expone a redimirla desde cuando aún era un niño, pues no contaba los veinte años de edad, que le consagra y le da todo el fuego de su alma y de su mente, todas las energías de su vida, no dejándole tiempo y lugar ni siquiera para las dulces conquistas del amor de su joven corazón, que le rompe las duras cadenas de la esclavitud, debió sentirse transido del más profundo dolor, cuando, a los treintiún años de edad, es vilmente expulsado de su seno. Quien así ama y redime a su Patria, no pudo haber tenido un solo momento de paz! De Hamburgo, nadie sabe cuando ni como, tratando de acercarse a su suelo idolatrado, pasando por Curazao, vino a Venezuela, a las selvas del Río Negro donde vivió pobre e ignorado trabajando para ver si podía devolver a sus hermanas el patrimonio material que habían ofrendado a la Patria.



Santana y los suyos habían seguido su obra antipatriótica, y la Anexión de la República a España había sido.

Duarte erraba por los llanos de Apure, cuando, el 10 de Abril de 1862, “un periódico, mensajero misterioso que la Providencia, talvez, hizo caer en sus manos —dice nuestro máximo orador: Meriño— le impuso de lo acaecido en la República en 1861, y al punto sintió renacer en su mente las lejanas visiones que había acariciado en su mejor edad. La voz de la nacionalidad sacrificada no podía menos de hallar dilatado eco en su patriótico corazón, y volvió a hacerse inmolar con ella o a contribuir a salvarla”, como lo evidencia el hecho de que inmediatamente salió para Caracas, organizó allí, quién sabe cómo!, una expedición que desembarcó en playas de Monte Cristi, y dirigió desde Guayubín, el 28 de Marzo de 1864, un Manifiesto al Gobierno Provisional Restaurador de Santiago, en que, censurando con firmeza la labor de los afrancesados y expresando todo el fuego de su patriotismo sin mácula, le decía: “Heme al fin con cuatro compañeros más en este histórico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honra habéis emprendido”. El Gobierno Restaurador constituido sobre las gloriosas cenizas de Santiago que cual otra Numancia había sido patrióticamente incendiada el 6 de Septiembre de 1863, lo recibió con honores llamado elocuentemente por medio del Ministro Espaillat, “donde los patriotas lo acogieron —expresa José Ramón López— como un divino augurio de redención”. Pero él tenía que apurar hasta las heces la copa de la amargura, y “las autoridades españolas que no se dormían —dice José Gabriel García—, calculando el efecto moral que no sólo en el país,



sino que también en el mundo entero, iba a producir este acontecimiento inesperado, habían tratado de desvirtuarlo suponiéndole móviles indignos, con la mira de despertar celos y desconfianzas perturbadores de la concordia que debía reinar entre los prohombres de la revolución, a cuyo efecto explotaron la prensa local y la de La Habana, que de consuno hicieron todo lo posible por ridiculizar al héroe e indisponerlo a los ojos de los dominicanos”, por lo que muy pronto las “intrigas manejadas por enemigos de la Restauración despertaron celos en el ánimo del Gobierno Provisional —dice Manuel Ubaldo Gómez— y lo alejaron discretamente, confiándole una misión al extranjero”. El Héroe tenía ya 51 años de edad, que unidos a sus dolores y decepciones y desvelos cívicos, lo habían envejecido un poco, y “el Apóstol se encontraba—exclama José Ramón López—más cercano a la tumba que a la epopeya. Momentos eran en que toda la ciencia política estaba en el filo de los sables que ya aquel brazo debilitado por los años no podía esgrimir. Queriendo ser útil donde más eficacia tuviera, aceptó el cargo de regresar a Venezuela, —que había rechazado cívicamente— a solicitar auxilios de los patriotas continentales. Nada logró, porque entonces Venezuela ardía en las sañudas luchas civiles”. Y quizás convencido de las intrigas que lo habían hecho alejar de nuevo de la República, y la certidumbre de que había nacido para vivir aquella vida que había llevado, vida que fué la más alta expresión de abnegación, desinterés y sufrimientos que humano alguno haya ofrecido al santo amor de la Patria, “el virtuoso anciano no osaba regresar, a horrorizarse con la contemplación de tan afrentosos duelos”. “A pesar de todo, el prestante anciano repetía en su doloroso voluntario exilio, refiriéndose a la Patria: “el día que la olvide será el último de mi vida”. Once años pasó en esas angustias hasta que, apiadado Dios de tantas amarguras,



el 15 de Julio de 1876 le deparó la muerte en tierra extraña”. Tenía 63 años; y había sido libertador a los 31, más joven de lo que lo fué Washington. “Durmió la primera parte de su sueño eterno en el cementerio de “Tierra de Jugo”, en la hermosa Caracas, y en 1884, a iniciativa y diligencia del Honorable Ayuntamiento de Santo Domingo, sus venerables restos fueron trasladados e inhumados, como merecida apoteosis, en la Capilla de los Próceres de la Catedral Primada de América, que es el Panteón Dominicano”, el 27 de Febrero del citado año, en medio de un cálido homenaje en el cual el águila de la oratoria nacional, Monseñor Fernando Arturo de Meriño, pronunció una de las oraciones fúnebres más vibrantes de América. La posteridad agradecida, reconociendo sus grandes méritos y proclamándolo el verdadero Padre de la Patria, ha bautizado con su nombre inolvidable una importante provincia en la región cibaëña, principales plazas de recreo, calles y barrios, en la Capital se enorgullece con él y con su estatua la Plazoleta en que le ganó el 15 de Junio de 1843 las elecciones a Monsieur Augusto Brouat, lo lleva la Carretera Central de la República, etc., etc.

Duarte es el símbolo de la Patria; su vida, su palabra evangélica y su obra, son el alma nacional. Fué él quien encendió y vivifica la llama sacrosanta del patriotismo en la República; él es el creador de la Nacionalidad Dominicana; fué su espíritu quien disparó por Mella el trabucazo salvador de la noche épica de Febrero; él es, por tanto, el héroe que venció en todas las batallas libertadoras; era él quien, en la Batalla del 30 de Marzo, estaba en Fernando Valerio cuando este paladín excitando más a los soldados con su arrojo que Córdoba a los vencedores de Ayacucho con sus marciales palabras, “se lanzó fuera de las trincheras, colérico e irresistible, sable en mano, y tras él corrió



una falange que, imirándolo, cargó las divisiones haitianas al arma blanca, las llevó retrocediendo desde las faldas del Fuerte Dios hasta las orillas del Yaque, cuyas aguas se enrojecieron, y las obligó a repasar el río que horas antes atravesaron a tambor batiente y bandera desplegada, con presunción de vencedores”; en Estrelleta, en Beler, en El Número, en Cacimán, y en todas las gloriosas acciones en que el alma de la Patria sacudió el yugo de los bárbaros opresores, Duarte fué el héroe, y fué él por tanto, también, quien estuvo en José Cabrera, Santiago Rodríguez y Benito Monción en Capotillo el 16 de Agosto de 1863, y quien incendió patrióticamente a la viril Santiago el 6 de Septiembre del mismo año, y es él, por fin, quien desde su mansión de Gloria, anima, dirige y está en todos quienes sueñan y forjan la Patria Libre, Próspera, Grande y Soberana, que él concibió, libertó y tanto amó y ama desde su tumba. inmortal. . . !!

TAMAYO

Ramón del ORBE Y DEL ORBE.





JUAN PABLO DUARTE

Lema: Excelsitud. — — —

Por Otilio Méndez A.

La dominación de España en sus colonias de América comenzó a ser combatida a principios del siglo XIX, época en que se hizo ostensible y se inició el descontento general contra el absolutista régimen implantado en el Nuevo Mundo.

La raza hispano-americana estaba deseosa de romper los vínculos que la mantenían fuertemente unida a los destinos de la madre patria; los ideales de libertad, de independencia y de renovación de aquel sistema político anticuado, habían echado profundas raíces en el corazón de los habitantes de América, quienes deseaban encauzar por nuevos rumbos a los jóvenes pueblos que por espacio de tres centurias se habían mantenido adictos a la monarquía española y acatado la regia voluntad de su soberano, quien les mantenía como dentro de un círculo de hierro sin permitirles evolucionar de acuerdo con las tendencias hacia el mejoramiento de las instituciones políticas y del estado social imperante durante el período colonial.

En el hecho de la invasión de España por las legiones napoleónicas, vieron las colonias de América la oportunidad para la realización de los ideales sustentados; empuñaron las armas varios patriotas, y se dió comienzo a la guerra de independencia, y después de heroísmos y de sacrificios, dignos de la nobilísima causa por que se cometían,



surgieron vivificadas por el calor de los ideales separatistas las nuevas repúblicas que habían conquistado sus derechos de figurar en el concierto de los pueblos libres e independientes, dueños de sus propios destinos. Venezuela, México, Colombia, Chile y casi todas las que habían sido colonias españolas en el Nuevo Mundo, salieron victoriosas en la marcial contienda que sostuvieron por el triunfo de su causa.

La colonia española de Santo Domingo no podía permanecer indiferente al gran movimiento renovador que a principios del siglo decimonono se había iniciado en el Continente Americano. Y así como Bolívar, San Martín, Hidalgo y otros paladines de la causa de la independencia supieron realizar el noble ideal de libertad que agitaba a los corazones, así también en esta tierra dominicana, el espíritu culto y renovador de don José Núñez de Cáceres, acarió en su gran corazón el anhelo de libertad, tremoló el estandarte de la revolución y lanzó la proclamación del 30 de Noviembre de 1821, en virtud de la cual quedó separada de España la parte oriental de la isla de Santo Domingo; mas fué imposible la viabilidad del nuevo Estado, pues las ambiciones de Boyer ahogaron en su cuna el fruto de los desvelos de aquel hombre; la familia dominicana, en consecuencia, quedó sometida a la oprobiosa dominación de Haití, y realizadas así las aspiraciones de la unidad e indivisibilidad de la isla, sustentada por Boyer. De ese modo, nuestras caras esperanzas de libertad tuvieron que ser aplazadas, y el siglo XIX, que había alboreado como un feliz augurio de redención para los demas países hispano-americanos, fué para la sociedad dominicana un pronóstico fatal de denigrante esclavitud.

Ventidós años de dominación ejercida de la manera mas brutal, no bastaron para extinguir en el pueblo el de-



seo de ser libre e independiente; esos cuatro lustros, con el cúmulo de desgracias y amargos sinsabores que trajeron consigo, lograron solamente mantener el alma dominicana en el estado de tensión en que se mantienen los pueblos que acarician anhelos irrealizados; la sociedad dominicana, aparentemente resignada, permanecía sometida al estado político imperante; pero en el fondo de su conciencia se mantenía vivo el sentimiento de animadversión contra el bárbaro sujugador que pisoteaba descaradamente los mas sagrados derechos inherentes a la personalidad humana.

Mientras transcurría la interminable noche de la dominación haitiana, y mientras anhelaban los dominicanos ver llegar la hora de la redención, cursaba estudios en España el dominicano cuya vida procerca y ejemplarizadora ha inspirado al autor de este trabajo. El padre de Juan Pablo Duarte quiso hacer de su hijo un hombre instruido que honrara a su patria y a su familia; y al efecto le envió a Europa a adquirir la educación que en el ambiente vernáculo no podía proporcionarle por falta de establecimientos docentes donde pudiera cursarse estudios superiores, pues el invasor, para completar su obra de desnacionalización, dió al traste con nuestras instituciones, y entre otras resoluciones incalificables tomó la de clausurar nuestra célebre Universidad.

Duarte, quien nació para sacrificarlo todo en aras de la patria, en su deseo de servirla, regresó a ella talvez antes de concluir sus estudios, seguramente llamado por el deber de venir a darle el bien mas caro a los pueblos: la libertad. Hombre de vanguardia, retornaba con el espíritu nutrido por las ideas liberales que agitaban por entonces el continente europeo. El liberalismo, que pugnaba por arrebatarse a los soberanos de las viejas monarquías los derechos individuales que aquellos retenían con mengua de las pre-



rrogativas humanas, se iba abriendo paso triunfalmente. No transcurrió mucho tiempo sin que repercutieran por toda Europa los éxitos alcanzados desde el punto de vista del constitucionalismo por la revolución francesa del año 1830. Los franceses habían detronado a Carlos X por haberse negado aquel monarca a reimplantar los derechos civiles y políticos, y se dieron una constitución que dejaba satisfechas las aspiraciones populares.

En 1837 se daban también los españoles una constitución en virtud de la cual se descentralizaba el poder y se establecían los derechos por tanto tiempo reclamados. Duarte, pues, retornaba de Europa con el espíritu nutrido por las nuevas orientaciones políticas que se abrían paso en aquel continente; mas, cuán grande fué su desconformidad al pisar el suelo de la patria y contemplar con el corazón herido por el mas hondo sufrimiento cómo transcurría la vida de sus hermanos bajo la férula del usurpador de sus derechos. Cuántas amarguras sufrió aquel grande hombre al ver profanados nuestros templos, apagado el fanal de la instrucción pública, mancillado el decoro nacional, amenazado el honor de las familias, deportados cuantos elementos eran contrarios al régimen y ajusticiados todos cuantos habían protestado con las armas en la mano contra las tropelías y desmanes del invasor!

Duarte, ante el triste espectáculo de tanta miseria y ante la entereza y dignidad del pueblo dominicano, quien deseando ser libre se veía obligado a ser esclavo, concibió en seguida la grande y luminosa idea de redimir su patria y se situó así en la envidiable categoría de los libertadores de pueblos. Qué misión mas noble y plausible la de los que se proponen romper cadenas de servidumbre y libertar esclavos!

Duarte fué educador y apóstol: como educador, pugnó



por encender en la conciencia dominicana la luz de la instrucción que había apagado de un aletazo fatídico el cuerpo negro de Haití. Los centros docentes del país habían sido clausurados; el libro, ese elemento superior de cultura, apenas circulaba entre los dominicanos, condenados a la ignorancia. El padre de la patria no podía ver con indiferencia el bajo nivel cultural a que se quería tener sometidos a sus hermanos; fomentó una biblioteca particular, en su empeño de suplir las deficiencias de la instrucción pública, y antes de ser un apóstol fué un maestro todo hecho claridad de aurora en la conciencia colectiva de su pueblo. Entendía que su apostolado no podía dar los frutos apetecidos si no se preparaba previamente el espíritu de la nación. Como apóstol, fué incansable y optimista; tuvo un alto espíritu selectivo al escoger los valiosos elementos con quienes formó aquella benemérita asociación que se llamó La Trinitaria, y en el seno de la cual era él como el centro a cuyo alrededor se movían los hombres que habían escrito con sangre de sus venas el juramento de ser libres o morir. Duarte edificaba a sus compañeros con su palabra convincente y con el alto ejemplo de su optimismo y de su textura moral.

Su palabra caía sobre aquellos corazones como cae la simiente en el surco previamente removido y preparado por el sembrador; en ellos echaron profundas raíces los ideales de libertad nacional nacidos en el corazón del Padre de la Patria y calentados en él por el fuego del mas santo patriotismo.

El anhelo de la liberación de la patria se había hecho ya sentimiento general entre los oprimidos, pues grande e irresistible era la fuerza expansiva del ideal duartista. Todos los dominicanos habían sido tocados por el patriótico y encomiable deseo de libertad mantenido vivo en todos los



corazones por el verbo elocuente y persuasivo del fundador de la República Dominicana.

Iniciado en Haití el movimiento reformista contra el régimen intolerable de Boyer, concibió Duarte la feliz idea de establecer relaciones con los revolucionarios haitianos y obrar en cooperación con ellos, pues se tenía la seguridad de que contribuyendo a la caída de Boyer se contribuía a la instauración de la República. Todos los trinitarios, con Duarte a la cabeza, se unieron al movimiento que con pocos sacrificios culminó en el mas franco de los éxitos; en consecuencia, Duarte y otros dominicanos lograron formar parte de la Junta de Notables que sustituyó la autoridad militar constituida en la parte española de la isla. Mas en el seno de esa Junta fueron fuerzas encontradas, encaminadas a opuestos fines, los elementos haitianos y dominicanos que la constituían: los primeros continuaron defendiendo el principio de la indivisibilidad de la isla, al paso que los segundos se desmayaban en lo que ellos consideraban el mas caro ideal de su corazón: la independencia de su país. Así fué que, al arribar a la ciudad de Santo Domingo el jefe de la triunfadora revolución, encontró a los haitianos alarmados, y se alarmó él mismo, por los progresos alcanzados por las ideas separatistas. La persecución no se hizo esperar, y el espionaje fué monstruo de cien ojos y cien oídos que estuvo atento a todas las manifestaciones del nacionalismo dominicano. De los patriotas, unos, como Sánchez, se valieron del ardíd para escapar a las pesquizas, y otros, como Duarte, tuvieron que emprender el camino del destierro para no ser alcanzados por el brazo irascible del aliado de la víspera.

Mas no es fácil empresa matar en un pueblo los anhelos de libertad; bajo la mayor discreción continuaron sus actividades los patriotas, animados desde el extranjero por



Duarte, quien había ordenado sacrificar sus bienes y los de su familia en aras de la patria; así dió un ejemplo de abnegación y magnimidad nunca bien encomiados. Se trataba de dar realización al ardiente anhelo que era la norma luminosa de su vida, y en su concepto no había sacrificio demasiado grande siempre que estuviera encaminado a su realización.

El 27 de Febrero de 1844, el estampido del cañón retumbó por ciudades y campos; y los vítores estentóreos de los libertadores querían llegar hasta todas las naciones libres del mundo y perderse por los ámbitos infinitos de los cielos para decir a Dios y a los hombres que una nueva nacionalidad había nacido creada por el esfuerzo de un pueblo heroico, que sin recursos y sin preparativos militares había roto la cadena de la esclavitud y estaba dispuesta a mantener incólume y sin mancilla el honor de la nueva nacionalidad!

Ese transcendental acontecimiento tuvo verificación estando Duarte en el destierro. Cuántas dulces emociones sacudirían su corazón al tener conocimiento de que el ideal mas caro de su vida se había convertido en la mas hermosa y deslumbradora realidad! Al retornar a la patria, libre ya de extraña dominación, venía inspirado por la santidad de sus principios y mas que nunca dispuesto a defenderla y engrandecerla hasta el último instante de su vida. Sus compatriotas le recibieron triunfalmente en la ciudad de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo; se le rindieron homenajes apoteósicos, tan entusiastas y espontáneos de parte de sus conciudadanos, como bien merecidos por el fundador de la naciente nacionalidad; nunca se rindieron honores tan en armonía con las relevantes ejecutorias del homenajeado. El pueblo, en transportes de entusiasmo le proclamó General en Jefe de los Ejércitos Nacionales; pero era Duarte un hombre de una tan refinada educación mo-



ral, que declinó tal honor, y no aceptó la designación sino cuando emanó de la mas alta y augusta institución nacional, la Junta Central Gubernativa. Sabía él que las muchedumbres se dejan arrastrar demasiado lejos por sus entusiasmos y que frecuentemente toman sus resoluciones sin la serena ponderación que es necesaria; mas cuando el nombramiento fué legalmente extendido tomó posesión del cargo y se dispuso a desempeñar las importantes funciones que le fueron encomendadas.

Qué satisfacción mas grande la suya cuando marchó al campo de batalla a poner al servicio de la patria su espada, como antes había puesto la elocuencia de su verbo de apóstol! Hasta este momento de su vida no había recibido de sus compatriotas ni una sola decepción; todos habían estado a la altura del deber, y él, satisfecho de las actuaciones de sus compatriotas. Pero de aquí en adelante iba a iniciarse su via-crucis, y amargos desengaños iban a atenecear su gran corazón.

Cuando llegó al cuartel general de Baní, investido de la autoridad de Jefe Superior del Ejército Libertador, tropezó con grandes dificultades, producto de la intriga, quien ya había levantado su abominable cabeza. Duarte, con una clara noción de su deber, irritado por la proximidad del enemigo que insistía en sus propósitos de ahogar en sangre a la recién nacida República, sustentaba la opinión de que debían abrirse en seguida operaciones militares encaminadas al aniquilamiento del enemigo; tanto mas cuerdo era su modo de pensar, cuanto que todavía el Ejército del Sur estaba entusiasmado por la victoria alcanzada, en la ciudad de Azua el día 19 de Marzo; mas el General Santana, quien pudo aprovechar mejor la victoria alcanzada en aquella heroica ciudad, quería mantenerse en inactividad, cuando las circunstancias reclamaban acción rápida y decisiva. La autoridad de Duarte fué, pues, desconocida por Santa-



na, y aquel no tuvo tiempo de imponerla, porque la Junta Central Gubernativa le llamó a su seno en miras de evitar mas serias dificultades en momentos en que era necesario la armonía entre las fuerzas armadas de la nación.

Duarte, quien había hecho de la disciplina uno de los cultos de su vida, no puso reparos y regresó a la ciudad Capital en acatamiento a la superior disposición.

Las ideas de Santana y sus acólitos no eran un secreto para nadie en lo que se refiere a sus proyectos de protectorado; el pesimismo se había adueñado de sus corazones y pensaban que la República no podía sostenerse con sus propios recursos; querían mediatizar la nación, al paso que los verdaderos patriotas querían conservarla absolutamente libre y soberana, sin extrañas ingerencias, tal como fué concebida por la mente esclarecida de los trinitarios.

Las luchas por sostener nuestra independencia de Haití, continuaban vigorosas frente a las pretensiones del invasor, quien pugnaba por someterla de nuevo. Era necesario mantener a toda costa el entusiasmo patriótico entre los combatientes dominicanos. Duarte fué enviado al efecto a la región cibaëña por la Junta Central Gubernativa; se encontraba allí en acatamiento a la autoridad de este organismo, cuando el General Santana, en uno de esos rasgos de indisciplina tan frecuentes en él, abandonó el campamento de Baní y marchó a la Capital, donde reformó a su antojo la Junta, y llevó a su seno elementos que le eran ciegamente adictos, y expulsó de ella a todos aquellos con quienes no podía contar para la realización de su política de violencias y desaciertos, que tan funesta había de ser para la patria y para los que que la habían creado desinteresadamente, movidos tan solo por el propósito de ser hombres dignos.

Las secretas maquinaciones de Santana y las fla-



grantes violencias cometidas contra los mas auténticos patriotas, no podían ser miradas por estos con indiferencia, y la protesta no se hizo esperar. Ramón Mella, como una medida de seguridad pública y de preservación-social, proclamó desde el Cibao a Duarte para la Presidencia de la República, en la absoluta seguridad de que el fundador de ella sería una prenda de garantía de la estabilidad nacional, de nuestras instituciones y de los derechos del ciudadano. Esta determinación habría sido respaldada por un gran contingente de nuestra fuerza armada y por la gran mayoría del pueblo dominicano, si aquel no hubiera rechazado la designación, pues él no podía determinarse a aceptarla por no emanar de la autoridad legalmente constituida; un hombre vulgar hubiera aceptado sin ninguna clase de escrúpulos; pero él estaba muy por encima de las desenfrenadas ambiciones que no dan ni pueden dar lustre y prestigio moral a la personalidad humana.

Ese acto sublime de noble desprendimiento y de acatamiento a las leyes fué premiado por Santana con una orden de prision, y el que en todo momento debió ser un objeto sagrado para todos los dominicanos, el que se había hecho a sí mismo un símbolo de la dignidad nacional, fué encerrado en la Torre del Homenaje, indignamente escarnejado y luego expulsado del país bajo la infame acusación de traición a la patria. Oh Duarte! cuántas iniquidades se cometieron contra tí; cuánto se empeñaron las pasiones políticas por mancillar tu nombre augusto y venerando!; mas a pesar de la inquina que se empeñó en herirte, a pesar de la calumnia que se esforzó en mancillar el inmancillable valor de tu alma transparente como un girón de cielo y ennoblecida y purificada por el ejercicio de tantas y tan relevantes virtudes; a pesar de todas las infernales maquinaciones de la intriga baja y rastrera, se conservó tu vida diáfana y limpia de pecados, pues fuíste como un cis-



ne de nítida blancura que pasó sin mancharse al través de la fangosa ola de las pasiones y bajezas humanas. . .

Imaginemos cuán grandes serían las amarguras y desengaños que sufrió en el destierro, obligado a vivir en un pobre suburbio de la ciudad de Hamburgo, sin recursos y sin amigos con quienes hablar de la tierra natal y solazarse; cuán grande sería el torrente de lágrimas que irían a caer en el fondo de su corazón cuantas veces pensaba en que no le era permitido vivir en la nación que él mismo había creado, y cuando llegaban hasta él las mas desoladoras noticias respecto de sus amigos, expulsos unos y injusticiados los otros! . . .

La tristeza y el desengaño de su alma cayeron como gotas de hiel en las páginas de una carta suya enviada desde Caracas, en Mayo de 1865, a su amigo don Félix María del Monte, a la sazón en Puerto Rico. Oigamos como se expresa en ella, herido por el dolor de su voluntario exilio:

“¿Qué mas se quiere del patriota? ¿Se quiere que muera lejos de su patria el que no pensó sino en rescatarla; y con él sus deudos, sus amigos, sus compañeros, sus compatriotas que no eran bastante viles para humillarse a adorar el poder sátnico que adueñado de la situación hace mas de veinte años, dispone a su antojo del honor, de la vida, de las propiedades, de los mejores servidores del pueblo, heroico hasta en el sufrimiento y tan digno de mejor suerte”? Y mas adelante: “Los enemigos de la patria y por consiguiente nuestros, están todos acordes en estas ideas: destruir la nacionalidad, aunque para ello sea preciso aniquilar la nación entera y cerrarnos las puertas de la patria, pues no somos mas que unos ambiciosos que independizamos nuestro pueblo solo por ambición y no tuvimos talento para hacer nuestra la riqueza agena.”

La mayor parte de la vida de la República había pasa-



do bajo la férrea voluntad de Santana, quien había sido por tres ocasiones presidente. Durante su última administración llevó a cabo el mas grande desacierto de su vida pública, la anexión. La noticia de ese crimen perpetrado contra la patria, llegó a Duarte después de haber sufrido cuatro lustros de destierro; el que había vivido resignado con su suerte en el extranjero, en su condición de expulso de un país que él había libertado, no pudo ya por mas tiempo permanecer lejos de su tierra natal, y volvió a ella con su salud ya quebrantada por la edad y por el sufrimiento, a poner su brazo y su talento al servicio del movimiento restaurador. Ya la sangre del Mártir del Cercado, derramada inmisericordemente por Santana, había empurpurado el suelo de la patria; ya habían sacrificado su vida en el ara de la libertad muchos ilustres patriotas, y la República ardía en las llamas de la guerra en campos y ciudades. Cuando mas hórrido era el fragor de la marcial contienda, se presentó Duarte también dispuesto a inmolarse por tan bella causa. Mas aquel hombre en quien el amor a la nación no descrecía con la edad, sino que, cada día era mas hondamente sentido, no tenía ya el vigor, la agilidad y la destreza indispensables para los quehaceres de la guerra. Los hombres que encabezaban el movimiento revolucionario le confiaron una misión mas en armonía con su lamentable estado de salud, y le enviaron al efecto a Venezuela para que solicitara del gobierno de aquel país los recursos indispensables para la continuación de la guerra. En acatamiento a esa resolución abandonó el país para ya nunca mas volver a él sino para dormir el sueño eterno de la muerte en la capilla de los inmortales, después de haber sido conducidos desde la ciudad de Caracas en 1884 sus restos mortales, en virtud de una loable resolución del Ayuntamiento de Santo Domingo, quien con un concepto claro de su deber, rindió póstumos honores al hijo esclarecido



de aquella ciudad y prez de la nacionalidad dominicana.

Por todo lo anteriormente expuesto, puede asegurarse, sin temor de caer en exageraciones, que entre todos los dominicanos que desde antes de la fundación de la República actuaron en el escenario de la política vernácula, Juan Pablo Duarte es la figura más culminante y más ilustre de nuestra historia.

Sus diáfanas ejecutorias le colocaron en un plano superior, tanto por su acendrado republicanismo, cuanto por su abnegación, que es la característica principal de todos los actos de su excelsa vida, consagrada en todo momento al objeto más cara a su corazón, la patria, a la que supo prestigiar y honrar con la ejemplaridad de su vida, con su moralidad a toda prueba y con todo el caudal de sus brillantes actuaciones.

La magnanimidad y abnegación de Duarte fueron ostensibles tanto en el hecho de haber calentado en su alma el ideal de redención, que dió al traste con la ominosa dominación haitiana, cuanto en la circunstancia de haber sido el principal factor en la realización de esos ideales, sin abrigar propósitos ulteriores. Es uno de sus más hermosos títulos de abnegación la célebre carta que escribió a Sánchez desde el destierro, en la que ordenaba el sacrificio de sus bienes y de los de su familia en pro de la patria, precisamente cuando se encontraba en medio a los mayores apuros económicos, en un país donde no tenía amigos que pudieran subvenir a sus más perentorias necesidades. Qué importaba que le consumiera la miseria si así conseguía repeler al monstruo mil veces más terrible de la esclavitud! . . .

De todos los hombres que prepararon en América el advenimiento de la libertad, muy pocos se levantan a su altura moral.

Como apóstol, nadie le aventaja en la formación de la



conciencia colectiva; en ese concepto pasó por el cielo de la patria como un meteoro cuyo rastro de luz fué en el pasado y seguirá siendo eternamente viva fulguración en las páginas de nuestra historia. Como soldado empuñó las armas animado del mas noble y plausible sentimiento patriótico; como ciudadano, ninguno fué mas desinteresado después que la patria libre fué mas bella realidad.

En todos los momentos de su amargo destierro fué la república el único objeto ante que inclinaba su alma consagrándole todos sus pensamientos y el ritmo armonioso de su gran corazón. El nombre de ella era en sus labios cotidiana oración: “el día que la olvide será el último de mi vida”.

Algunos críticos censuran a Duarte el no haberse levantado por encima de bastardas ambiciones para empuñar las riendas del poder que se le ofrecía y aniquilar la indisciplina que alzara su horripilante cabeza y amenazaba extinguir bajo su planta los mas sagrados principios y los mas puros valores dominicanos. Pero precisamente, es ese uno de los mas resonantes timbres de honor del epónimo fundador de la República Dominicana. El no podía consentir que se derramara una sola gota de sangre en disidencias intestinas alrededor de su nombre augusto e immaculado; y prefirió irse a arrastrar las amarguras del ostracismo a adueñarse de un poder que le costara la vida a un solo dominicano y el mas leve dolor al corazón de la patria.

Quienes censuran ese modo de proceder, digno de todo encomio y alabanza, no se dan cuenta de que si aquel modelo de todas las virtudes hubiera procedido de otro modo frente a las bajas pasiones que no se habrían dejado sojuzgar fácilmente, no hubiera alzado tan alto su vuelo aquel genio inmortal, y no hubiera pasado de ser uno de tantos



dominicanos que en su vida tienen, al lado de los destellos deslumbrantes de proceras acciones, la mancha de errores incalificables. No censuremos nada en su vida, por que en ella no hay un solo rasgo que no sea digno de los mas cálidos encomios; y no pronunciemos su nombre venerando sino con el alma de rodillas como ante un objeto sagrado y con el incienso de la exultación en los labios.

Duarte nació predestinado a ser lo que fué; y quien había nacido señalado para tan altos fines, no podía desviarse de su camino, sino marchar, serena la frente, limpia de pecados la conciencia y ennoblecido el corazón por el ejercicio del civismo, a recibir la unción consagrada de la inmortalidad! . . .

El fué como un artífice que en la fabricación de su propia grandeza puso el mas exquisito cuidado para que ni la mas pequeña imperfección quitara belleza y armonía a la obra maestra de su numen. Sus rivales y enemigos (y nos horroriza pensar que los tuviera) pusieron en sus labios la copa de amargura de la inconsecuencia; pero Dios, que en sus altos designios le había predestinado para un fin tan noble, le brindó en el cáliz de todas las purezas el néctar delicioso de la gloria; y por eso, fué de todos los dominicanos que pasaron bajos los pórticos de la fama, el que mas se adentró en la inmortalidad. Su vera efigie no debiera faltar en ninguna escuela, en ningún hogar, en ningún establecimiento público, para que sea ella como un genio inspirador que marque a las generaciones caminos de rectitud, de civismo, de probidad, de honor patrio y de abnegación, que son las mas hermosas vías que puede transitar el hombre para llegar a ser grande en el mas elevado sentido de la palabra y para honrar y dignificar a su patria.

PLUTARCO

Otilio MENDEZ A.





DUARTE, EL APOSTOL

Lema: Mi patria y mi vida son
una misma cosa. — —

Por el Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart

Antes de empezar las noticias biográficas y genealógicas de Duarte, digamos como el escenario en que se estrena y cabe en toda su plenitud histórica, esta gran figura, es la Trinitaria; fuera de ahí, no ha de perder relieve y grandiosidad como apóstol que ha de influir sobre la obra de sus mismos émulos y de todo un período guerrero, épico quizá, aunque lo inexorable de su sino al mantenerlo apartado de los acontecimientos que ha de desarrollar el tiempo, quítale casi vida real a este actor primario de la Independencia.

Ha de sufrir él, necesariamente, menoscabo ante la realidad, en hechos memorables muy posteriores, para transformarse en lo que fué de modo más trascendental que nadie, y que encarnó en sí en su soberbia personalidad platónica como modelador de la idea generatriz de Patria: el Precursor genuino, el Mesías de la Buena nueva, el Conductor teórico pero necesario para fundir en el crisol de la Historia el concepto inmanente de la nacionalidad.

Y es que la Trinitaria fué el molde que recogió el fermento que sólo Duarte supo inocular a las turbas para darnos la levadura de la libertad. El pueblo tenía allí, con efecto, una conciencia colectiva que luego perdió, que flotaba, no sólo en escasos círculos de selección social,



sino, sobre todo, en las masas populares más rudimentarias.

De su seno brotó, un sentimiento de la Nacionalidad, que en la vida de la Primera República se esfumó por culpa de los próceres infieles o infortunados, a pesar de las ruidosas lides bélicas del año 1844.

Ese principio vital de creador de nacionalidad que animaba a Duarte, mas que no pudo hacer de él una figura heroica por falta de gran carácter, dejó casi sin sentido su visión de apóstol, y su mensaje. Sánchez es otra cosa, con delineamientos del héroe de Carlyle, a veces se malogra como prócer bajo el influjo misterioso de la tierra y del factor étnico: porque es su barro, barro germinal!

Ahora comencemos ya a trazar el bosquejo biográfico de nuestro primer personaje histórico.

Nació Duarte en la muy antigua Santo Domingo de Guzmán, hoy Ciudad Trujillo, el 26 de enero del 1813: y probablemente en términos de la parroquia de Santa Bárbara.

Allí, en la casa solariega próxima al río Ozama, fué bautizado con fecha 4 de febrero del propio año por el doctor José Ruiz (1)

Vino al mundo el general Juan Pablo Duarte y Diez como fruto de la unión legítima del hispanense D. Juan José Duarte y Rodríguez y de la criolla doña Manuela Diez y Jiménez Benítez, según reza la partida de bautismo que reposa en el Archivo de doña Matilde Duarte de Ayala.

El primero procedía de Vejer de la Frontera, (2) diócesis de Cádiz, y no Vergara, provincia de Canarias (3), adjudicada con frecuencia por los biógrafos de Duarte al Arzobispado de Sevilla, antiguos reinos de España (4). Era éste a su vez hijo de Don Manuel Duarte Rodrí-



guez, Capitán de Navío, y de doña Ana María Rodríguez.

Mas en estas últimas noticias había mucho de adivinado, de meras conjeturas, aunque de mucha verosimilitud para darnos alguna certeza; pero, ahora, la cosa es distinta, pues, en los archivos parroquiales de ese **Vejer de la Frontera** se halló una partida de matrimonio que se supone con bastante fundamento que sea la que corresponde a los abuelos de Duarte (5).

Es posible, por éso, que don Manuel Duarte, marino que vivía en Santo Domingo en el año 1669, fuera el verdadero tronco genealógico de los Duartes. Pero lo que si suena a leyenda es que el tal **Don Manuel**, hubiera sido marino y capitán de navío, el cual se arraigó al fin, en esta tierra hospitalaria, aunque tal fantasía pase a ser algún día realidad comprobada por la Historia.

Hay por de pronto algunos indicios deducidos por los investigadores: “Tarifa es puerto marítimo y Vejer está cercano de la costa; la gente de estos lugares deben ser tiburones de mar”. (6)

Como observa el meticoloso Tejera en su Informe acerca de la ascendencia de Juan Pablo Duarte: “Don Juan José se estableció junto al puerto, en esta ciudad, y su principal comercio era la venta de efectos para buques. Tal vez la familia de España conservó aquí parientes o relaciones y éso pudo determinar el traslado de Don Juan José a esta isla (7)”. De ahí, inferimos nosotros, el que Duarte hable de los conocimientos de su padre “en el ramo de marina”.

Algunos se han lanzado a la aventura de encontrar las huellas de la ascendencia de Duarte; pero no han podido hallar documentos fehacientes, o irrefutables pruebas que le permitieran edificar sobre base sólida aquélla, por lo menos del abuelo para arriba. Registraron legajos enteros del Archivo General de Indias. Y sólo encontra-



ron que, en 1655, se registró el nombre de un capitán de marina, **D. Manuel Duarte**, quien forzosamente debió ser extraño al que indagamos que residía en Santo Domingo el año 1699, esto es, cuarenticuatro años después, quitándose así base racional a la hipótesis de que fuera ese el abuelo inmediato de Duarte, y restando solamente que fuera el remotísimo ascendiente de que hablamos; en 1762, enfrentáronse, los investigadores con don **Juan Gerónimo Duarte**, oidor en Guatemala; en 1712, con **Don Vicente Antonio Duarte**, maestro de la nao “Nuestra Señora del Rosario”; se tropezaron en 1776 con don **Juan Duarte y Posadas**, oriundo de Córdoba muerto en las Indias; desfilaron todavía **D. Pedro Celestino Duarte**, un severo miembro de la Audiencia de Santo Domingo, en 1779; y, antes del siglo XVIII: **Juan Duarte**, capitán **Manuel Duarte**, coronel **Enrique Duarte**, **Francisco Duarte** y **Josefa María Duarte**. Todos ellos nombres comunes entre los Duartes.

No hay certeza de que Juan José Duarte, el autor de los días del Padre de la Patria (8), apareciera por primera vez en suelo dominicano el 17 de octubre del 1799, como afirman sus biógrafos, pues lo que a ciencia cierta se sabe es que en esa fecha estaba aquí, donde apadrinó un nuevo niño cristiano, y en las postrimerías del mes de julio del 1804 se encontraba en Mayagüez, isla de Puerto Rico, figurando así, entre los enfilados de la emigración, en los comienzos del siglo XIX, momento histórico en el cual, según la feliz expresión de Lugo: “la alta y sombría figura de Toussaint Louverture se alzó y lo dominó todo, recibiendo al cabo las llaves de la invicta y, por decirlo así, sagrada ciudad de Santo Domingo”.

También se desconoce la fecha del matrimonio de D. Juan José Duarte y doña Manuela Diez y Jiménez Benítez.



Acerca de los ascendientes de esta matrona doña Manuela Jiménez y Benítez se han podido sacar en claro de los documentos publicados por D. Crispín Ayala Duarte, biznieto de don Celestino Duarte, procedentes los mismos del Archivo de familia del Dr. Manuel Antonio Diez, primo hermano del general Juan Pablo Duarte, los indicios siguientes: primero, que don Antonio Diez era natural de la villa de Osorno, en Palencia, según su fe de bautismo expedida el día 2 de abril del 1819, por don José Ruíz e Ibáñez, Cura propio de la Iglesia de la Asunción, única parroquia en dicha villa, y que nació el 15 de enero del 1749, le bautizó el Cura Jorge de Hierro, apadrinándole don Félix de Padilla, Beneficiario de Preste de aquella Iglesia, quien firmó con el Cura el acta (9); y, segundo, que los abuelos paternos de la reseñada se llamaron don José Diez y doña Juana Rojo, y los maternos don Tomás Boyllo y doña Magdalena Fernández, vecinos unos y otros de la nombrada y arcaica villa.

Entre los hermanos del progenitor de Duarte figuran **Cristóbal**, quien vió la luz en el 1767 y falleció en la infancia, y otro cuyo nombre no se ha conservado, quien parece que nació en el año 1775.

Es algo probable, que los Duartes eran oriundos de Tarifa, la ciudad legendárica y brava que durante siglos contuvo a los musulmanes, y que fué testigo de la inmolación de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, quien cumplió aquel terrible juramento que se imponía a los defensores de Tarifa: “la defenderé hasta la muerte y si me fuese querida tomar, e fuere cercada e combatida, y que por temor de la muerte ni a mi, ni por ver matar a mis hijos, ni por otro temor ni causa alguna, yo no la dejaré de defender, ni la entregaré, ni mandaré a entregar a quien no deba”.

Y se ha podido alcanzar de huellas e inducciones de



antiguos documentos del Archivo de Indias, que la ascendencia paterna del general Juan Pablo Duarte hasta los albores del siglo XVIII es la siguiente: padres: D. Juan José Duarte y doña Manuela Díez y Jiménez Benítez, como se ha visto; abuelos: D. Manuel Duarte y doña Ana María Rodríguez Tapia; bisabuelos: D. Cristóbal Duarte o García y doña Catalina Jiménez (10); D. Juan Rodríguez y doña Tomasa de Tapia; tatarabuelos: D. José Duarte y doña Catalina Gil; D. Andrés Rodríguez y doña Beatriz García (11).

Vuelto don Juan José Duarte a la antigua Primada de América, quizá antes de que expirara la primera década del postrero siglo, ejerce el Comercio y se dedica en él a la especialidad de quincallería. Muere después en esta misma Ciudad el 25 de Noviembre del 1843.

Se casó éste con doña Manuela Díez y Jiménez Benítez, originaria de la villa de Santa Cruz del Seibo, e hija de D. Antonio Díez y doña Rufina Jiménez Benítez.

Era Doña Rufina Jiménez también natural del Seibo, lo cual se comprueba por la fe de bautismo de **José Acuparlino**, su hijo, la cual se puede cotejar con el texto original de tal partida en los Archivos de la Curia de esta Arquidiócesis. A su vez ella era hija de D. Manuel Jiménez Bodillo (o Vadillo) y de doña Lorenza Benítez. Tuvo como abuelos paternos a don Manuel Jiménez Bodillo (o Vadillo) y doña Petronila de Reyna, y como maternos a D. Juan Benítez, Sargento Mayor de la Plaza de Santa Cruz del Seibo, y doña Francisca Bejano. Todo lo cual consta, en el testimonio de perpetua memoria que dieron a doña Rufina Jiménez, los ciudadanos Magistrados y Oficiales de la villa de Santa Cruz del Seibo, con fecha 18 de abril del 1803.

Esa madre de héroes, doña Manuela Díez y Jiménez, tal Hécuba en la rapsodia homérica, reconcentrando a-



marguras, es víctimas de los errores de la época: su ostracismo el 3 de marzo del 1845 es harto elocuente. Se le entregó el pasaporte de nuestra Secretaría de lo Interior y Policía, y tuvo que lanzarse con toda su familia al extranjero, puesto que rezaba la orden que efectuara su salida “a la mayor brevedad posible, y para evitarse el Gobierno de este modo emplear medidas coercitivas para mantener la tranquilidad pública en el país”. Con efecto, el día 19 de ese mismo mes salió con su noble descendencia y servidumbre, para arribar en la Guaira el 25 y continuar para Caracas, donde se pierden las huellas de sus pasos, según los investigadores.

Ahora por la vía colateral de D. Juan Pablo Duarte, de acuerdo con el acápite 2º de los infolios del conservado testamento de su padre en el protocolo del extinto notario público don José María Pérez hijo (12), se deben reconocer como vivos por el año del 1843, el trinitario D. Vicente Celestino Duarte, primogénito y prístina figura entre los patriotas del año 1844; después: Filomena, Rosa, sacra vestal que conservó intacto su corazón para ofrendarlo al altar de la Patria donde oficiaron como sacerdotes sus inmortales hermanos, y narró con mucho verismo los hechos que han servido para aclarar el máspreciado trozo de nuestra historia; María Francisca y Manuel.

Se sabe con certeza que Filomena nació en Santo Domingo, el 5 de julio del 1818, y murió corriendo el mes de diciembre del 1865; y, Rosa Proto-mártir, nacida en esta misma Ciudad con fecha 25 de julio del 1819, falleció en Caracas el 25 de Octubre del 1888.

No se tienen noticias seguras acerca del natalicio de María Francisca Duarte, y Manuel Amaralos María Duarte aparece como nacido en el mismo Santo Domingo, el 8 de agosto del 1826, para rendirse a las parcas el propio



día 8 de agosto pero del 1890, en la misma Caracas, dos años después que su hermana Rosa.

Añádese todavía, por parte de don Crispín Ayala Duarte, otra hermana llamada doña Sandalia, “que siendo de poquísimos años, fué robada por unos filibusteros norteamericanos y murió a poco de reaparecer víctima de extraña e incurable tristeza (13)”.

Respecto de ésta externa sus dudas el Licdo. Máximo Coiscou, en el estado actual de las investigaciones, pues le resulta inexplicable su existencia, “a menos que naciera después del 30 de agosto del 1845” (14).

Pero aún hay que considerar una nueva partida de bautismo que fué encontrada en la iglesia parroquial de Santa Bárbara, en la cual se señala otra hermana del prócer que biografiamos que se llamaba María Josefa, de seis días de nacida en el momento en que se hace la declaración correspondiente ante el doctor Tomás Portes, Cura Interno, con fecha 25 de marzo del 1810.

Esta no figura entre los hijos a que hace alusión D. Juan José Duarte en el subsodicho testamento público, en el cual sólo son mencionados **Vicente Celestino, Juan Pablo, Filomena, Rosa, María Francisca, y Manuel Duarte**. De donde es necesario hacer dos hipótesis, o la tal hija de don **Juan José** debió morir con anterioridad al acta de su testamento, aunque parece que en éste debería haberlo hecho constar así, o acaso no haber redactado la cláusula segunda de su acto de última voluntad en la forma que lo hizo como si tratara de excluir la existencia de todo otro hijo anterior: “Declaro que soy legítimamente casado con la ciudadana Manuela Díez, de cuyo consorcio hemos procreado seis hijos: Vicente Celestino, Juan Pablo Duarte, Filomena, Rosa, María Francisca, y Manuel Duarte, etc.” Bastaría haber escrito: **de cuyo consorcio tenemos actualmente seis hijos: etc.**



Por esta razón imperioso es acatar el primero de los dos términos del dilema que propusimos para su solución, bien que no tenga propósito el haberse creado expreso dicha acta.

En lo que atañe al primogénito de la descendencia de don Juan José Duarte, el patriota **Vicente Celestino**, “debió nacer en 1802, según Tejera, si es cierto lo que dice la declaración de nacimiento hecha por Juan Pablo Duarte el día 20 de Octubre de 1836, y encontrada por mí en los archivos del Estado Civil: que el día veinte y ocho de Septiembre último ha nacido un niño hijo legítimo de Vicente Celestino Duarte i de María Trinidad Villeta i se le puso por nombre Wenceslao Camilio María, naturales de esta ciudad de **treinta y cuatro** años el padre i de treinta i seis la madre...”

En los archivos del historiador García en poder de su hijo el Dr. Alcides García, hay un autógrafo con la firma de “Vicente Celestino Duarte” escrito así: “V. C. Duarte de Beger (15)”.

También es de asentar aquí que éste vivió largo tiempo y fué el único de la familia patricia de los Duartes que celebró nupcias y dejó descendientes. Casó con Doña María Trinidad Villeta y Ponce de León, el día 9 de junio del 1822 (16), y tuvo numeroso hijos: Vicente María, María Trinidad Ignacia, Fernando, Enrique y Wenceslao Camilio (17), quien estuvo unido legítimamente con doña Francisca Rodríguez de Cosgayas y Sanz. Una de las nietas de Vicente Celestino Duarte, **Matilde**, casó a su vez con José Ayala, del cual nació Crispín Ayala Duarte, residente en Caracas en el año 1928, y proveedor de los informes más verídicos de tal genealogía.

No es abundante en episodios la infancia apacible de Juan Pablo Duarte. Es ella igual a la niñez de todos los muchachos tranquilos de familias distinguidas, en una



ciudad pequeña, aunque reliquia histórica y capital de una colonia española que tuvo gran importancia en el pasado.

Su hermana Rosa es quien da su fisonomía espiritual más definida en sus conocidos "Apuntes para la Historia del General Dominicano Juan Pablo Duarte y Díez etc. (18)", en donde habla que era un niño estudioso y aprovechado, quien entró a la escuela de varones a la edad de seis años, se fué luego al otro plantel de enseñanza de don Manuel Aybar, su primer caracterizado preceptor.

D. Félix María del Monte, uno de nuestros más conspicuos antepasados por su ilustración y patriotismo, el más entusiasta panegirista de Duarte, en sus "Reflexiones históricas", emite el juicio de "que Duarte manifestó desde temprano las grandes dotes intelectuales que había merecido de la naturaleza; que ya por los años del 1827 o 28 concluía las asignaturas de filosofía y literatura y entraba a estudiar Derecho Romano", es decir, cuando contaba apenas de catorce a quince años. Acerca de ésto nos asevera el Diario de Rosa Duarte que el futuro patriota "estudió latín, inglés, francés, alemán, historia, filosofía, economía política, derecho romano, matemáticas". Aunque en este mismo Diario se dice, en flagrante contradicción, que, en 1834, en que Duarte arribó a Hamburgo, "adquirió una lengua viva, donde fué invitado a un banquete", y para entenderse mejor "aprendió el alemán". El Dr. Lugo rectifica: "Parece lo cierto que sus principales conocimientos eran relativos a comercio, y que no salió de propósito a educarse afuera sino a viajar en compañía de un amigo, para ver mundo" (19).

En lo que se refiere a esto último, le da la razón al crítico, bien que implícitamente, la propia Rosa Duarte cuando refiere que "en la escuela del Dr. Manuel Aybar aprendió a leer, escribir, gramática castellana, aritméti-



ca y Teneduría de Libros, etc.” Y agrega la mencionada hermana que “siendo (Duarte) muy niño su madre le enseñaba el abecedario”. Etc. (20).

Así confirman aquellos **Apuntes** de Rosa Duarte que el apóstol “ingresó en la escuela de varones, a la edad de 6 años. De ésta pasó a la del Sr. Manuel Aybar, en la cual fué siempre primer decurión, etc.”

“Su aplicación, continúa Rosa Duarte, le grangeaba (a Duarte) el cariño y la estimación de sus maestros, quienes le presentaban a sus demás discípulos como “dechado de aplicación y buena conducta. Sus compañeros le amaban por su carácter dulce y afable” (21).

Tiénesse indagado que no contaba nueve años cuando se inició el período haitiano, lo cual trajo por consecuencia la clausura de la Universidad, y “permitiéndose tan sólo—agrega su fraterna biógrafa—algunas escuelas donde se enseñaba lo apenas necesario para el exiguo comercio que aquí se hacía. . .” “Más tarde, al fin de su oscurantismo reinado, permitió una escuela pública donde se enseñaba el Francés. Tal escuela francesa era dirigida por el Sr. Carlos Piet, se enseñaba en la misma lengua gala, y se llamaba “Escuela Primaria, Elemental y Superior” Todavía funcionaba ese plantel en 1837.

Allí discurrieron los últimos años de la serena y fecunda adolescencia de Duarte. Se cursaba en él lectura, escritura, gramática, aritmética, álgebra, geometría, historia sagrada, griega y romana, geografía, mitología, ejercicios nemotécnicos, francés, análisis lógico, etc.

Dando más noticias de los primeros conocimientos del patricio, dicen esos **Apuntes**. . . que “empezó a estudiar latinidad con el Pbro. Dr. D. Juan Vicente Moscoso, y también Historia y continuó los estudios de Geografía Universal. Empezó más después a estudiar matemáticas y el dibujo con Mr. Galié. Se ocupaba también de apren-



der la música, con D. Antonio Mendoza aprendió la flauta; su instrumento favorito fué la guitarra”. Rosa Duarte igualmente nos informa de sus clases de filosofía, en unión, Duarte, de sus compañeros los futuros creadores de la Nacionalidad, en la cátedra del Padre Gaspar Hernández”. Año 42, fija su **Diario**: “Empezó a dar clase de filosofía (Duarte) en unión de sus copartidarios con el Pbro. Dr. Gaspar Hernández, cuya clase de filosofía era más bien una junta revolucionaria que clase de filosofía”.

Por cosa cierta se tiene del mismo modo que D. Juan José Duarte, su padre, por complacerlo, y seguramente con el fin de completar su educación con el espectáculo de más avanzadas civilizaciones, mandó a Juan Pablo Duarte “a viajar con un amigo que iba para el Norte de América y pensaba de ese punto dirigirse a Europa”.

Esto debió ocurrir alrededor de año 1830, según las más flamantes biografías que tratan del héroe, aunque es equivocada, por el contrario, la fecha del 1834 que Tejera y otros dan para fijar el regreso de Duarte del Viejo Continente. Su retorno debió ser en el curso del año 1833, puesto que el 15 de noviembre del mismo, firmaba, en calidad de testigo instrumental, un acta de matrimonio: tenía él a la sazón 21 años de edad, bien que erradamente se indica como de **venticinco**, en la partida de nacimiento del 24 de octubre del 1835, en la cual Duarte declaró que había nacido “el niño Eduardo, hijo natural de María Petronila Aguilera” (22).

De esta instrucción y viaje del Apóstol habla el Lic. Leonidas García en su trabajo biográfico intulado “Gráfica descripción de la vida del ilustre Juan Pablo Duarte, Fundador de la República Dominicana” (23), y adonde nos revela que fué en tal viaje en que parece que concibió Duarte el pensamiento de independizar a su país.

“La educación que recibió este gran patriota fué es-



merada, escribe García, y para completar la instrucción que pudo adquirir en nuestras rudimentarias escuelas de la época, hizo un viaje al extranjero, visitando los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España. Permaneció algún tiempo en Barcelona y se dice que allí fué donde planeó el glorioso pensamiento de libertar a su patria; resolución que le había hecho nacer el violento insulto que profirió contra los dominicanos el capitán del buque español en que viajaba; motejándolos de cobardes y abyectos por no sacudir el degradante yugo de los haitianos.

“A su regreso dijo a D. Manuel María Valverde, que le preguntó ¿qué era lo que más le había llamado la atención y agradado en su viaje?; y contestó: “Los fueros y libertad de Barcelona, fueros y libertades que espero tendremos nosotros”. A su retorno de Europa, la idea liberadora que germinaba en su cerebro le hace dedicarse de modo absoluto a su faena de orfebre de la Patria (24).

Es de conjeturar que tomara la misma organización de la Trinitaria de una de las tantas sociedades secretas que existían en Barcelona, denominada el “Triángulo”, y las cuales se ocupaban en la conspiración revolucionaria contra el rey Fernando VII.

Queremos hacer hincapié aquí del profundo arraigo social que entre sus coetáneos y en la posteridad más inmediata tuvo este tipo arrogante de gran patriota que, Juan Pablo Duarte, encarnó, en su doble condición de predicador de libertades y moralista político puro, excéntrico, y casi único que le priva del disfrute de la cosa pública. Ello es significativo para darnos una idea cabal del destino futuro de Duarte acatado por todos en los comienzos de la obra emancipadora, aunque. . . falto de popularidad como personaje reinante y caudillo que frustró toda su historia, por ser precisamente elemento de selección, y



no átomo proveniente de las muchedumbres dominicanas, quien con ellas debía arremolinarse y confundirse.

Pero no adelantemos el curso natural de este bosquejo biográfico, y continuemos contemplando a Duarte el hombre de pensamientos y uno de los mentores efectivos de su época.

Aunque no sea lícito tratarlo con el desdén e irreverencia que afectan algunos singulares biógrafos de última hora, para quienes la apoteosis del Apóstol implica el vilipendio de toda la sagrada falange de los héroes de la primera patria, es forzoso reconocer con don Américo Lugo que Juan Pablo Duarte no “poseyera el gran talento y la gran instrucción que se le supone”, ni tampoco “nada nos revela en él aptitudes naturales ni facultades adquiridas muy excedentes a lo común y regular, etc.” Y agrega: “El Diario de Rosa Duarte donde se ve a cada paso la huella de su mano es incorrectísimo; y la célebre carta a sus hermanas, como casi todo lo atañadero a su egregia personalidad, por culpa de su tío don José Díez, acaso del Doctor S. Ponce de León, nos muestra su poca cultura” (25).

No hay duda que el pecho ardoroso del escritor Lugo guió su mano al trazar las anteriores líneas tan exageradas y tan poco comunes en su pluma justiciera y ecuánime por demás. Ni aún en sus cartas criticadas por aquél y algunos más, en absoluto le tenemos por indocto, bien que las conociéramos de segunda mano y por reflejo. Que Duarte fué hombre de muchas lecturas no podrá negarlo quien tenga noticias del testimonio que han dado a la posteridad los próceres, sus compañeros, quienes tuvieron con él trato familiar, o quien conozca sus escritos, la mayor parte en forma de epístolas, y hasta un proyecto de Constitución de que ya hablaremos, aunque no fuera pulcro al modo horaciano que con frecuencia se le esca-



para. No parecerá temerario ni quimérico afirmar que fué uno de los hombres de su tiempo más ilustrado, bien que sin ningún extremado talento o genialidad, a lo Martí, o siquiera a la manera violenta y menos pulida de Bolívar. Fué hombre de estudios y de letras, como el precursor don José Núñez de Cáceres, y la era de nuestra emancipación recibió el legado poético de las pasadas generaciones, en manos de Duarte, el Padre de la Patria (26).

Fué, además, avanzado entendimiento en asuntos constitucionales, muy superior a la mayoría de sus contemporáneos, tal como informa su esbozo de Ley Sustantiva del Estado que sin fecha se ha legado a las generaciones que la siguieron, y del cual no es posible negar su autenticidad por el peculiar estilo de Duarte que campea en el manuscrito compuesto a lo sumo de diez páginas copiadas en maquinilla y que debió ser escrito en el período que va de marzo a julio del año 1844, pues en el primero retornó a la Patria, y en el otro fué expatriado (27). Debió ser hecho por el Fundador para ser propuesto el referido proyecto de Carta Magna, en la primera Constituyente que al fin se reunió en San Cristóbal, sin que entre sus miembros figurase el insigne autor que estaba violentamente arrojado de la cosa pública; y, aunque informe todavía tal Constitución, pues sus artículos están repetidos o sin numeración en muchos casos, revela el gran espíritu de Duarte, el intangible repúblico frustrado por la adversidad o las fuerzas oscuras del Destino. En él aparece reconocido el poder municipal que nos trae Benjamín Constant en su trascendental "Curso de política constitucional" en que el Gobierno local de los municipios ejerce funciones diversas de las legislativas, ejecutivas y judiciales (28): ensayo en América, sobre todo, en aquellos tiempos de la Primera República, y que debían implantar sucesivamente nues-



tras Constituciones del 1865 y 1866: Era como una herencia política que dejó en este documento al espíritu liberal de Juan Pablo Duarte, puesto que es muy significativo que, en la Asamblea Constituyente que votó el Pacto Fundamental del primer año mencionado, figuraran como Diputados los antiguos compañeros y discípulos de Duarte, don Pedro Alejandro Pina y don Jacinto de la Concha, bien que en el Congreso que modificó la Constitución en el año subsiguiente solo tuvo supervivencia a tal innovación del poder municipal.

No sabemos porqué, esta **Constitución duartina**, la cual más bien parecía un manifiesto de elevada política pública, no pudo hacerse conocer nunca ni trascendió en ninguna forma, a no ser la apuntada actitud que asumieron los antiguos trinitarios Pina y De la Concha, en la Constituyente del 1865.

Sin embargo, tal Carta constitucional que parecía muy propia para convertirse en catecismo de los adeptos de la Separación, era un verdadero y amplio programa de Gobierno Republicano, democrático, responsable y de superior ética trascendente, como deja ver su extenso artículo 6º que dejaría satisfecho los más exigentes revolucionarios de todas las épocas, y el cual ha hecho muy bien en encomiar el Lic. Demorizi en su discurso del 12 de octubre del 1935 para obtener su ingreso en la Academia Dominicana de la Historia.

El retrato más fiel de la mocedad del biografiado nos lo ofrece su cófrade Serra, cuando dice que, al hablar Duarte, “lo vió como transfigurado; sus ojos azules, de mirar sereno, le centelleaban; su tez suave, teñida de ordinario por las rosas, en aquel momento parecía deberle su color a la amapola; sus labios finos, donde de continuo una dulce y cariñosa sonrisa revelaba la bondad e ingenuidad de aquella alma noble e inmaculada,



veíalos convulsos agitando el negro y espeso bigote que a la vez formaba contraste agradable con su dorada y poco poblada cabellera, al dilatar la longitud de su frente que daba majestad a su fisonomía. Con el pecho erguido, adelantando el paso, acompañando la acción con la mano derecha, como si terminara una arenga concitadora ante el pueblo, repitió: “Fuera toda dominación! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la República Dominicana!” (29).

Evoquemos así, tan magna figura de nuestra historia, que se destaca como un símbolo por su pureza de miras y su levantado corazón, en aquellos tiempos que precedieron y coexistieron con la Primera República. No sería Duarte personaje que indiferente contemplara la crítica histórica, aunque sólo reconociéramos en él al apóstol y al agitador revolucionario, que realmente él fué, y nó al político que con cándida humildad propia de los sacerdotes o de los iluminados, no pudo seguir los rumbos de la política de su tiempo hasta dar con el fracaso y el olvido de los que, sabiendo imprimir mejor su personalidad a la época, le arrojaron como un estorbo fuera de la Patria que él más que nadie soñó, y edificó en su primera piedra que fué la fundación de la Trinitaria, hasta que murió en la más completa anonimidad el 15 de julio del 1876, y fué sepultado en el cementerio “tierra de jugo” de Caracas, al día siguiente.

Aquella grande injusticia de los antagonistas de Duarte considerándole desprovisto de toda alma heroica no la compartimos. Pruebas irrefutables hay de que el prócer Juan Pablo Duarte trató de asumir la acción y corrió los peligros de los hechos de armas, entre ellas podría citarse la que consta de su **Manifiesto de Guayubín** cuando pisó de nuevo la Patria para luchar por la Restauración (30). Pero sí reconocemos con el Dr. Lugo que no fué hombre de acción en el verdadero sentido moderno, ni



héroe en el sentido religioso griego, pues inconscientemente evitó toda empresa memoranda. No debió abandonar a Sánchez y sus demás compañeros para ir al destierro, tal como se le ha tildado; ni tampoco, “alzado su destierro en 1848, debió privar a su pueblo de su presencia por más que los gobernantes quisieran alejarlo de la cosa pública”. (31).

En ambos casos faltó el héroe para ir al encuentro de la acción eminente, aunque él era muy capaz de la ocasión presentada dar muestras hasta de valor rayano en la temeridad y el mayor sacrificio, porque su grande y singularísimo papel fué el de Mesías anunciador de nuestra libertad, para lo cual estaba perfectamente conformado. Duarte fué el personaje adecuado al momento en que apareció en nuestro escenario político cuando su regreso de Europa, alrededor del 1833, pues su intervención formando la Trinitaria y la escuela de patriotismo que debía enfrentar su doctrina purísima a la abyecta de su contrincante el partido conservador, es un suceso que tuvo algo de extraordinario y providencial. A esta manera él también fué un héroe si vamos a medir los obstáculos que gigánticamente saltó su alma hecha para grandes de este género, y cuyos émulos habría que buscarlos entre los Precursores o los iluminados.

El juicio rendido por nuestro grandilocuente varón Meriño viene ahora en nuestro apoyo, cuando dice en su “Oración Fúnebre”: “Duarte no aparecerá ante la posteridad como esos paladines legendarios que la fama se encarga de eternizar por sus ruidosos hechos de armas o insignes victorias, ni sería tampoco cordura pretender para él timbres no merecidos para labrarles mayor engrandecimiento; que, aparte de que el vaso es siempre de barro, las nombradas acciones de los héroes se condensan en el cielo de la historia formando astros de varias magni-



tudes, pero siempre astros, y nuestro caudillo fué adecuado para las necesidades especiales de aquella situación, para hacer llevar a cabo la reivindicación de nuestros derechos; y si limitados se juzgan los vuelos del prócer fenecido, suficiente fueron para darnos Patria y Libertad”, etc.

Es cierto pues que el apóstol Duarte no tuvo vida de héroe. Al par que el publicista Lugo creemos que “la verdad es que Juan Pablo Duarte es El Precursor y el Apóstol, predicó la doctrina de libertad, acometió la alta empresa de libertar a su pueblo; es el creador del Partido Separatista; pero “no pudo sino abrir la era de la Independencia y anunciarla. Esto basta para su gloria”. Empero, disentimos que fuera por falta total de virtud heroica, sino más bien porque dejó a la mente la resolución de su grande idea de la Separación, y como idealista de pura raza confiaba en la fuerza de la persuasión más que en los hechos hazañosos de la guerra o en los corajudos instantes de la levantada acción que hace los pueblos o precipita su rebelión y su heroísmo.

Exprofeso hemos reservado hablar nó de esta falta de condiciones épicas en nuestro héroe, que al fin y al cabo ésto es lo accesorio en la historia nacional mediocre en resonados episodios, sino más bien de lo que constituye para nosotros la verdadera flaqueza de Duarte como caracterizado personaje forjador de Patria, lo que pudiéramos calificar de falta de un superior carácter para imponerse a la época que le tocó inaugurar y presidir en nuestros destinos públicos de pueblo libre. Claro está que él era hombre de carácter al molde corriente de los demás hombres, pero es por nuestra personal manera de interpretar la Historia atendiendo más a sus trascendentales móviles y efectos que a sus causas secundarias y transitorias, que negamos que hubiera esta condición de gran



responsabilidad histórica en Duarte y con la cual sería la más perfecta personalidad en la galería de nuestras figuras simbólicas e imperecederas.

Sobróle al Apóstol grandeza espiritual y cualidades tan varias y sobresalientes que no le resta más que aquéllo para ponerse casi al nivel de Washington en desprendimiento y generosidad, en abnegación y contextura ética. A todas las virtudes señaladas reunía nuestro héroe cualidades tan distinguidas, que por su elevación eran verdaderas virtudes. Mas si desde este aspecto moral es grandioso, elevado nuestro héroe, en tan alto grado como Lincoln por su tenacidad en pro de la libertad humana, ¿cuánto no lo será juzgado por todas y cada una de sus virtudes?

Es bastante recordar ahora lo que para la Historia define con líneas más puras y definitivas la condición de prócer de Duarte y le eterniza en nuestro recuerdo, os hablo, desde luego, de su repulsa del llamado **Plan Levasseur**. Todos sabemos que ese proyecto al fin y al cabo fué rechazado por la Junta Central Gubernativa y en este acierto tomó la mayor parte la voz apostólica del Maestro, de ese Juan Pablo Duarte, el Revelador, el guaiador de las fuerzas nobles y justicieras que no escasean por cierto en nuestra Historia.

Devuelto a la Patria, el 15 de marzo del 1844, es Duarte quien con más ahinco combate el infausto plan de los afrancesados, y con su autorizada y máscula protesta en el seno de aquel organismo gubernamental que regía la vida incipiente nacional, el 26 de mayo de ese mismo año 1844, aleja los peligros anexionistas con la cesión de la península y bahía de Samaná a la Francia, y salva de su primer gran desliz a la flamante nación (32).

Por éso, bien dicho está por el infortunado patricio don Juan Isidro Pérez: "...Y en fin, Juan Pablo, la His-



toria dirá que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa, que, con una honradez a toda prueba, se opuso a la enagenación de la península de Samaná. La oposición a la enagenación de la península de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución” (33).

Realmente la Historia debe decir que el Conductor estaba ya casi solo en esos días.

Por éstos son tan justas las alabanzas de Tejera en una de las más bellas páginas que se han escrito al describir aquel gran pasaje que precedió a la Independencia:

“...Pero es una noble raza la viril raza española, etc. Cuando se levanta airada contra la opresión, si su tirano es omnipotente podrá cavarle tumbas; pero imponerle cadenas, jamás. Etc.”

“Así lo comprendió Juan Pablo Duarte, al pisar en 1834, de regreso de Europa, las playas de la patria”, etc.

“Duarte aspiró a plenos pulmones el aire de la patria, i por los poros de su cuerpo se infiltraron sus sentimientos, sus dolores, sus aspiraciones”, etc.

“Desde ese momento el destino de Duarte quedó fijado para siempre. Todo por la patria i para la patria. Nombre, juventud, fortuna, esperanzas, cuanto era, cuanto podía ser, todo lo ofrendó en aras de la tierra de su amor! Las grandes causas necesitan grandes sacrificios, i él, puro i justo, se ofreció como víctima propiciatoria”, etc.

“...¿Por qué la independencia necesitó el sacrificio de un Duarte? ¿por qué la Restauración el sacrificio de un Sánchez?” (34).

Alejados estamos de esa triste escuela de patriotismo que al través de la vida republicana ha pretendido dividir la opinión pública en dos bandos: los *duartistas*, implacables guardianes de la memoria eterna de Duarte, en



quien aparentan sólo ver la imagen de la Patria, encarnando en él al apóstol que efectivamente fué; al héroe, al mártir, al Fundador; los **sanchistas**, adoradores fervientes de la sagrada figura de Francisco del Rosario **Sánchez**, la acción en la noche memorable del Baluarte, el sacrificio en San Juan, lo creen advertir todo en él: el hombre de la epopeya febrerista, el iluminado genio platónico, el semidios de nuestra leyenda heroica.

Unos y otros pecan de ese mal patriótico que tanto abunda entre nuestros hombres de letras, y que con sus egoismos y pasiones han retardado dar el pan de la verdad histórica a la posteridad. Las generaciones presentes aspiran ver llegar ese historiador justo y ponderado que no comulgue en ninguno de estos dos fanáticos templos, donde se alzan las más de las veces olas de sentimientos bajos y de vil escoria humana que no tienen justificación en esta época, si la tuvieron por entonces cuando se levantaron por los actores del gran drama de nuestra Independencia envidias y rencillas que hizo nacer la lucha o las rivalidades por la noble gloria o el sombrío poder y medro personal.

Dicho ésto como profesión de fé, por el motivo de sinceridad que nos hemos impuesto siempre al escribir en torno de la Historia, si con algunos sedimentos de acidez al depurar la negra verdad en ciertos casos, con leal móvil de ajustar el comento de los hechos a ese pensamiento filosófico noblemente fecundo que crea y edifica más que la fábula quimérica y radiante de heroísmos que han urdido con menoscabo de sus conciencias la mayor parte de nuestros antiguos relatores. Este sentimiento que nos escudará cuando confesemos con alma contrita, pero con valor, que el acontecimiento máximo de nuestra emancipación no tuvo nada de extraordinario y si mucho de providencial. Y que la obra de la Separación



fué noble obra ideada por Duarte, practicada por Sánchez, Mella, Imbert, los Puellos, Duvergé, Contreras, Santana, y esa legión de héroes de la era bélica que precedió y estrenó la Primera República, mas fué obra precipitada, inducta, hija de la patriótica impaciencia y del odio al haitiano opresor. El alma gloriosa de los Conquistadores iberos se había esfumado con el emigrante blanco que fué en pos de aventuras, en persecución del Dorado, a la Costa Firme, y no teníamos elementos étnicos, ni sociales, ni vínculos imperecederos históricos para formar una libre nacionalidad en el concierto universal.

Por este verismo histórico comprometido negamos a Tejera, a García, a Pichardo, a Gómez, a Moya, a Ferrer, a Logroño, a cuántos con loable empeño hallan dicho y propalado la especie de que el grande Duarte muy capaz de darlo todo, vida y fortuna, amor y pasiones, sacrificó en puridad todos sus bienes a la causa separatista, aunque innegable está que la oferta generosa estuvo en pié y ella fué dada con alma y cuerpo, como sabía darlo todo por la Patria, el más puro, el más bueno, el más ingenuo, el más religioso y pródigo de nuestros emancipadores.

Venga otra vez el citado Lugo en auxilio nuestro y díganos como “no es cierto que Duarte impendió todo su caudal y el de su familia en el movimiento separatista. No sé como existiendo la carta a su familia del 4 de febrero del 1844 (35), en que le propone ofrendar en aras de la patria la herencia paterna, se ha podido inventar, se sigue publicando tal especie”. (36).

Esto atestiguado es de absoluta veracidad tal como lo hemos comprobado con la lectura de documentos antiguos encontrados y publicados, entre ellos, un acta de venta de fecha 29 de noviembre del 1844, en la cual se transfiere por parte de la Sucesión Duarte una casa de su patrimonio de familia a don Juan Jimenes; un acto



de procuración del 10 de septiembre del mismo año 1844 conferido por D. Vicente Celestino Duarte al general Felipe Alfau, “para que a su nombre y representación entienda en todos sus negocios presentes y por venir, etc., etc.; para que administre todo y cualesquiera bienes así raíces como muebles que tiene (y parece decir: posee) en esta ciudad, etc.; y por último, otra procuración de don Juan Pablo Duarte a su hermana doña Rosa Duarte, “para que vendiera una casa de su propiedad situada en la calle del **Truco** en esta Ciudad”, la cual consta en carta de fecha 10 de septiembre de ese 1844 (37).

Estos tres actos de libre disposición de los bienes patrimoniales de los Duarte, o personal de Duarte, solo, son posteriores a ese otro acto trascendental de la Independencia Nacional del 27 de febrero del 1844.

Por más que todo esto está en pugna con la tradición de la familia misma del Padre de la Patria, la cual transmite que quedaron en la más absoluta miseria Duarte y los suyos, en las postrimerías de la existencia, porque se vendieron sus bienes de toda clase, excepto los que correspondían a los menores de edad, en la época revolucionaria, esto es, los de Manuel y otros, con lo que pudieron subsistir pobremente en el destierro y casi siempre en plena agonía.

El documento que ha traído la confusión y que es en sí una prueba del noble desprendimiento a que estaba dispuesto a llegar Duarte, ofrendando si necesario fuera los bienes de familia, después de inmolar los bienes puramente personales fué la carta dirigida a sus hermanos, por esto ya famosa, la cual figura grabada en su propia estatua:

“ . . . El único medio—les decía—, que encuentro para poder reunirme con Ustedes es independizar la Patria. Para conseguirlo se necesitan recursos, supremos recursos,



y cuyos recursos son: que Ustedes, de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del sudor y trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacen, y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y no tentemos porqué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria” (38).

Fuerza es reconocer ante esas pruebas literales o puestas a este documento, que, el holocausto de los bienes de Duarte y de su patricia casta no pudo ser hecho a la Patria, por lo menos en su mayor parte, tal como se ha dicho y repetido a la sociedad, menoscabando así con falsos hechos sus legítimas y más verídicas grandezas. Pues nadie sino él puede recabar para sí haber sido el plasmador y ejecutor de la idea de la Trinitaria y de la formación del partido separatista, ni nadie puede poner en duda o entredichos su sólida gloria de apóstol y de patriota inmaculado, sin par en nuestra historia, a quien la posteridad agradecida anticipó ha tiempo su fallo justiciero y eterno.

Se ha alegado con alguna insistencia la flaqueza de Duarte al aceptar su postulación condicional o puramente (al cabo es lo mismo para la dilucidación de la responsabilidad que podría caber al íntegro patricio), para la Primera Magistratura del Estado, proclamada en el Cibao por el general Matías Ramón de Mella, en 4 de julio del 1844 (39); y que, según la tradición, Sánchez desaprobó (el acuerdo de Mella), diciéndole: “Nadie desearía más que yo verlo en la Presidencia, pero no en esa forma”.

En la resolución de esta materia vamos a trillar dos caminos distintos, pero que conducirán al mismo sitio del razonamiento. En el primer aspecto presentado por los



adversarios de Duarte, esto es, que dió ocasión por no mostrarse reacio a los deseos de Mella y sus partidarios, o por su declinación tardía de esa presidencia, en Santiago, a que el Ejército proclamara Jefe Supremo el 12 de julio del mismo año al general Pedro Santana, quien tal vez acechaba para ésto propicia oportunidad, la falta pudo ser imprudencia o imprevisión política de parte del visionario apóstol a quien faltaba a veces lucidez del momento circunstante para ver claro al través del complicado fenómeno que presentaban los tiempos en muchos pasajes de la patria historia; pero nunca delito de insana ambición ni desmedida ansia de poder, pues aparte de que dió pruebas de lo contrario en lo uno u otro, no pidiendo nada y conformándose con segundos puestos cuando era el héroe nacional en su arribo a la Patria, el 15 de marzo del 1844, y pudo serlo todo, de tal falta podrían ser acusados, de igual modo, los personajes más arrogantes de América: Jorge Washington, Simón Bolívar, José Antonio de Sucre.

En cuanto al segundo modo de ver las cosas, un comentador que ahonde más en las raíces del alma humana verá más bien en la aquiescencia dada por Duarte para ir al poder público, una aspiración legítima, aunque callada, para cumplir anhelos de bien para su Patria a quien siempre amó y por ella sufrió desvelos, destierros y sinsabores sin cuenta ni medida posible!

Nada de censurable hay en ésto, desde este punto de vista, y sí mucho para cargar en el haber del repúblico idealista que no pudo nunca manifestarse por serles adversas las circunstancias y los hombres.

En ambas situaciones o hipótesis traídas aquí como elementos de juicio, la crítica deslinda una carencia absoluta de culpa achacable al eximio prócer de nuestra In-



dependencia, si hay que juzgar razón en mano y sin prejuicios.

Quede, pues, ahora separada la cuestión de error al apreciar el político Duarte el momento que entonces atravesaba el país, en donde la intriga y otras pasiones dejaban maltrecha toda noble idea de bien colectivo, porque había nacido tempranera la Nacionalidad, y acaso el alma dominicana entonces no había dejado de ser otra cosa que larva oscura que necesitaba para su desarrollo y metamorfosis algo más que el camino andado y que éste fuera por caminos seguros de libertad, depuración moral y perfeccionamiento étnico.

Está más en lo cierto Tejera al juzgar que el general Matías Ramón Mella, Comandante en Jefe de los Departamentos del Cibao, “i militar inteligente que veía claro a través de las ficciones, trató de contrarrestar los planes liberticidas que produjeron el atentado del 13 de julio, i de los cuales tenía pleno conocimiento la Junta, con la proclamación de Duarte para Presidente provisional de la República. La Historia, que ha condenado la insubordinación de principios de julio i el atentado del 3 del mismo mes, puede culpar en la forma el acto del 4 de julio; pero no tienen ese derecho los que sustituyeron un gobierno legítimo por otro nacido entre las vocerías de soldados ignorantes. Si el ejército vencedor el 19 de marzo tenía derecho para elegir un Jefe Supremo, un Dictador, ¿por qué no iban a poder elegir un Presidente provisional las poblaciones del Cibao, más numerosas aún? Herida de muerte la legalidad, sólo quedaba en pie la fuerza, espresada por los tumultos, o por los pronunciamientos de los más audaces y de los más tímidos” (40).

Antes de dejar esclarecido tal punto, es conveniente para el servicio de la verdad a que todo biógrafo se debe en lo que se refiere a hechos trascendentes de su héroe,



decir con énfasis y en alto la sinceridad, que, la aceptación de Juan Pablo Duarte para la Presidencia de la República, fué dada, pura y simplemente, para lo cual bastará leer, entre otros, el documento contentivo del Mensaje a los habitantes de Puerto Plata, de fecha 20 de julio del 1844, escrito por el propio prócer; y uno de los primeros actos de ejecución del plan del Cibao que le favoreciera, esto es, la comunicación del Gral. Francisco A. Salcedo al Teniente Coronel Manuel Mejía, el cual dice que él, Salcedo, se quedaría “a las órdenes del Presidente Duarte”.

Con nuevo desacato al apóstol y al mártir del Ideal que Juan Pablo Duarte fué en tan alto grado, aunque con menos brillantez, que José Martí u otros grandes próceres americanos, se le ha echado en cara su fracaso como cooperador de la obra restauradora. Pero mienten a sabiendas los detractores de Duarte que tal dicen, pues cuando el Cibao, al cual el sino de la Patria había destinado para la magna hazaña de la Restauración, superior en empuje y esplendideces bélicas a toda otra jornada vindicadora de nuestra historia, dió comienzo a su obra épica, el iluminado cruzado de la Trinitaria, el hombre más puro de su época acudió a la cita del Destino, y se presentó a ocupar su puesto. Pero enseguida se dió cuenta que la deidad adversa que le había hostilizado hacía ya más de veinte años seguía ensañada en su contra: diósele así, una misión, cuyo secreto designio era nueva expatriación para el patriota. Los héroes de la grande empresa que tuvo su cuna en Capotillo, “hijo del Cercado”, pues Cabrera que se pronunció en la célebre loma era un salvado de la tragedia de San Juan, no querían saber que Duarte les hurtara la gloria de redentor de su pueblo, o juzgáronle inepto o casi loco, porque de tales armas se vale la calumnia para combatir y ofender a la gran-



deza! De todas maneras, culpa no fué la suya si alejado del teatro de los grandes acontecimientos no ofrendó su vida como Sánchez, o no la hizo útil como Mella y tántos héroes comunes de una y otra etapa emancipadoras.

Ahora como a partir de Hipólito Taine se ha marcado un límite entre la simple crónica y la Historia propiamente dicha para los cultivadores del género, es necesario advertir que desde un punto de vista puramente filosófico, ahondándose en el asunto, el viejo reproche cabe sólo contra el impecable e idealista fundador de la República: tal como en otras ocasiones su genio platónico le ofuscó el camino de la acción, no fué a buscarla, o la evitó Duarte cegado por la pena o por el despecho. De ello hablan mejor que nada su continuado e interminable ostracismo que no acaba sino con la muerte. Por eso el también tuvo su calvario!

NOTAS

1. — Estos datos fueron tomados de los “Apuntes para la Historia del General Juan Pablo Duarte y Díez, etc.”, de Rosa Duarte, y la partida de Bautismo de Duarte, según el original auténtico, el cual reposa en el archivo de doña Matilde Duarte de Ayala.

2. — Se debe escribir Vejer de la Frontera, pero parece que se escribía, cuando se hizo la inscripción de la partida de bautizo de D. Juan José Duarte, **Bejer**, y no **Vexer** como aparece en el acta.

3. — D. Emilio Tejera, Comunicación a la Academia Dominicana de la Historia acerca de la ascendencia paterna de Juan Pablo Duarte.



4. — Se asegura por el testamento de D. Juan José Duarte, que este Vejer de la Frontera pertenecía a la jurisdicción del Arzobispado de Sevilla, dato que ha servido a sus biógrafos, pero nosotros no encontramos que fuera una villa independiente en lo eclesiástico de la Diócesis de Cádiz, muy al contrario, entre otras partes, consta adscrita a dicha Diócesis, en el “Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano”, t. 23, p. 247, en **Veje**.

5. — Partida de Matrimonio de Manuel Duarte y Ana María Rodríguez.

6. — D. Emilio Tejera, Comunicación a la Academia Dominicana de la Historia **up-supra**.

7. — Emilio Tejera, Comunicación antes citada.

8. — Juan Pablo Duarte.

9. — La firma y rúbrica del presbítero D. José Ruiz e Ibáñez está legalizada por el Escribano de Su Majestad y del Ayuntamiento de la villa de Osorno, D. Santiago Zorrilla, y la de éste por varios escribanos de número de la ciudad de Palencia.

10. — Partida de Nacimiento de D. Cristóbal García (Duarte) con Catalina Giménez.

11. — Partida de Bautismo de Manuel Duarte Jiménez.

12. — El testamento de D. Juan José Duarte está archivado en el protocolo del Notario Pérez en el actual Tribunal de Tierras.

13. — Estos datos los hemos tomado en gran parte de D. Crispín Ayala Duarte, descendiente de nuestro prócer, en quien tenemos confianza como persona bien enterada de la genealogía de su familia.



14. — Lic. M. Coiscou, “la Genealogía de Juan Pablo Duarte”.

15. — Adviértase como escribe **Beger**, y no **Veger** como debe hacerse, el propio D. Vicente Celestino Duarte, puesto que sólo existe la villa de Veger, Diócesis de Cádiz, aunque el testamento de don J. J. Duarte, se la adjudica al Arzobispado de Sevilla.

16. — Acta de Matrimonio de Vicente Celestino Duarte y Diez y María Trinidad Villeta.

17. — Libro 1º de Nacimientos, folio 164, partida número 177 del 20 de octubre del 1836.

18. — Publicados en la “Cuna de América”, fragmentariamente, 2o., agosto, 1923.

19. — **D. Emiliano Tejera**, “Figuras Americanas”, en el cual el Dr. Lugo hace un esbozo biográfico de Duarte, “Bahoruco”, 10 Marzo del 1934.

20. — Rosa Duarte, “Apuntes...”.

21. — R. Duarte, “Apuntes...”.

22. — Libro de Nacimientos, folio 54, partida 108, del 24 de octubre del 1835.

23. — Publicado en el “Listín Diario”, en la edición del 16 de julio del 1930.

24. — D. Félix Ma. del Monte, “Reflexiones Históricas sobre Santo Domingo”.

25. — Lugo, art. cit.

26. — Sus poesías eran exponentes del hondo dolor de proscrito de Duarte que dará la clave al historiador de su gran decepción y quizá hasta la razón de su dilatada ausencia de la Patria.



Entre ellas hay un canto muy conocido del patriota que fué copiado en Caracas, en 1865, por el Padre Meriño, y reproducido en la "Revista Científica, Literaria, etc.", junio 25 del 1884, el cual comienza así:

"Triste es la noche, muy triste
Para el pobre marinero
A quien en el Ponto fiero
Acosa la tempestad. etc."

La lira del prócer vuelve a vibrar para escribir un himno probablemente a Capotillo, el cual todos conocen por haberlo vulgarizado el Dr. Alcides García en las columnas del "Listín Diario".

27. — Lic. E. Rodríguez Demorizi, "En Torno de Duarte", discurso de recepción como académico.

28. — "Curso de Política Constitucional".

29. — J. M. Serra, "Apuntes para la Historia de los Trinitarios, etc."

30. — Manifiesto de Guayubín lanzado por Duarte al pisar el territorio dominicano.

31. — Lugo, "Figuras Americanas", E. Tejera, etc."

32. — El discurso de D. Tomás Bobadilla tan conocido, de fecha 26 de mayo del 1844, le permitió a Coiscou Henríquez la rectificación del dato errado en fecha de la Historia de García y los trabajos de Lugo, de aquella memorable protesta de Duarte.

33. — Carta de Juan Isidro Pérez a Juan Pablo Duarte, de fecha 25 de diciembre del 1845.

34. — D. Emiliano Tejera, "Monumento a Duarte".



35. — Dr. Lugo, art. up-supra acerca de D. Emiliano Tejera.

36. — Publicada en “La Opinión”, edición del 11 de octubre del 1924.

37. — En este acto de venta se transfiere por parte de la Sucesión Duarte una casa de su patrimonio a D. Juan Jimenes.

38. — El original de esta carta está custodiado en el Archivo del escritor don E. Tejera, y se reprodujo en el folleto “Monumento a Duarte” del mismo, página 17.

39. — García, “Hist. de Sto. Dgo., t. I. p. 265-266.

40. — D. Emiliano Tejera “Monumento a Duarte”.

TITO LIVIO

Dr. Gustavo Adolfo MEJIA RICART





PEDRO ALEJANDRINO PINA

Lema: He aquí, otra vez, como el
ideal triunfa sobre el dolor
y la muerte, rescatado por
la gloria de un sacrificio
inmortal. — — — —

Por Porfirio Herrera Báez

Cuando en la tarde memorable de Julio de 1838 se solidarizaban en solemne pacto de honor y sacrificio aquel puñado de héroes que así respondían a los reclamos del apóstol inmaculado de nuestra redención, se hubiera podido ver entre los presentes, en los instantes del supremo cuanto arriesgado compromiso, la figura inquieta de un niño en cuyas pupilas ardía con luz extraña la precocidad de un alma columbrando ya las valentías irreductibles de una vida heroica y digna y las noblezas de un generoso corazón. Este niño era el “Benjamín de los Trinitarios”, Pedro Alejandrino Pina.

Había nacido en la ciudad de Santo Domingo en los últimos días del mes de Nvbre. de 1821 y su nacimiento, casi coincidiendo con la irrupción en nuestro suelo de las hordas liberticidas de occidente, dijérase que fué como una sonrisa de esperanza del funesto destino que, al precipitar a la Patria en la mas trascendental de sus desventuras políseur atentatoria de nuestra integridad política y cuando que quiere justificarse en la complicidad de todos.

Observado a la luz de su rol histórico, los contornos caracterológicos de Pina surgen precisos, a trazos fuertes,



apuntalados en la reciedumbre de cuatro virtudes que lo acompañan en toda su vida. Es un vehemente que realiza sus convicciones con el valiente radicalismo de una audacia responsable y es un tenaz en la lealtad que no conoce desfallecimientos a la hora de ser fiel con sus devociones, aferrado en la ingenuidad del desinterés con que se contrae ante los halagos de la vida pública, virtud ésta tan rara entre los prohombres de nuestra historia.

Hablando de Pina decía un escritor: “tomó parte en todas las revoluciones radicales de su país”. Estas palabras son la definición de un temperamento cuyos fuegos sagrados jamás pudieron sofocar ni los asaltos del dolor y las desiluciones ni las ofertas implícitas de contemporizaciones cómodas. Para encontrar la primera orientación certera de su carácter no es necesario que esperemos hasta una madrugada juventud. Solo nos basta asomarnos al alba de su infancia para encontrarlo definido en sus futuras significaciones en una travesura infantil, cuando recibió como castigo la pérdida de la más alta calificación escolar por encabezar un verdadero motín colegial de dominicanos contra haitianos.

Con ese apresuramiento por vivir que caracteriza en las existencias extraordinarias esa como protesta del espíritu ante el freno de la naturaleza que retarda el desarrollo corpóreo, otra vez lo encontramos encendido en la primera faceta de su carácter, rebelde al mandato de sus tutores que intentan destinarlo a la carrera eclesiástica y así quemando las naves de su sujeción tutelar se lanza a la aventura del matrimonio y abraza el foro con aplicado ardor.

No era el suyo el caso vulgar del muchacho atolondrado de la eterna tragedia hogareña. Que la fogosidad del pequeño Pedro Alejandro Pina se mancomunaba con una inteligencia excepcional y una rectitud moral de principios



poco compadecidos con sus años. Y no es el valor solamente cuanto da relieves a su actitud histórica. Es también el prestigio de su cultivado talento puesto en causas de honor. Por eso, ahí lo encontramos, ávido, en la cátedra de latinidad, filosofía é historia que en la sacristía de la iglesia Regina Angelorum sostenía el presbítero Gaspar Hernández para salvar los últimos restos de la brutal poda de cultura de que hizo galas la dictadura boyerista.

Allí trabó arraigada amistad con Duarte, que acababa de llegar de Europa con las inquietudes del siglo, con Pérez, Sánchez y Serra. Desde entonces un propósito generoso nacido al calor de esa fusión de almas nobles y heroicas va a prenderse como el eterno desvelo de su vida, en las naturales exaltaciones de su entusiasmo por lo atrevido y lo digno.

Enrolado en las filas Trinitarias como miembro fundador de esa benemérita asociación el dinamismo de su actuación en ella responde a la primera virtud de un revolucionario de cuño legítimo, que es la pasión. No había olvidado Duarte el poder que tienen las ideas en las realizaciones de la Historia ya que la naturaleza espiritual del hombre necesita el estímulo irresistible del ideal sin el cual el brazo no se arma de voluntad, ni la decisión acierta a templar sus vacilaciones en las horas supremas. De ahí que en la plataforma de combate de la Trinitaria, la propaganda revolucionaria era la primera obligación del afiliado.

Nadie como Pina más atrevido ni más ardoroso en la divulgación del nuevo credo. Aquí aporta a Sánchez como afiliado, mas tarde vuela a San Cristóbal y Baní a encender los espíritus y realizar enrolamientos en pro de la causa libertaria, teniendo que evadirse rápidamente de ésta última población para no ser encarcelado a consecuencia de



la red de intrigas que tejieron en su contra elementos absolutistas donde para vergüenza figuraban dominicanos. Mas tarde, cuando La Trinitaria funcionó bajo la dominación de "La Filantrópica" prestó el concurso de su talento literario y artístico en el Teatro que se preparó a expensas del Señor Manuel Guerrero, fervoroso separatista, en el edificio de la Cárcel Vieja (hoy edificio Cámara de Diputados). Allí prestó su concurso escribiendo algunas comedias y pequeños dramas de intención revolucionaria, llegando hasta subir a las tablas a arrancar aplausos de la multitud enardecida junto con Juan Isidro Pérez, emocionante actor dramático, Jacinto de la Concha, Félix María del Monte y otros patriotas cultos.

En ese incansable agitamiento de su revolucionismo y en el ostensible atrevimiento de sus ideas, al fin tuvo que peligrar, no tardando en sufrir el allanamiento de su casa acusado de guardar un depósito de armas. Detenido por ésta circunstancia junto con su padre Juan Andrés Pina, fué conducido ante la Comisión de investigaciones compuesta por los dominicanos José María Caminero y Tomás Bobadilla, quienes no se atrevieron a encarcelarlo por cálculo político, temiendo precipitar los acontecimientos que la absurda tiranía de Juan Pedro Boyer hacia vislumbrar y de los cuales ya sacaban partido los separatistas dominicanos. Todo el cúmulo de medidas retrógradas que caracterizó la dominación boyerista, tenía que producir sus frutos naturales, porque los pueblos al fin revientan en revoluciones bajo la presión creciente de las dictaduras. El 13 de Enero de 1843 estalló el movimiento de Praslin encabezado por el General Charles Herard Ainé.

Táctica sagaz había sido la de Duarte al unir las fuerzas separatistas que hasta entonces solo habían actuado, en cierto modo, clandestinamente, junto con las aspiracio-



nes políticas reformistas. De esa manera se permitía desenvolver con mas libertad los propósitos trinitarios que no eran precisamente los de transar con una ocupación haitiana mas liberal ya que Duarte seguía profundamente convencido de que “entre los dominicanos y los haitianos era imposible una fusión”.

Al nuevo rumbo que imprimía al ideal trinitario ese inteligente aprovechamiento de las circunstancias no podía quedar extraño Pina, quien, como hemos observado se inclinaba por tendencia temperamental a todo cuanto fuera agitación, peligro, audacia.

En efecto, ahí estuvo junto con Sánchez, Mella y Pérez por los dominicanos y por los haitianos con Alcins y Artidor Pontieux, Auguste Bernier y otros a la cabeza de la pueblada reformista que culminó con el sangriento incidente de aquella tarde de Marzo de 1843.

Dos días después de este suceso llegó correo de Haití anunciando la caída de Boyer, lo que decidió al General Carrié, Gobernador de Santo Domingo, a deponer el mando y embarcar con su familia para Curazao dejando el poder en manos de un grupo de notables. Por fin llegaron las huestes de la revolución bajo las órdenes de Desgrottes organizándose inmediatamente una junta popular denominada Comisión de Salud Pública que debía asumir los poderes gubernativos hasta que se sancionara la nueva Constitución Política.

Esta Comisión la integraron factores haitianos y dominicanos figurando entre los primeros Jean Baptiste Morin y Auguste Brouad y entre los otros Juan Pablo Duarte, Manuel Jiménez y Pedro Alejandro Pina, que ya era un mozo de 22 años en la plenitud de sus varoniles facultades.

Fué en el seno de ésta comisión donde se reveló con mas valentía y vehemencia la personalidad revolucionaria



de Pina. Arrebatado de frases definitivas confundió en una acalorada polémica a los miembros haitianos de la Comisión, defendiendo tesis de una audacia insólita, como eran las de que los actos públicos de la parte Este de la Isla fueran redactados en español, que las autoridades dominicanas locales fueran escogidas por elección popular, que la Religión oficial de los dominicanos fuera oficialmente la católica, apóstolica, romana, como lo exigía su tradición española arraigada y todo esto que fuera así, **porque los dominicanos estaban convencidos de que no eran un pueblo conquistado por Haití.**

Ante éstas declaraciones irresistibles los miembros Haitianos quedaron consternados, especialmente el Señor Auguste Brouad quien como antiguo maestro que fué de Pina pudo advertir mejor que nadie qué linaje de convicciones y de responsabilidad respaldaba el hervidero de aquellas frases radiantes de entusiasmo patriótico, al punto de llegar a esta exclamación durante uno de aquellos encendidos debates: “estamos perdidos; la independencia de los dominicanos es un hecho”.

Pero un serio tropiezo había de dilatar la realización de esa profecía. En esos días llegó a Santo Domingo, Charles Herard Ainé, quien inquieto por los rumores que no sin fundamento le llegaban a Haití, se dispuso a ahogar con mano fuerte los propósitos nacionalistas de los dominicanos. Al efecto, ya había hecho encarcelar de paso por el Cibao a Ramón Mella, a Salcedo, cura de La Vega, y al párroco de Cotuí.

Enterado a su llegada de los recientes acontecimientos ocurridos en la Comisión, pensó inmediatamente en dar un ejemplo sangriento escogiendo especialmente entre las víctimas a Pina quien para escapar a sus iras tuvo que refugiarse en el destierro junto con Duarte y Pérez, igualmente perseguidos con ensañamiento.



Allí, en ese estéril trozo de tierra de Curazao tantas veces acojedor refugio de patriotas y políticos nuestros caídos en desgracia, sufrió sus días de exiliado acechando siempre el curso de los acontecimientos que se sucedían en la patria lejana hasta que a consecuencia de los sucesos que se produjeron a partir de la noche gloriosa de Febrero, regresó junto con sus compañeros a la tierra de sus padres que esta vez vislumbraba de lejos en el flameante saludo de un lienzo tricolor.

Precipitado por la inquietud de su carácter y tantas veces por el imperativo de su patriotismo indignado, en el convulsionado ambiente de los primeros tiempos de la República, todas sus actuaciones fueron siempre expresión del peso de su responsabilidad ante la Historia.

Creada nuestra nacionalidad jamás hizo valer sus antiguas ejecutorias patricias para alargar mano ambiciosa sobre corruptoras prebendas. Así lo vemos declinar sin espectáculo las mas eminentes jerarquías del Ejército, que le ofrecieron cuando volvía al país ya independizado, después de su primer exilio, aceptando en esa ocasión solamente el grado de teniente coronel, “para que no se creyera que negaba a la Patria el tributo de su sangre después de haberle ofrendado el tributo de sus ideas”.

Y cuando alguna vez dejó de prosperar por fugaces instantes la inacabable ignominia de regímenes corrompidos, sus dignísimos merecimientos supieron legar sin vértigos personalistas hasta los cuidados de responsables magistraturas, donde su vigilante patriotismo, aquí aconsejaba al Presidente Gral. Cabral se abstuviera de aceptar la proposición Seward, sobre cesión de la bahía de Samaná a los Estados Unidos; y otra vez luchando por favorecer el triunfo de las ideas liberales en la Constituyente de 1865. Como delegado también de Cabral en las comarcas sureñas



mató el comercio clandestino por las fronteras, enfrentándose además con mano fuerte al grave problema que desde entonces significaba para el orden público fronterizo el vandalismo de nuestros perniciosos vecinos.

Carne de sacrificio y de dolor fué la suya en la incontrastable tenacidad de su idealismo. Allí donde el honor nacional salió menguado por la insensatez de las ambiciones sin escrúpulos, se levantaba inevitablemente la severa reconvención de su patriotismo, desafiando sin arredrarse las violencias con que subraya el reaccionarismo las decisiones inconsultas. No olvidemos la cooperación de sus esfuerzos aunados a los de Duarte, Sánchez, Pérez y el Presbítero Bonilla para dar jaque a la combinación Levasseur atentatoria de nuestra integridad política y cuando frustrados los propósitos del motín militar del 9 de Junio en que tomó destacada participación para fumigar la junta gubernativa de elementos antinacionales, cómo se engrandecía su figura, cómo lo reivindicaba ante el juicio de la historia la inmaculada limpidez de su alma atormentada frente al cinismo de un dictado que se volvía contra quienes lo lanzaron y frente a la atroz sentencia de extrañamiento perpétuo con que lo condenó junto con Duarte, Sánchez, Mella y Pérez, la estrechez idealista y la envidia encaramada con Santana en el Poder.

Rodando con sus angustias de expulso a través de Irlanda, Inglaterra, Estados Unidos de Norte América, Curazao y por último Venezuela, aprendió lo que cuesta un ideal y lo que se sufre cuando no se contemporiza con la iniquidad que justificarse en la complicidad de todos.

Así como fué leal a sus devociones idealistas, así lo fué también cuando con ánimo generoso puso el corazón en la amistad que ofreció con la sola condición de la virtud “sin miedo y sin tacha”. Por eso, no solo estuvo al lado de



Duarte a la hora de las apoteosis de la gratitud nacional, sino que se iba con él en el dolor de los largos exilios y cuando Santana coronaba la cima de sus siniestras ambiciones cobijando la Patria bajo la sombra del gonfalon de las Españas y tuvo el General Cabral, al empezar su campaña redentora, que abandonar sus posiciones victoriosas en Las Matas de Farfán, aquellos impulsos generosos llamaron de nuevo a su corazón, para no dejar a Sánchez abandonado en el "Cercado", volando a reunírsele, atravesando caminos arriesgados con un grupo de valientes.

I cómo hubiera ido con él al patíbulo de San Juan a no ser por la intervención milagrosa de un práctico de las fronteras, Timoteo Ogando, quien lo arrastró sobre las ancas fugitivas de su caballo el día de la traición del Cercado! Figura bravía ésta, la de Timoteo Ogando! En la sala de armas del Museo Nacional puede verse aún la mella hecha por sus mandobles en el filo del sable del Capitán Marcelino Heredia, de las Reservas Dominicanas, a quien mató en duelo en el combate de la "Canela", 1865.

Profundamente desilusionado por la muerte de su heroico amigo, cuanto por los bochornosos acontecimientos de 1861, se desterró voluntariamente a Venezuela, adoptando la nacionalidad de Bolívar para no cargar con la que le imponía la infamante muerte política de su Patria. Luchador infatigable, aquí hubo de prestar en pro de la causa federal el valioso concurso de su experiencia revolucionaria, mientras desempeñaba la jefatura departamental de Cumarebo. Despues, cuando el asta clavada en la atalaya de Capotillo, pareció como si hubiera ahondado raices en el corazón heroico de los restauradores y al final de una florecencia épica de batallas se cuajara el fruto de la Patria resurrecta, su figura volvió a dignificar el ambiente de la República, cooperando en la política del héroe de Santomé,



quien lo había llamado a su lado en reconocimiento de sus pundonorosos merecimientos.

Y mas tarde, el 24 de Agosto de 1870, así como hasta ahora había vivido en una inquebrantable afirmación de nobles ideales, así remató sus últimos días, muriendo en un campamento militar de las Matas, mientras actuaba en la revolución que con el propósito de salvar la República de la anexión a los Estados Unidos, empeñó el General Cabral en las regiones del Sur.

Qué ejemplarizadora síntesis surge de este digno existir. . . ! Por la tenacidad de sus generosas convicciones, por el estoicismo con que se acoraza ante el dolor de sus interminables sacrificios, por la pudorosa abstención de su desinterés, por el ingenuo entusiasmo con que se identificó con sus principios en las valientes ejecutorias de su patriotismo, Pina es símbolo de una época donde se practicaron con fervoroso renunciamiento los imperativos del ideal. Es a la luz de esta circunstancia como podemos comprender en toda su hermosa realidad retrospectiva la razón de ser de su actitud histórica. Porque además del factor psicológico individual, al hombre lo solicita sensible influencia la fuerza del ambiente universal, que forma muchas veces, por así decirlo, como la atmósfera que alienta las realizaciones históricas de una vida.

Y si esto último puede también explicar, las desoladoras aberraciones de tantos hombres de hoy, eso no alcanza a justificarlos. No se puede sufragar por la cómoda justicia de aquellos versos de un gran poeta español que nos hablan de la culpa del tiempo. . . Porque el ideal, la preponderancia del espíritu, no pueden ser patrimonio privativo de una época, sino que es necesario que ellos sean cuanto son: expresión del hombre en su sentido eterno. Por eso, el mejor homenaje, la mas espléndida apoteosis, que ante



el apostolado de nuestros próceres pueda elevar la gratitud nacional, no será absolutamente aquella que vibre en el ámbito protocolar de los actos oficiales, o en las ponderaciones agradecidas del talento, sino aquella, hasta callada si se quiere, pero fecunda siempre, que hagan corazón adentro y voluntad decidida las generaciones dominicanas al seguir la orientación de su ejemplo en el fluir de las edades que se abren cauce en la Historia.

DOMINICO

Porfirio HERRERA BAEZ







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SEGUNDA PARTE
TEMA VI



**VEREDICTO DEL TEMA VI,
Monografía de La Trinitaria, didáctica**

Cumplida la misión que nos fué encomendada como uno de los jurados del Certamen Literario Nacional en conmemoración del Primer Centenario de la Trinitaria, patrocinado por la Sociedad “Amantes de la Luz”, tenemos a bien comunicar a ustedes el resultado de nuestra labor.

De los trece trabajos concurrentes al tema “Monografía de la Trinitaria”, juzgamos que ninguno reúne las condiciones exigidas por las bases del concurso, si se tiene en cuenta la finalidad que se persigue en el enunciado de dicho tema, para merecer el primer premio. Por consiguiente lo declaramos desierto.

El mayor inconveniente para acertar en el desarrollo preciso del tema, ha sido la condición de “didáctico, que pueda ser capítulo de texto para estudio de la Historia Patria en las escuelas primarias”. Esa condición reclamaba la exposición del hecho histórico de manera clara y precisa, tal como fué en sí y despojado de espíritu de polémica. Entendemos que en esta ocasión no se ha perseguido dilucidar o esclarecer una cuestión, sino representar lo que fué real y verdaderamente la sociedad patriótica “La Trinitaria”. El surgimiento de esa institución como el primero y principal impulso creador de la nacionalidad, es un hecho que como expresión de la verdad, tiene valor perenne; como también lo tienen para el patriotismo los que constituyeron el núcleo de aquella sociedad. Tal es el objetivo que a nuestro juicio se persigue al darle carácter didáctico o este tema.



Esta misma consideración nos ha inclinado a reconocer como el trabajo que más se acerca a lo solicitado en el Concurso, el que tiene por lema “Dios, Patria y Libertad”, y está firmado con el seudónimo **Trinitario**. Está bien documentado y tiene bastante desarrollo, sólo que, hace cuestión de polémica la precedencia de personajes en la acción libertadora, sin que ello fuese necesario para el caso. No obstante, lo juzgamos merecedor del segundo premio.

El trabajo No. 9, cuyo lema es “Trinidad es símbolo de fuerza y amor”, firmado con el seudónimo **Santa Teresa de Jesús**, le calificamos merecedor de Mención Honorífica.

Los demás trabajos, unos, aunque bien desarrollados, pecan por apartarse del tema propuesto; otros, están errados en los hechos y otros carecen del necesario desarrollo para una monografía.

Leonor Ma. FELTZ

Rufino MARTINEZ

S. Colombino HENRIQUEZ G.



MONOGRAFIA DE “LA TRINITARIA”

Lema: Dios, Patria y Libertad —

Por M. A. Machado Báez

Durante la noche interminable de la dominación haitiana, surge la figura de un hombre de ánimo esforzado y de preclaro entendimiento que llama y despierta el corazón de sus conciudadanos; que reúne en torno suyo a la juventud estudiosa, y les dá cátedras de filosofía, de matemáticas y hasta de esgrima, y que más tarde escribirá, sobre las playas dominicanas, el poema de la independencia nacional. Juan Pablo Duarte venía de España, y traía la “consigna revolucionaria, el verbo de la conjuración por la libertad y la independencia”. Fue el primer dominicano que tuvo conciencia de la nacionalidad integral. No hay que olvidar, que el Padre Gaspar Hernández no influyó en el espíritu de Duarte para la realización de los ideales separatistas, porque el ilustre sacerdote limeño no pensó nunca en la creación de la República, según consta en la carta que después de los acontecimientos de Febrero—en el mes de marzo de 1844—le dirigió desde Curazao a don Baltazar Morcelo, donde le decía: **Te felicito a ti y a todos los dominicanos por haber sacudido el yugo de la dominación de los mañeses cocos, abrigando la esperanza de que, como ustedes no han sido nunca ingratos con su madre Patria, pronto aclamarán a ella.** (1)

El acucioso historiador Fray Cipriano de Utrera en unas palabras publicadas en la edición del **Boletín Ecle-**



siástico correspondiente a los meses de julio y agosto del año 1933, dice que el Padre Gaspar Hernández emigró con el ejército español que desocupó la ciudad de Lima, y se trasladó a la provincia de Jauja donde prestó los servicios de su ministerio al ejército hasta la pérdida de la Batalla de Ayacucho.

Y puede afirmarse que la prueba documental más antigua que existe de su presencia en el país es la partida bautismal del 22 de julio de 1839—un año y seis días después de la fundación de La Trinitaria—en la cual figura como Cura Rector de la Iglesia de San Carlos, curato que desempeñó inmediatamente después de su llegada a nuestro país.

Sin embargo, escritores modernos han querido disminuir la gloria de Duarte en la magna obra de la Independencia. Gaspar Hernández fué anexionista español entre nosotros. Sus prédicas no fueron nacionalistas. El no depositó en el alma de sus discípulos el ideal de una Patria grandiosamente libre. Fué godo de los de **tuerca y tornillo**, para emplear una frase de don Ricardo Palma, citada por el Dr. Alcides García.

El prócer trinitario Félix Ma. Ruiz, en carta de su puño y letra, dice:

“Mi amigo el **Dignísimo iniciador de la idea separatista**, Duarte, y yo fuímos amigos íntimos desde nuestros primeros años.

A su regreso de Europa ya traía en mientes el **gran pensamiento de libertar a su patria** de la dominación haitiana. Parece que, cual otro Bolívar en el Monte Aventino, allá, en París o Barcelona concibió tan aventurado propósito. Desde luego me comunicó su **pensamiento**, que me pareció de todo punto irrealizable, por no contar



con ningún apoyo, y, sobre todo, por la desconfianza que me inspiraban el indiferentismo, la apatía y el egoísmo de muchos dominicanos ya habituados a soportar un yugo de tantos años”.

Es Rosa Duarte la que va a decirnos ahora, en síntesis admirable, cómo concibió Duarte el pensamiento de libertar a su Patria:

“Juan Pablo nos dijo varias veces, que el pensamiento de libertar a su patria se lo hizo concebir el capitán del buque español en donde iba para el norte de América en compañía de don Pablo Pujol. Nos decía que al otro día de embarcados el capitán del buque y don Pablo se pusieron a hablar de Santo Domingo sumamente mal y el capitán le preguntó a él, si no le daba pena decir que era haitiano. Juan Pablo le contestó: yo soy dominicano, a lo que con desprecio el capitán le contestó: tu no tienes nombre, porque tu ni tus padres merecen tenerlo ya que cobardes y serviles inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos. La vergüenza, la desesperación que le causaba el confesar que merecíamos ser tratados tan sin ninguna consideración le impidió pronunciar una palabra, pero juró en su corazón no pensar, no ocuparse sino en procurarse medios con que probarle al mundo entero: que no tan solo teníamos un nombre propio, Dominicanos, sino que nosotros (tan cruelmente vilipendiados) éramos dignos de llevarlo”. (2)

Desde entonces su cerebro trabajador no conoció tribulaciones, ni fatigas, ni desfallecimientos. Apóstol y mártir, emprendería la cruzada de la liberación dominicana con la visión puesta en una Patria sin claudicantes compromisos internacionales. Maestro de patriotismo y de dignidad moral, el dolor que le causaba contemplar a su pueblo gemir bajo los dominadores haitianos había de-



positado en el fondo de su espíritu patricio una sabiduría que no se aprende en los dogmatismos enciclopedistas ni en los viejos infolios de la historia.

La vida intelectual dominicana era pobre y oscura. Atraso material. Atraso espiritual. La Universidad había sido cerrada. La cultura se había refugiado en las logias masónicas, y de tarde en tarde la juventud, ávida de conocimientos, se reunía en el hogar del sabio y bondadoso Dr. Juan Vicente Moscoso, uno de los espíritus más cultos y distinguidos de la época, y allí recibía el pan de la instrucción.

Un día, llega Duarte a la casa de José Ma. Serra, y lo encuentra escribiendo manifiestos arrebatadores, los cuales distribuía secretamente en la ciudad el mismo Serra bajo el seudónimo de **El Dominicano Español**. Los haitianos para vilipendiar a los dominicanos le llamaban **foutré espagnol**, y éstos le aplicaban diversos términos: mañeses, balsinos, mombolos, manolos, cocolos, los chepes, musieses...

“No hay que perder más tiempo exaltando las masas con manifiestos inflamados, es necesario—le decía Duarte a Serra—formar una sociedad secreta revolucionaria: todo lo tengo preparado”, y observa el futuro trinitario (3) que al día siguiente “tenía Duarte organizada la idea con tanta prodigalidad, y con tanta previsión, que bien se conocía que el proyecto bullía en su cabeza desde hacía mucho tiempo”.

Duarte había penetrado tan hondamente en el espíritu de sus discípulos, que el 16 de Julio de 1838, día de fiesta de la Iglesia, se reúne con ocho amigos escogidos entre los muchos a quienes ya había hablado de sus propósitos liberadores, y funda, en la casa de familia de Juan



Isidro Pérez—un bohío situado frente a la puerta de la Iglesia del Carmen—una sociedad secreta revolucionaria a la cual llamó LA TRINITARIA, por componerla nueve miembros fundadores, que formaban una base triple de tres miembros cada una.

Los nombres de los nueve miembros que constituyeron esa sociedad, son: JUAN PABLO DUARTE, creador y fundador, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Felipe Alfau, Félix Ma. Ruiz, Jacinto de la Concha, Pedro Alejandrino Pina, José Ma. Serra y Benito González, quienes estaban comprometidos a hacer propaganda constantemente y aumentar el número de adeptos a la causa separatista.

Los trinitarios no asistían a reuniones, por considerarlas imprudentes, y la razón de que no se aumentase el número era para evitar una delación, y los mismos afiliados no conocían más que aquel que los conquistaba, y no podían en caso de delación comprometer sino a uno de los nueve, quedando los otros para continuar su silenciosa y al mismo tiempo peligrosa labor de propaganda.

El lema que adoptó esta sociedad fue **uno y trino**. Tenía toques de comunicación que, según dice Serra, significaban “confianza, sospecha, afirmación, negación; de modo que al llamar un trinitario a otro que estaba en su cama, ya este sabía por el número y manera de los toques, si debía o no responder, si corría o no peligro”. Además, por medio de un alfabeto convencional se ocultaba todo lo que convenía mantener oculto; y estaba tan prodigiosamente organizada esta sociedad que su existencia era un secreto inviolable para los nuevos afiliados.

Aquel día—16 de Julio de 1838—estaban todos los patriotas reunidos en la casa de Juan Isidro Pérez. Ape-



nas se abre la sesión, Duarte se levanta y habla. Su figura grandiosa y creadora, se agiganta. Nunca había pronunciado palabras tan emocionantes y tan bellas. Todos quedan conmovidos por el tono de su voz, de sus palabras. Luego, sus labios enmudecen, y de súbito aquellos jóvenes entusiastas oyen resonar de nuevo la palabra apostólica y revolucionaria del maestro:

“Unidos aquí con el propósito de ratificar el fin que habíamos concebido de conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el gobierno haitiano, a fin de constituirnos en estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana, vamos a dejar empeñado nuestro honor y vamos a dejar comprometidas nuestras vidas. La situación en que nos coloquemos será muy grave, y tanto más cuanto que entrando ya en este camino, retroceder será imposible. Pero ahora, en este momento hay tiempo todavía de rehuir toda clase de compromiso. Por lo tanto, si alguno quisiera separarse y abandonar la causa noble de la libertad de nuestra patria querida...” (4)

Y el ardor generoso de su patriotismo inmaculado y el amor a la Patria que palpitaba en el fuego de su palabra evangélica, iluminaron con las llamas del entusiasmo el corazón de sus discípulos, y visiblemente conmovidos, prorrumpieron en este grito de patriótico entusiasmo:

“No!—No!—Yo no me separo! Ni yo! Ni yo!”

Y mientras se instalaba La Trinitaria, comenzaba a salir en ese momento la procesión del Carmen. Surgía esta sociedad ungida con el óleo y el fervor místico de la solemnidad cristiana. La Iglesia Católica ha ejercido una influencia decisiva en la formación de la nacionalidad y en la creación de la República. Duarte mezcló el ideal trinitario con el misticismo del dogma religioso, y fué tan



grande su fé en las doctrinas de la religión cristiana que el día en que iniciaba sus trabajos revolucionarios su madre le puso sobre el corazón una medalla con los colores de la bandera nacional y con una imagen de Nuestra Señora de la Altagracia al centro.

Ha llegado la hora decisiva, la hora de las responsabilidades, la hora de firmar con sangre el juramento del compromiso trinitario. Todos los patriotas están casi narcotizados. Todos. Todos. Entonces Duarte, de pie, levanta la mirada, y con voz clara y serena, comienza a leer:

“En el nombre de la Santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente: juro y prometo por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro Presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano, y a implantar una República libre e independiente que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos, encarnados y azules, atravesados con una cruz blanca. Mientras tanto, seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales: Dios, Patria y Libertad. Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja; y de nó, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición, si los vendo”. (5)

Y cuenta José Ma. Serra que todos los iniciados lo leyeron, lo juraron y lo firmaron, y cuando lo firmó el último, con el “pliego abierto en la izquierda y señalando las cruces con la diestra”, dijo Duarte:

“No es la cruz el signo del padecimiento; es el símbolo de la redención: queda bajo su éjida, constituída La Trinitaria, y cada uno de sus nueve socios obligados a reconstruirla mientras exista uno, hasta cumplir el voto



que hacemos de redimir la Patria del poder de los haitianos”.

Sus labores fueron puestas bajo la égida de la Cruz de Cristo, que entró a ser parte en el lábaro o pabellón de la República y en su escudo de armas; y Duarte escogió el 16 de Julio para la fundación de La Trinitaria, por ser el día en que la Iglesia Católica celebra el triunfo de la Santa Cruz, al conmemorar la victoria obtenida por los Reyes Católicos contra los infieles en la batalla de las Navas de Tolosa.

A ese grupo de jóvenes idealistas y soñadores, les llamaban por burla **filorios**, que quiere decir retóricos o filósofos. Y en el transcurso de la Revolución Duarte llamaba **templarios** a sus amigos, es decir, **caballeros de la Cruz**.

Entre las primeras decisiones tomadas por La Trinitaria, figuran el nombramiento de Duarte, como General en Jefe de los Ejércitos de la República y Director General de la Revolución, y los de Pina, Sánchez, Mella, Juan Isidro Pérez y Vicente Celestino Duarte, como Coroneles de los mismos Ejércitos.

A iniciativa de Duarte se propuso la creación de un fondo al que todos contribuyeron, cada cual de acuerdo con sus recursos económicos, produciendo esta contribución más de cien pesos, que fueron a trabajar, libre de todo gasto, a la casa comercial de don Juan Duarte.

La Trinitaria celebró dos únicas sesiones: la primera a las once de la mañana, y la otra por la tarde, la cual ha sido admirablemente bosquejada por Serra en sus dramáticos **Apuntes para la historia de los trinitarios**.

Después de instalada la sociedad revolucionaria la denominaron sociedad de los trinitarios, y dice Serra que



“concluída la sesión, cada cual emprendió sin descuidarse su obra de propagación. Uno de los medios de que se echó manos fue el teatro; este se llenaba de bote en bote en ciertas representaciones escojidas de intento, y la exaltación del espíritu público era tal en ocasiones, que llegó a llamar la atención del gobernador, quien una noche hizo subir al escenario a un agente suyo, para pedir la pieza que se representaba, y ver si en ella era cierto que estaban escritas estas palabras: **“Me quiere llevar el diablo cada vez que me piden pan y me lo piden en francés”**.”

Hay que advertir, además, que han desaparecido muchos datos importantes sobre La Trinitaria; y en carta de fecha 1º de abril de 1884 Serra la decía al Padre Meriño, **“que tenía enterrada una botella—la cual no se ha encontrado—con una nota de los trinitarios, un alfabeto convencional, y otros papeles relativos a esa sociedad;”** y agregaba: **“está a la salida del patio, a mano izquierda, hacia el rincón de la casita situada entre la casa que era de los Perdomo y el buhio de Mercedes Román, calle del Arquillo al Carmen”**; y terminaba su epístola, diciéndole, **“que la había enterrado el día que el gobierno haitiano registró la casa de Juan Pina, pues se dijo que a todos nos iban a registrar, y después no volví a acordarme de esto, ni cuando desocupé la casa”**. (6)

La Trinitaria no descansó en la propaganda del credo revolucionario, y todos los días nuevos adeptos se incorporaban en sus filas. Sánchez, los Mella, Duvergé, los Jiménez, los Concha, Imbert, Salcedo, los Castillo, los Santana, Espinosa, los Valverde, Acosta, los Ramírez, Carrasco, Peña, los Pichardo, Galván, Lluveres, los Brea, Delmonte, los Bonilla, Perdomo, Soñé, Tavera, Alvarez, Sosa Roca, Sandoval, los Contreras, Rijo, Linares, Abreu,



Santamaría, Leguisamón, Regalado, y otros ardorosos patriotas propagaban con entusiasmo la idea redentora.

En los cuadernos de Apuntes Tomados de la Tradición por el historiador García, figura también como uno de los primeros trinitarios el exaltado y turbulento patriota Francisco Martínez de León. Es muy probable que Martínez de León acompañara a Duarte en los tres o cuatro primeros años de su labor revolucionaria. De 1841 a 1842 debió de irse para Puerto Rico.

Cuando se estudia la historia de La Trinitaria, lo primero que salta a la vista es su prodigiosa organización: su objeto primordial consistía en iniciar prosélitos sin consignación de nombres, y cuidando muy especialmente de no revelar el nombre del caudillo. “Imitación exacta de la célebre conspiración de los Soles de América —dice don Félix Ma. Del-Monte— estaba materializada por un círculo cuyo centro ocupaba el Corifeo. El nombre de éste, conocido únicamente por los iniciadores principales, no podía ser descubierto a los otros. Tenía de especialísimo este modo de proceder el q. los que daban principio a las iniciaciones estando aisladas y misteriosamente en inmediata relación con el Centro, no conocían a los otros, ni podían conocer tampoco a todos los que por iniciaciones sucesivas debían ensanchar su radio desde el centro a la circunsferencia. El Centro comunicaba privadamente con los primeros iniciadores: estos solo conocían a dos de sus iniciados; y aquellos dos no conocían respectivamente mas que a los dos que iniciaban a su vez, de entre sus parientes o amigos íntimos y cuyos sentimientos conocían profundamente. De este modo se prevenía el caso no probable de una denuncia y se designaba una sola víctima, pues dos hombres viles no podían convencer de conspiración a otro más que a



su iniciador, continuando así la ocupación del radio sin solución de continuidad sensible, sin remoto peligro de disolución”.

Por otra parte, se han querido confundir las actividades de La Trinitaria y la Filantrópica, pero se ha comprobado históricamente que fueron dos sociedades de distintas ideologías: la una era fundamentalmente revolucionaria, la otra era esencialmente cultural.

Todos los trinitarios ocultaban sus nombres bajo un seudónimo y estaban señalados con un color distintivo. Todos conocían la clave del alfabeto criptológico en que estaban escritos los estatutos, los toques de comunicación, la combinación de signos, el juramento de fidelidad, y todos conocían en suma, los procedimientos y las medidas de precaución que debieran seguirse en caso de que fuese descubierta la conjuración.

El trinitario fundador Juan Nepomuceno Ravelo ha revelado a los ojos de la posteridad el nombre que usaban algunos trinitarios, entre ellos: Duarte, cuyo seudónimo era **Aristides**, Benito González, que usaba el nombre de **Leonidas**, Felipe Alfau, que tomó el de **Simón** y el propio Nepomuceno Ravelo que ocultaba su nombre bajo el seudónimo de **Temístocles**; y Rosa Duarte, refiriéndose al distintivo de los trinitarios, dice: “La divisa que le tocó a Juan Pablo, fue azul de color de cielo; pidió la amarilla pero Juan Isidro Pérez le dijo:—Esa es la mía: significa la **Política**. La tuya es azul celeste, que significa **Gloria** y es la que te pertenece.—Sánchez la tomó verde: su significado **Esperanza**; y la de Pina fué roja, como significación del fuego sagrado patrio que ardía en su corazón”. Y en otra página de sus admirables manuscritos, añade: “Cada día se incorporaban nuevos reclutas en la Cruzada Dominicana; para dar cuenta de los que se



afiliaban, usaban el nombre del color de su divisa. Así era que cuando el General (Duarte) sumaba el número de los nuevos patriotas, decía: tantos amarillos, tantos verdes, tantos azules y así de los demás. . .”

Refiere Rosa Duarte, en sus interesantes **Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte**, que uno de los principios fundamentales de La Trinitaria fue la unidad de la raza, y que los trinitarios consideraban que todo el que contrariase además cualquiera de los postulados establecidos en esa asociación política se colocaba instantáneamente fuera de la ley, “que la ley no reconocía más vileza que la del vicio, ni más nobleza que la de la virtud, ni más aristocracia que la del talento, quedando para siempre abolida la aristocracia de la sangre como contraria a la unidad de la raza”.

Téngase en cuenta, además, que la bandera nacional fué obra de la virtualidad creadora del pensamiento de Duarte. Como se vé, el fundador de La Trinitaria tuvo un elevado concepto de la unidad de la raza, y tuvo para él un significado tan profundo ese principio que lo llevó hasta la enseña que sirvió de distintivo a su grande y gloriosa empresa.

Se sabe que la insignia nacional haitiana fue formada por Dessalines, entre gritos de entusiasmos, arrancando a la bandera francesa la franja blanca, a la cual atribuía todos los infortunios de su Patria.

El historiador García dice que era necesario dar a la enseña que había de servir de bandera al pueblo dominicano una significación diametralmente opuesta a la haitiana, y que, por consiguiente, Duarte concibió la idea de separar sus colores con una cruz blanca, para sig-



nificar al mundo, según su propia expresión, que el “pueblo dominicano, al ingresar en la vida de la libertad, proclamaba la unión de todas las razas por los vínculos de la civilización y del cristianismo”.

Toda la generación que proclamó los ideales separatistas llevaba en su corazón encendido el fuego sagrado del patriotismo; generosos obreros del ideal, cuyas prendas, fueron: inteligencia, humildad erasmica, valor, sencillez, verdaderos apóstoles de la libertad que en medio de las tempestades políticas dieron ejemplos de virtudes y sacrificios heroicos.

La labor de La Trinitaria fué unificar y armonizar las voluntades para encaminarlas a la creación definitiva de la nacionalidad.

Esos legionarios de la causa libertadora se dedicaron a concitar las iracundias activas de todos los dominicanos contra la dominación haitiana; a luchar sin dar tregua a su brazo, ni paz a su espíritu.

Poco a poco iba despertando mucho entusiasmo entre la mayoría de los dominicanos la idea separatista. Dos bandos se formaron entonces: de un lado los serviles, los haitianizados, incapaces de comprender ni mucho menos de amar la libertad; del otro lado los más inteligentes, los más cultos, los separatistas, esto es, los miembros de La Trinitaria con Duarte como guía y mentor, los únicos que comprendían los beneficios de fundar una Patria Libre, una República democrática.

Manuel María Valencia en su opúsculo de 1842, *La Verdad y nada más*, ha escrito: “Cuando las columnas



de la tiranía vieron que se acercaba la lucha, excogitaron varios medios de producir una contrarrevolución” y hasta llegaron a enviar “comisiones a todos los pueblos para introducir la discordia y alarmar a los incautos”.

Lanzados los trinitarios en la revolución de Praslin, que traía como programa la caída de la dictadura de Boyer, y encabezados por Ramón Mella, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, fué proclamada la evolución política llamada **La Reforma**, en la tarde memorable del 24 de marzo de 1843, en la plazoleta del Carmen.

Es bueno advertir asimismo que los enemigos llamaban a Duarte y a sus compañeros **colombianos**, y cuéntase que cuando el movimiento popular reformista se dirigía a Santa Bárbara a buscarlo, entre el tumulto del pueblo, uno de los traidores al verlo, le tendió la mano, gritándole: “Viva Colombia”! lanzándole Duarte este grito que ha recojido la historia: “Viva la Reforma”!

Los historiadores haitianos consideran que la **revolución reformista** fué una de las causas fundamentales de la separación dominicana, y el Dr. Caminero decía en unas notas escritas en Washington en 1845, que los dominicanos aprovecharon la revolución y caída de la dictadura boyeriana para realizar el pronunciamiento del 27 de Febrero.

Los trinitarios se unieron con los liberales haitianos o reformistas para utilizar los beneficios que ese movimiento revolucionario representaría en sus propósitos de independencia.

Más tarde, cuando Duarte, en unión de Mella, de Manuel Jiménez, de Remigio del Castillo, de Pina, y de otros ilustrados y eminentes patriotas formaron la Comisión



de Salud Pública de Santo Domingo, la lucha entre el elemento haitiano y el elemento dominicano se perfiló entonces. De ahí las ruidosas discusiones de Pina con Augusto Brouat (7) —que representaba en el seno de la Junta Popular los intereses haitianos—y quien frente a las ideas nobilísimas de Pina que sostenía el derecho de los dominicanos de nombrar a sus autoridades locales por elección popular y de redactar sus actos públicos en idioma castellano, exclamó. **Estamos perdidos, la independencia de los dominicanos es un hecho!**

De La Trinitaria partió esa invisible red entretegida por el mismo Duarte, que preparó los ánimos de los dominicanos para la propaganda libertadora, aún en los mismos días en que se vieron paralizadas sus patrióticas faenas.

En aquellos días conmovían el sentimentalismo de las masas populares las coplas y las décimas del prócer trinitario José Ma. Serra, y la pluma nacionalista de Juan Nepomuceno Tejera desde las hojas manuscritas del “Grillo Dominicano” despertaba el dormido corazón de los dominicanos, mientras los haitianizados sostenían en el **Grillo** críticas iracundas y violentas polémicas contra sus adversarios políticos.

Después de las persecuciones cometidas por Charles Hérard en su visita a la parte española de la isla a mediados de 1843, circularon las siguientes décimas:

A dónde los de la cuadrilla
de la loca independencia?
Qué dirán de su Excelencia
los restos de esa pandilla?
Parece que el **Grillo** chilla,



y en su chillido impotente,
da gozo al inocente
y aterra al insano.
Yo puedo gritar ufano:
Viva el digno Presidente!

Contestación :

Preguntas por la cuadrilla
de la loca independencia,
para después en su audiencia
ir a mendigar la silla?
Tú si que eres la polilla
que con villano aguijón
roe la nueva facción,
la que después de te engrandece,
porque esto siempre acontece
al que no tiene opinión.

Se inician ahora para Duarte tiempos de lucha. Organiza en los distintos puntos de la parte dominicana el partido separatista. Recorre las comarcas del Este, y estrecha vinculaciones, suaviza asperezas, traiza normas y define orientaciones. Los trinitarios mantienen encendida en la Capital sus doctrinas de libertad, y preparan los ánimos para la lucha. Llega la época en que las Juntas Electorales debían elegir los Representantes a la Asamblea Constituyente, y el 15 de junio de 1843 luchan en las campañas eleccionarias de la plaza del Convento Domí-



nico—hoy Parque Duarte—y obtienen el primer triunfo frente al elemento haitiano.

Bajo aquella humillante y vergonzosa dominación de veintidós años la idea de nacionalidad iba creciendo saludablemente en el espíritu público. Ahora, Charles Hérard quiere ahogar en sangre la idea separatista, pero esto lo que hace es enardecer los ánimos de los patriotas. Las persecuciones llegaron a tal extremo, que todos los que se destacaban por la exaltación de sus ideas tuvieron que ocultarse. Duarte, Pérez y Pina, pudieron sustraerse del furor de sus enemigos porque se embarcaron ocultamente para el extranjero. Sánchez no pudo salir del país por estar enfermo, para salvarlo fué preciso propagar la falsa noticia de su muerte. Pero tan pronto como el esclarecido patriota pudo tomar providencialmente la dirección de los separatistas, se pone en comunicación con Duarte y sus compañeros de ostracismo, y le escribe a Curazao, “pidiéndole, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: dos mil, mil o quinientos fusiles, a lo menos, cuatro mil cartuchos, dos o tres quintales de pólvora, quinientas lanzas, o las que pueda conseguir. En conclusión; lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues este es el dictamen de la mayor parte de los encabezados. Esto conseguido, deberás dirigirte al puerto de Guayacanes, siempre con la precaución de estar un poco retirado de la tierra, como una o dos millas hasta que se te avise, o hagas señas, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día, y si fuere de noche, pondrás encima del palo mayor un farol que lo ilumine todo, procurando, si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo”.

Al llegar Duarte a Caracas lo primero que hace es entrevistarse con Carlos Soubllette, Presidente por aquel en-



tonces de Venezuela, quien le promete conseguir recursos para realizar su obra libertadora; pero al fracasar los ofrecimientos del Presidente venezolano, y con el fin de obtener los recursos que no había podido conseguir en el extranjero y que Sánchez le pedía, le escribe a su familia esta carta en la cual florece maravillosamente su idealismo y su grandeza de alma:

“El único medio que encuentro para reunirme con ustedes es independizar la Patria. Para conseguirlo se necesitan recursos, supremos recursos, y cuyos recursos son: que Ustedes de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacen, y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y no tendremos porqué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria”.

En medio de aquel “cautiverio babilónico”, como lo llamó la versificadora Doña Ana de Osorio, (8) dos causas determinaron la epopeya de Febrero: los trabajos secretos iniciados por los **afrancesados**, que querían la Separación de Haití bajo el protectorado de Francia, y la llegada a Santo Domingo de los regimientos 31 y 32, compuestos en su mayoría de jóvenes dominicanos que simpatizaban con los ideales sustentados por los trinitarios.

Sánchez y sus compañeros señalaron el 27 de Febrero (1844) para dar el grito de **Dios, Patria y Libertad**. Terminará una época de opresión y de vergüenza, y co-



menzarán tiempos nuevos. Duarte había inculcado ya en la mente y en el espíritu de los dominicanos la vocación del patriotismo. La hora era solemne, decisiva: un puñado de patriotas esperaba impaciente en la Puerta de La Misericordia la llegada de los comprometidos en el pronunciamiento. Transcurren los minutos, las horas, y no llega la mayoría de los comprometidos. La impaciencia y la inquietud atormentan las almas. Algunos conjurados, indecisos y timoratos, quieren retirarse y desistir del grandioso proyecto.

No! grita de pronto Mella. **Ya no es dado retroceder: cobardes como valientes todos hemos de ir hasta el fin. Fuera vacilaciones! marchemos, pues!** y dispara el célebre trabucazo que sacudió el largo y oprobioso período de la dominación haitiana. Todos los patriotas corren enloquecidos de entusiasmo a ocupar la Puerta del Conde para dar el grito sacrosanto de **Dios, Patria y Libertad**, y enarbolar la bandera de la cruz creada por Duarte y acogida fervorosamente por los trinitarios en 1838.

Se ha escrito mucho acerca de la primera bandera nacional que flotó en el Baluarte del Conde la madrugada del 28 de Febrero. El historiador haitiano Madiou dice que Gabriel Ozuna había traído de su casa una bandera haitiana y que no hubo tiempo de agregarle la cruz blanca, y los revolucionarios la izaron tal como ella estaba. Don Federico Henriquez y Carvajal dice que los febreristas le pusieron la cruz blanca a la enseña haitiana, y que ese fué el pabellón que en el asta del Baluarte flotaba la milagrosa madrugada de Febrero. Y el historiador Dr. Alcides García afirma que la única tradición que existía entre los hombres que proclamaron la República asegura que la primera bandera nacional que se enarbolaron en el Conde fué la creada por Duarte en 1838 y bordada en



“fina tela con patriótico entusiasmo y nerviosidad femenil, por una de las vecinas más gallardas del Baluarte: la señorita Concepción Bona”.

Proclamada la independencia nacional se aclamó el nombre de Duarte en las almenas del Conde, y tres meses después —el 31 de mayo de 1844— un grupo de oficiales del ejército de Santo Domingo escribirá a la Junta Central Gubernativa: “Que había sido Duarte el hombre, que desde muchos años antes, estaba constantemente consagrado al bien de la Patria, y por medio de sociedades, adquiriendo prosélitos, y regando públicamente la semilla de la Separación; que había sido quien más había contribuído a formar el espíritu de libertad e independencia en el suelo dominicano, sufriendo mucho por la Patria, y que su nombre fué invocado inmediatamente después de los nombres Dios, Patria y Libertad, considerándolo siempre como el Caudillo de la Revolución, no obstante no haber asistido a la jornada del 27 de Febrero por estar expulsado del país, a causa de haber sido **más encarnizada la persecución contra él**”. (El original de este documento con las firmas auténticas de todos los oficiales, se encuentra en el archivo del Maestro Dr. Federico Henríquez y Carvajal).

La idea separatista se propagó por todos los pueblos del Cibao, y a la voz imponente de uno de sus hijos, Domingo Daniel Pichardo, Santiago respondió con fervido entusiasmo a la obra santamente gloriosa de Febrero.

Los trinitarios fueron los iniciadores de la Revolución de la Independencia; pero la Batalla del 30 de Marzo (9) fué la que reafirmó definitivamente la independencia nacional, esto es, la que fortaleció nuestra fé en la viabilidad de la República.



Ya los cien ojos del odio espiaban en la sombra. La reacción conservadora al día siguiente de proclamada la República se preparaba para dirigir los destinos de la nueva nacionalidad. Y esa misma reacción conservadora es la que llamará a Duarte joven **anarquista, supuesto libertador**, y la que más tarde descargará la explosión de su ingratitud declarándolo **traidor a la Patria**, y condenándolo a la pena de **destierro perpetuo**.

Desde el principio la labor de los trinitarios fué convencer, exaltar, y llevar la fé al espíritu de las muchedumbres para realizar la portentosa obra de nuestra independencia. Como se recordará, su labor se redujo a una serie ininterrumpida de riesgos individuales, y cada trinitario estaba resguardado de los iniciados que sumara a la causa cualquier otro miembro fundador, por el sistema secreto de iniciación tan genialmente adoptado por Duarte para evitar delaciones y compromisos personales.

La Trinitaria fué el crisol donde su fundió la nacionalidad dominicana, o más precisamente, fué la sociedad donde latió por primera vez el corazón de la revolución.

La significación política de La Trinitaria, y su influencia en los días precursores de la Independencia no han sido apreciados todavía en toda su importancia. Bajo las banderas de esta patriótica sociedad se unificaron casi todos aquellos núcleos en quienes había desaparecido ya la esperanza de una Patria libre e independiente, por los temores que habían inspirado la aventura política de 1821.

La Trinitaria apareció en un singular momento histórico: el 12 de Febrero de 1838 se firmaba en Puerto Príncipe el nuevo tratado internacional en virtud del cual Francia reconocía definitivamente la soberanía del



Estado haitiano, y éste, a su vez, se comprometía a pagarle a su antigua metrópoli una indemnización de sesenta millones de francos, fabulosa suma que debía satisfacerse no solo a costa del pueblo haitiano, que era el único deudor de Francia, sino también a expensas del pueblo dominicano cuya vida, huérfana de prosperidad económica, se deslizaba bajo el vasallaje de los dominadores. Y este hecho trascendental contribuyó, sin duda alguna, a que Duarte se apresurara a fundar la sociedad que fué génesis de nuestra independencia.

Duarte es el que concibe la idea de sacudir el yugo ominoso que gravitaba sobre el alma dominicana, y el que mantiene el entusiasmo revolucionario en las filas juveniles de los trinitarios; Mella es el hombre de acción en la noche del Conde, y Sánchez es el Mártir de la Restauración, que en 1861, cuando la anexión a España, cae con el pecho fulminado por balas dominicanas, y ya en el patíbulo y envuelto en la bandera nacional pronuncia estas palabras que todavía resuenan en la historia: **Decid a los dominicanos que muero con la Patria y por la Patria... Y a mi familia, que no recuerde mi muerte para vengarla!**

Y bien, jóvenes adolescentes, debemos dignificar y espiritualizar la vida de los trinitarios: ellos fueron los creadores de nuestra nacionalidad, y uno de estos apóstoles del patriotismo —Félix Ma. Ruiz—llamó a la República Dominicana: “la magna obra, la sin igual labor, el sublime engendro del desgraciado Juan Pablo Duarte y de sus fieles compañeros mártires”.



N O T A S

1. — José Gabriel García, **Letras y Ciencias**, No. 129, Septiembre, 1897.

2. — Rosa Duarte, **Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo y para la Biografía del Gral. Dominicano Juan Pablo Duarte**.

3. — José Ma. Serra.

4. — José Ma. Serra, **Apuntes para la Historia de los Trinitarios**, pág. 15, edición de 1915.

5. — Fed. Henríquez y Carvajal, **Ramón Mella**, discurso pronunciado en el Baluarte, en la apoteosis del héroe, en 27 de Febrero de 1891, en el XLII aniversario de la Independencia, **Cfío**, fascículo II, año 1934, pág. 37.

6. — Dr. Alcides García, **Dos Cartas Inéditas de Serra**, **Listín Diario**, No. 15094, Febrero 27, 1936.

7. — Un año después de proclamada la Independencia Nacional —en el 1845— el Coronel haitiano Augusto Brouat pereció a manos de un soldado de las tropas del Gral. Gabino Puello; y a raíz de su trágica muerte fueron escritas unas décimas muy celebradas en las filas del ejército dominicano, las cuales trae Emilio Rodríguez Demorizi en su libro **POESIA POPULAR DOMINICANA**, recientemente publicado. Estas son las referidas décimas:

Aquí yace Augusto Brouat,
bravo coronel haitiano,
a quien un dominicano
le dió muerte singular.
Ufano quiso explorar



el campo, con gran cautela,
mas la alerta centinela
una bala le estampó;
y con el tiro ganó
una buena charretera.

8. — Doña Ana de Osorio nació en la ciudad de Santo Domingo en las últimas décadas del siglo XVIII y murió en 1851. En un cuaderno de poesías y apuntes, manuscrito del Dr. Pedro Henríquez Ureña, que se conserva en el Museo Nacional, hemos leído que Doña Ana de Osorio era “una de esas viejas que le desagradaban los haitianos y que iba con sus amigas a reunirse en algunas casas y allí recitaba sus versos”.

9. — El anciano Juan de Peña (a) Pagán, recordando su participación en la célebre Batalla del 30 de Marzo, le decía al Dr. Alcides García: “El Padre Quintana dijo en arenga que hasta las lavanderas que estaban en el río debían entrarle a paletazos a los haitianos, lo que hizo María de la Merced, matando un haitiano de ese modo, por lo cual se le llamó “La Generala”. Esa acción le valió la siguiente copla:

Quisiera hacer un curtido
de los cueros de Rivié,
para ponerle un vestido
a María de la Merced.

TRINITARIO

MI. A. MACHADO BAEZ



LA TRINITARIA

Lema: Trinidad es símbolo de
fuerza y amor — — —

Por Teresa Peña Vda. Espinal

Duarte fué el alma de “La Trinitaria” y después de viajar por los Estados Unidos, Francia y España en donde completó su educación, regresó a su suelo natal Santo Domingo el año 1832, según una partida de bautismo que él apadrinó y el sacerdote Presbítero Garpar Hernández, ofició en la iglesia de Regina Angelorum.

La llama de la Independencia prende en el pecho del futuro prócer.

Sucedió un día que viajando el joven Duarte en un vapor español hacia Barcelona, el capitán que era español hablándole a un grupo de que formaba parte el patricio dominicano se expresó en estos términos: “Es abyecto permanecer sumisos bajo la férula infamante de una horda de haitianos”; y añadió: “esto sólo es posible tratándose de un pueblo de cobardes y de degenerados como los dominicanos”.

Esta invectiva flageló como un látigo el rostro del futuro patriota que juró vengarse y no descansar hasta ver a su patria libre de la dominación haitiana.

El ideal se manifiesta.

De regreso Duarte a la patria uno de los primeros que le honró con su visita fué el Doctor Manuel María Valver-



de y en una conversación franca el doctor le preguntó: Dime Juan, ¿qué es lo que mas te ha llamado la atención en tus viajes? A lo que el contestó sin vacilar: “los fueros de Cataluña”, y añadió: “en ellos están consagrados de una manera clara y precisa los derechos del hombre; ellos consagran la libertad del pensamiento y la tribuna libre; y estos fueros espero los veremos pronto en vigor aquí en nuestra patria”.

Era tal la obsesión del futuro patricio que cada visita y cada grupo de amigos íntimos era una tribuna de libertad y patriotismo.

Duarte prepara sus discípulos

Poco tiempo después de su llegada se manifestó su deseo de dar comienzo a su obra, y con tal motivo, le pidió a su padre un apartadito en su almacén para darle unas clases a algunos amigos, a lo que su padre accedió gustoso, y tres días después comenzó la incipiente cátedra de civismo, y allí él les dió clases de aritmética, gramática, geografía, historia y se dice que poco después añadió la gimnasia y la esgrima.

Preludios precursores de “La Trinitaria”

Trás cuatro años de labor ímproba Duarte busca con ahinco la solución a su ideal; y resultó que a la muerte natural de Javier Miura, capitán de gendarmería del regimiento 31, el general Carrié cometió la arbitrariedad de cambiar a su hijo Sauré del regimiento 32, donde ejercía el cargo de Furriel, al Cuerpo de Gendarmería número 31 y ascenderlo al grado de Capitán habilitado, postergando al Capitán Wenceslao Concha; esta injusticia irritó tanto a José María Serra, que se fué a su casa y comenzó a escribir hojas volantes concitando a la revuelta. Estas hojas que él distribuía personalmente con el mayor sigilo, produ-



cían un efecto enardecedor, y un domingo llegó Duarte a pedirle que lo acompañara a su paseo dominguero, a lo que él le contestó, que estaba muy ocupado, y Duarte le preguntó: ¿En qué consisten tus ocupaciones? A lo que él le extendió una hojita que Duarte leyó con interés, diciéndole: “al fin, eras tú el de las hojas, pues bien, ya tienes un compañero”, y rompió a escribir.

Las hojas se hacían cada día mas interesantes y sospechosas.

Duarte exhorta a Serra a constituir la República Dominicana

Un día Duarte llegó mas temprano y le dijo a Serra: “Vamos a tratar un asunto mas serio”; cuál? dijo Serra. “La fundación de la República Dominicana”; y añadió: “basta de humillaciones, basta de vergüenza! Si los franceses han constituido su monarquía francesa, los españoles su monarquía española y hasta los haitianos su República de Haití, ¿por qué nosotros no hemos de constituir la República Dominicana? Sí, es necesario que nos constituyamos en República independiente y pronuncemos con entusiasmo: ¡Viva la República Dominicana!” Y al decir esto se le vió transfigurarse, su tez, teñida de ordinario con el color de las rosas, se encendió con fuego de las amapolas, su bigote, negro y espeso, que hacia contraste con su pelo dorado y poco poblado, se tornó convulso y hasta pareció dilatarse su frente para dar cabida a sus pensamientos.

Fundación de La Trinitaria

Oye mi plan: “En vez de continuar escribiendo como hasta aquí, es menester constituirnos en una Sociedad Secreta Revolucionaria, y ya tengo los planes trazados. Esta sociedad se llamará “LA TRINITARIA”, porque estará integrada por nueve miembros fundadores, que formarán



bajo juramento una base triple de tres miembros cada una. Estos individuos tendrán un nombre particular, del que solo usarán en casos especiales, cuyos nombres nadie conocerá, excepto los fundadores. Tendremos toques de comunicaciones y reconocimiento, que significarán, confianza o desconfianza; sospecha o afirmación o negación; de modo que al llamar un trinitario, u otro que esté en su causa, ya este sabrá por el modo de llamarlo, si debe o nó responder, si corre o no peligro, etc. Por medio de un alfabeto criptológico, se ocultará todo lo que no nos convenga que se sepa. La existencia de esta sociedad, será absolutamente secreta, para todo el que no sea trinitario”.

DEBERES

“El trinitario estará obligado a hacer propaganda revolucionaria constantemente y ganar prosélitos; así que estos sin asistir a juntas que son siempre peligrosas estará constantemente en servicio; en caso de una sorpresa, sólo se comprometerá uno, quedando los demás, para llevar a cabo nuestros planes. He aquí, me dijo, sacando varios papeles de su bolsillo, nueve copias del alfabeto; una para cada trinitario, y el nombre que a cada uno le he atribuído para procurar hacer mas difícil el compromiso personal y colectivo y aún cuando lleguen estas hojas a descifrar la clave, no sabrán quienes somos”.

Constitución y Juramento

Reunidos el 16 de Julio de 1838 en la casa de Juan Isidro Pérez, el día de Nuestra Señora del Carmen y estando la casa situada en la plaza de este nombre, en donde se reune mucha gente en este día, con motivo de la fiesta de la Santa Cruz, nuestra reunión no puede ser sospechada.

Comenzaba a salir la procesión, feliz augurio; nuestra sociedad se instalaba entre música, cohetes, repiques de



campanas, y esa alegría característica de nuestro pueblo que dá vida aún a las cosas inanimadas. Las paredes de las casas cubiertas de cortinas, las puertas y ventanas adornadas con banderas, las calles cubiertas de ramos y flores. . .

Amigos míos!, dijo Duarte, estamos confrontando una situación peligrosa y comprometida: los azares de la guerra! Tanto mas peligrosa, cuanto que ya no es posible retroceder; sinembargo, si alguno no se siente con valor para arrostrarla, aún es tiempo. . . El orador fué interrumpido por nueve: ¡Nó! ¡Nó! ¡Nó!

Pues bien, prosiguió Duarte, hagamos ante Dios este juramento irrevocable, y desdoblando el pliego que lo contenía leyó con voz clara, llena y lenta, y al terminar la signó y todos hicieron lo mismo, haciendo nueve cruces que correspondían a Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruíz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Pina, Felipe Alfau y José María Serra.

Duarte añadió: “Nuestra Cruz no es un símbolo del padecimiento, sino el de la redención. Quede bajo su égida constituída “La Trinitaria” y cada uno de nosotros queda obligado a reconstituirla mientras exista uno hasta cumplir el voto: **“que hemos de redimir la patria del poder de los haitianos”**.”

Creación de un fondo de reserva

Concluída la procesión nosotros permanecíamos estáticos en contemplación reflexiva, y Duarte nos dijo entonces: “es necesario que creemos un fondo de reserva entre todos, cada uno en proporción de sus medios, y aceptada la proposición comenzó la recolecta, que produjo ciento y tantos pesos; este fondo va a trabajar en seguida para la



causa de la independencia, en la casa de mi padre, desde ahora mismo”.

La casa de Don Juan Duarte, su padre, estaba situada en la Atarazana, frente a la muralla, y gozaba de un crédito ilimitado. La buena dirección de Juan Pablo y la actividad de su hermano Vicente, en la compra y venta de caoba, campeche, mora, guayacán y cordaje y la falta de competidor, le aseguraban espléndidas utilidades.

Protesta de Duarte. Su credo

El año 1843, poco después de la fundación de “La Trinitaria”, el delegado francés Levasseur, gestionaba el protectorado francés, para la parte española de la Isla, lo que averiguó Duarte, y lanzó una enérgica protesta y terminó diciendo: “queremos patria libre e independiente”, y declaró guerra a muerte a los afrancesados y orcopolitas.

Triunfo de Duarte el 15 de Junio de 1843

El doctor Alcides García, hace mención de un resonante triunfo de Duarte, en unas elecciones celebradas en la plaza que lleva su nombre. Estas elecciones, demostraron la decisión del pueblo dominicano, por su absoluta independencia y fué precursor del resonante triunfo del 27 de Febrero de 1844.

Destierro de Duarte

Poco antes de la llegada del Pres. Rivier, se reunieron Duarte y los suyos, en la casa de Don Manuel Joaquín Delmonte, con el propósito de aunar las voluntades y tomar algunos acuerdos y Duarte se expresó en estos términos: “Todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se postergue a la conveniencia de partidos, debe reprobarse, porque puesto en ejecución, constituirá un **delito de lesa patria**”; y añadió: “una declaración tan franca y clara, que llevaba aparejada el vituperio que a todos alcanza-



ría en semejante caso”. Pues bien, al llegar Rivier a Santo Domingo, recibió una denuncia contra Duarte, que le valió su persecución y destierro, con dos trinitarios más, Juan Isidro Pérez y Pedro Pina.

Duarte en el ostracismo, presta inmediato auxilio a su obra independentista

Lanzado a playas extranjeras, de Curazao pasó a Venezuela y allí, pobre y desvalido, se asegura, se busca el pan honradamente, dando pan espiritual a un grupo de jóvenes que él educaba como un apóstol.

Un día, recibió una carta de manos de un expreso, que decía mas o menos esto: “todo marcha bien, tenemos muchos prosélitos perfectamente robustecidos con su elevada doctrina independentista, pero carecemos de medios de hacer la guerra, necesitamos recursos, supremos recursos, que le rogamus buscarnos a toda costa”.

Duarte sin titubeos, como un general en jefe en campaña, contestó: “¿Que no tenéis recursos para llevar la guerra? pues allí tenéis, los míos y los de mi familia, vendellos y convertid esos valores en cañones, fusiles, pólvora y plomo, que mañana, cuando la patria sea libre, yo trabajaré y devolveré a los míos sus valores, la patria así lo exige”. Y he aquí la carta a sus familiares: “El único medio—les decía—que encuentro para poder reunirme con ustedes, es independizar la patria. Para conseguirlo, se necesitan recursos supremos y cuyos recursos son: q. ustedes de mancomún conmigo, y con mi hermano Vicente, ofrendemos en aras de la patria, lo que a costa de amor y trabajo de nuestro finado padre, hemos heredado. Independizada la patria, puedo hacerme cargo del almacén; y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y sus conocimientos en el ramo de la Marina, nuestros negocios mejorarán y no ten-



dremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria”.

Este rasgo basta para iluminar toda la vida del patrio integerrimo: está en la miseria, proscrito y ordena entregar todo cuanto tenían él y los suyos, para hacer la independencia de su patria. ¿Queremos un rasgo mas noble?

Ultimos días del Gobierno absolutista de Boyer

Los trinitarios estaban utilizando su preponderancia. en encauzar la causa **dominicana-separatista** y como Charles Herard tuvo noticias de esto, corrió con presteza vía Cibaao, dispuesto a ahogar el movimiento en su cuna. Al llegar, hizo prisioneros a Francisco Salcedo, y a Ramón Mella, y los remitió a Puerto Príncipe.

Además, ordenó la prisión de Duarte, Pina, Pérez y Sánchez; pero Duarte, Pina y Pérez, se fugaron y Sánchez, (Francisco del Rosario), se fingió gravemente enfermo y por último, corrió la noticia de su muerte. También fueron presos y deportados a Puerto Príncipe, Pedro Pablo Bonilla y Juan Nepomuceno Ravelo. Por último, para debilitar las filas independentistas, envió a Puerto Príncipe, los regimientos 31 y 32, dominicanos, después, regresó a su país.

Charles Herard regresa a Puerto Príncipe

Al regresar a su país, Charles Herard, los haitianos se dieron cuenta de que Herard era tan absolutista y despótico como Boyer y le levantaron un movimiento revolucionario que encabezó el Coronel Dalzón, que fracasó con la muerte de éste. La defensa de Herard fué heroica, y el auxilio prestado por los regimientos dominicanos 31 y 32 fué valioso, con tal motivo, y para recompensar este servicio, Herard puso en libertad los prisioneros dominicanos, que



regresaron en seguida a Santo Domingo y luego ordenó el retorno a Santo Domingo, de los regimientos 31 y 32.

Fecha del golpe independentista el 27 de Febrero

De regreso a Santo Domingo los regimientos 31 y 32; recibidos los recursos de Duarte y en libertad los trinitarios, se fijó para el golpe independentista el 27 de Febrero del 44, a las 11 p. m., y la Puerta del Conde, como punto de reunión, y hubo un momento de verdadera angustia. Reunidos los conjurados y Mella no parecía; ya eran muy cerca de las doce, cuando ya comenzaba a cundir el desaliento, se aparece Mella, con grandes muestras de agitación; y para excusar su retraso, les dijo: “no os dais cuenta del peligro que he corrido, perseguido muy de cerca por los haitianos, me he visto obligado a dar un inmenso rodeo para despartarlos, y aún creo que el peligro no ha pasado”. Esta declaración fué muy sensacional y comenzó la deserción; pero Mella, que con justicia se le ha titulado, “el intrépido”, dijo con voz tonante: “Ya no es tiempo de vacilaciones, **si hay que morir, muramos con gloria**”; corrió a la Puerta del Conde y disparó a los aires, su glorioso trabucazo; los suyos corren tras él, y la guarnición haitiana, compuesta de 25 hombres, se rinde.

Capitulación de las autoridades haitianas

Con el refuerzo de San Carlos, traído por Eduardo A-breu, y el engrosamiento incesante de las filas revolucionarias triunfantes, los varios fortines haitianos se rinden y el General Desgrotte, se concentra en la fortaleza, situación que se le hizo insostenible y apeló al Cónsul francés Saint Denis, para concertar las bases de la Capitulación.

Formación de la Junta Central Gubernativa

Tras la rendición de la plaza Capital, se formó la **Junta Central Gubernativa** y se pronunciaron, Azua, por



Antonio Duvergé, el Seybo, por Pedro Ramón Santana, Moca, por José María Imbert, Santiago, por Domingo Daniel Pichardo y cada día se recibía la noticia de nuevos pronunciamientos por la patria de Febrero.

Charles Herard invade la parte Española

Sabedor el Presidente Herard de lo ocurrido, organizó tres cuerpos de ejército, con el propósito de reconquistar la parte oriental de la Isla; y destaca uno por el norte, al mando del General Pierrot y dos por el sur; uno por el camino de Neyba, a las órdenes del General Sufront y otro por las Matas, a su propio mando.

En el primer encuentro de Azua, con las huestes haitianas, salieron triunfantes las armas dominicanas, al mando del General Fernando Tavera.

Santana viene a Santo Domingo

Santana se pronunció en el Seybo y vino a Santo Domingo, acompañado de una falanje de 600 hombres armados de lanzas y rifles y acompañado de una enorme jauría de perros; y después de la más entusiasta recepción, y sabedora la **Junta Central**, que el Presidente Herard, se preparaba con un gran ejército a reconquistar a Santo Domingo, ordenó a Santana marchar en seguida sobre Azua. En su marcha, se le unieron las tropas de Baní y San Cristóbal.

Combate del 19 de Marzo

El ataque del General Sufront fué violento, encarnizado y hubo momentos desesperados de ataque y contra ataques de ambas partes; y la historia cuenta de grandes proezas del General Antonio Duvergé, que se multiplicó llevando refuerzos a los lugares mas comprometidos y arengas de coraje enardecedoras, y durante seis horas



de un combatir fiero, quedó el terreno en poder nuestro, sembrado de cadáveres, cañones y rifles del enemigo. Sin embargo, Santana, en vez de perseguir al enemigo o quedar en posesión del terreno conquistado, se retiró a Sabana Buey, y de aquí a Baní, dando lugar a que a los tres días, el enemigo recuperara a Azua.

Duarte es enviado a buscar a Curazao

Tras el alborozo de los triunfadores, surgió la resolución de pedir a Duarte que regresara a la patria, y el día 3 de Marzo de 1844, fué día de gran regocijo. Las calles estaban embanderadas; la Junta Central envió una gran comisión a recibirlo, un regimiento que le hiciera los honores militares y el Prelado con el clero, que al poner Duarte el pie en el muelle, le dió la bienvenida, en estos términos: ¡Salve, Padre de la Patria! y el pueblo lo victoreó frenético y la fortaleza disparó 21 cañonazos de gran ordenanza; y fué acompañándolo hasta la casa del Gobierno; y Duarte, al llegar le ofreció su espada, y a esta modestísima oferta, la Junta Central Gubernativa respondió, otorgándole el título de General de Brigada. Y la comitiva ya muy numerosa, lo acompañó a su casa. Y ese mismo día se le ofreció a Duarte un sitial en la Junta Central Gubernativa.

Duarte en Baní, ofreciendo su espada a Santana

Santana, después de su brillante victoria el 19 de Marzo en Azua, en la célebre batalla de “Las Carreras”, so pretexto de estar escaso de municiones, se reconcentraba en Baní, en donde sostuvo su ejército en absoluta inmovilidad. La Junta Central Gubernativa ordena a Duarte marchar seguido hacia el cuartel general del sur, a ponerse a las órdenes de Santana. Llega Duarte a Baní, y le dice a Santana: “La división que está bajo mi mando, sólo espera mis órdenes, como yo espero las vuestras”; pero Santana se obs-



tina en mantener su extraña inactividad y Duarte se ve en el caso de decir a la Junta Central: “Hacen ocho días que me hallo en la ciudad, y en vano he solicitado del General Santana, que formemos un plan de campaña para atacar al enemigo, que sigue en terribles depredaciones, oprimiendo y maltratando un pueblo hermano, que se halla a dos pasos de nosotros”. Y la Junta acepta que Santana postergue a Duarte y le ordena al patricio que regrese a Santo Domingo.

Duarte, sintiéndose obligado a cooperar de una manera efectiva a la cabal realización de la obra que él contribuyó a fundar, le ofrece a la Junta General dirigir una expedición, que partiendo de Santiago vía Constanza, marche sobre San Juan de la Maguana; y la Junta desprecia esta oferta, le da las gracias y le ordena permanecer inactivo en Santo Domingo. No figuran en la historia de las luchas independentistas, una postergación más manifiesta al Jefe del Ideal Supremo de la Patria libre; pero Duarte, aunque se reconocía el Jefe Supremo, es disciplinado como el último soldado al mando de la Junta Superior Gubernativa y obedece ciegamente su mandato.

Nuestro ilustrado compatriota, el Maestro Doctor Federico Henríquez y Carvajal, dice: “Si hemos de ser justos, hemos de confesar que Duarte poseía todos los atributos del apóstol, del Mentor, del agitador, del Revolucionario; pero carecía de las cualidades que dan personalidad dominante e inconfundible al Caudillo; para llegar a ser esto último, le faltó ese arrojo temerario que acompañó a Washington, a Bolívar, a Gómez, a Maceo; ese arrojo que da al caudillo la pujanza, acompañada de la serenidad en medio del fragor de los combates. En cambio, como apóstol de la doctrina independentista sólo tuvo un paralelo: Martí el célebre agitador independentista cubano. Si la divina Providencia le hubiera puesto a su lado un estratega



infatigable, como nuestro compatriota Gómez, y un mache-tero esforzado e intrépido como Antonio Maceo, Duarte hubiera tenido la dicha de ver cristalizado su sueño dorado; ver la República Dominicana, libre e independiente”.

Duarte desconocido y vilipendiado por Santana

El 13 de Julio de 1844, cinco meses después del grito de independencia de la Puerta del Conde, Santana, el soldado intrépido, que bautizó su espada en los campos de Azua, fué proclamado Jefe Supremo de las tropas, y apoyado en sus bayonetas, pisotea el ideal separatista, marcha sobre la ciudad capital, desconoce la Junta creada por la República y el hatero audaz, apoyado por la fuerza, con audacia insólita, desconoce la Junta Gubernativa y se erige Supremo árbitro de los destinos nacionales.

Ramón Mella, el adalid de la intrepidez, que se irguió gigante en la Puerta del Conde, proclama a Duarte, como Presidente Provisional de la República y es reconocido por la Junta Central de Santiago, el 19 de Julio de 1844, pidiéndole que salvara la República de la dominación extranjera.

Santana en una comunicación inicua y degradante, desconoce la designación que hizo Mella. Esta comunicación decía así: “Todo esto no podía ser sino la obra del maquiavelismo y de una malicia refinada, para sacar partido de la credulidad de los inocentes habitantes y engrandecer al General Duarte, cuyos servicios a la patria aún no son conocidos, ni es hombre que pueda salvarla de ningún peligro”.

Y sigue desbarrando así, en el que tilda al Padre de la Patria de anarquista, intrigante, ambicioso y termina por llamarle traidor del santo manifiesto de la Revolución, de haber atropellado las leyes del honor y la delicadeza; y por último, pregunta, si cuando Mella y Sánchez dieron el gri-



to de independenciam, en la Puerta del Conde, Duarte estaba allí. . .

El patriotismo se llena de santa ira y digna execraci3n contra el caudillo insolente y temerario, que pretende salpicar con su baba infamante, al mas preclaro y desinteresado de los patricios de la santa causa redentora y encarnaci3n suprema del Ideal independentista.

Duarte expulso de nuevo por Santana

Dueño Santana y los afrancesados del gobierno de la Rep3blica, reconoce en Duarte y los suyos, enemigos irreconciliables de sus planes nefandos, es decir, un estorbo a sus planes de enagenar la patria que ellos habían ayudado a crear; y el 1o. de Agosto de 1844, pedía Santana como Jefe Supremo de la Junta Central Gubernativa, justicia contra los asesinos de la patria; y el 3 del mismo mes, 68 padres de familia, movidos por planes inicuos, declaraban que era necesario expatriar a los perturbadores de la paz pública. ¿Sabéis quienes eran esos traidores, traidores de le-sa patria, y perturbadores de la paz pública? Pues ni mas ni menos, que los Padres de la Patria. Y ¡oh escarnio! ¡oh irrisi3n del destino! Los criminales convertidos en jueces, expedían orden de expulsión el 22 de Agosto de 1844, contra el Padre de la Patria y los Trinitarios. El patriotismo se reviste de santa ira contra este atropello brutal de la fuerza contra el derecho. Duarte de Hamburgo, regresó a Venezuela, y allí se internó en las tupidas selvas de Río Negro, a ocultar al mundo su inmenso dolor y allí pasó tres lustros de incontables amarguras. . .

Duarte sabedor de la ocupaci3n española de su Patria, corre presuroso a redimirla

Nos refiere el Padre Meriño, que por casualidad del destino, porque Duarte no leía la prensa, cayó en sus manos



un periódico donde se daba la noticia que la República Dominicana había sido ocupada por España. . . y el héroe renace; su sangre afluye con violencia a su corazón; sus ojos centellean y todo su ser reanimado, le grita: ¡La patria te necesita! Y se olvida de todo, hasta de sus años y con valor espartano y decisión heroica, se encaminó a Caracas, con propósito de organizar una expedición.

T E N T A C I O N

El Padre de la Patria es tentado dos veces. Primero, por un obispo en Caracas, en una entrevista con nuestro patricio, encontró en él tal unción religiosa, tal elevación de ideales, una ilustración tan vasta, que quedó prendado de él y le propuso ordenarle, considerando como una excelente adquisición para el clero venezolano a nuestro prócer, diciéndole: “con la gran preparación que poseéis, pues era docto en filosofía, en teología y conocía el latín y un poco de griego, yo os aseguro que dentro de dos años podríais ordenaros; y creo mas: os auguro que escalaréis altos puestos eclesiásticos, y los gastos correrán por mi cuenta”. A esta brillante oferta, el patricio excelso, contestó: “Yo os agradezco en lo que vale tan halagadora oferta, pero hay por medio un juramento, y en tanto que la patria dominicana no sea libre e independiente, yo no me pertenezco”.

O T R A

Y organiza la expedición.

Al llegar a Caracas, supo por su hermano Vicente Celestino, todo lo ocurrido en la patria y los detalles de la ocupación española. Algunos le aconsejaron avistarse con el Cónsul Español y ofrecer sus servicios a la Reina de España, pero él rechazó con noble hidalguía, tan indigno consejo, pues él no podía aceptar ninguna oferta que no tuviera por base, ver su patria libre e independiente.



En esto tuvo una entrevista con el doctor Elías Acosta, ministro de lo Interior del gobierno venezolano, éste le ofreció un buen destino en la administración pública de su país, pero para esto era necesario aceptar la nacionalidad venezolana, oferta que él rechazó con gallardía, contestando: **“ante todo, soy y seré dominicano hasta la muerte”**. El ministro venezolano quedó tan profundamente impresionado con las palabras del prócer, que le dijo: “yo como usted, amo la libertad de mi patria, y con tal motivo, participo de sus mismas ideas. Voy, le dijo, a tener el placer de recomendarlo al Doctor Blas Bruzual, quien le hará una visita”. El doctor Bruzual le hizo una visita y departió largamente con nuestro prócer y le invitó a visitar juntos al Mariscal J. C. Falcón; y esta visita culminó en una oferta de \$1000 y añadió: “deseo presentarle mi gran amigo, el Vicepresidente, Gral. Antonio Guzmán Blanco”, y después de un entendido muy cordial, le ofreció ayudarlo a levantar una expedición, para que fuera en ayuda de su patria. Véis, pues, como el patriota sale de ambas tentaciones, “como el rayo del sol, por el cristal sin romperlo ni mancharlo”, sino, que tres días después embarcaba con su hermano Vicente Celestino, prócer de la independencia, el comandante Candelario Oquendo, venezolano; su tío Mariano Diez, el poeta Manuel Rodríguez Objío y él, siendo esta la primera ayuda que recibió la patria del extranjero, y fué llevada por Juan Pablo Duarte en persona.

Rebosando de entusiasmo, llega Duarte a Monte Cristi, desembarca y pasa a Guayubín y lanza su célebre manifiesto a la Junta Central de Santiago. “Heme, al fin, aquí con cuatro compañeros, en este histórico pueblo de Guayubín, dispuesto a correr con vosotros, del modo que lo tengáis a bien, todo los azares y vicisitudes que Dios nos tenga reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo, como honra, habéis emprendido”.



Pero ¡oh sarcasmo del destino! La Junta Central lo recibe con distinción y respeto, pero en vez de utilizar sus servicios en la liberación de la patria esclavizada, sin duda, obedeciendo órdenes superiores, le encomienda una misión diplomática en Venezuela; y herido en lo más íntimo el amor propio del patricio que venía dispuesto a ofrendar su vida a la causa de la Restauración patria, abandona el suelo patrio, dándole su adiós eterno, un adiós que desgarró todas las fibras de su corazón, y vuelve a Caracas, su bendito refugio a donde iba a ocultar sus cuitas y eternos dolores. Y allí, el patricio esclarecido y sin manchilla, baja al sepulcro, el 16 de Julio de 1876, como un sol que se hunde en el ocaso, lanzando al espacio sus rayos refulgentes.

Para terminar este opúsculo, oid lo que dice Don Emiliano Tejera, prócer del Nacionalismo: Duarte no ha sido el héroe de los combates, ni la representación de la fuerza en ninguna de sus manifestaciones. Fué un apóstol del derecho; fué de la escuela de Sócrates, de Bruto, de Catón, de las Casas, de Washington, de Lincoln, de Juárez, de todos los adalides antiguos y modernos de la Justicia y de la Libertad. Su ideal fué el derecho y se esforzó en inculcárselo a sus conciudadanos y en dárselo como espíritu vivificador a la patria que contribuyó a formar. Este espíritu fué el que venció el 27 de Febrero, el que impulsó a los mártires de Moca y de Santiago; el que dió aliento poderoso a Sánchez y sus patrióticos compañeros para preferir el martirio con gloria a la vida con ignominia. . .

Y yo añadido, para mí, Duarte es la encarnación de “LA TRINITARIA”.

SANTA TERESA DE JESUS
Teresa Peña Vda. ESPINAL







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

T E R C E R A P A R T E
T E M A V I I I



VEREDICTO DEL TEMA VIII,
Aporte de la familia Duarte - Díez
á la Independencia

Cumpliendo el honrador encargo que nos habéis hecho al elejirnos como Jurados del Tema VIII del Certamen Literario preparado por la benemérita Sociedad Amantes de la Luz, bajo los auspicios del esclarecido Benefactor de la Patria, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, el gloriosos Mecenas dominicano, hemos leído con el debido detenimiento el único trabajo presentado en el tema mencionado, o sea el que lleva por lema: "Hoy no hay luto en esta casa; no puede haberlo; la patria está de plácemes, viste de gala" firmado con el seudónimo Conde Volney.

Hemos encontrado en ese trabajo las condiciones que debe tener toda composición de carácter histórico: claridad en la narración de los hechos; concisión para no hacer pesada la relación con sucesos poco interesantes o circunstancias inútiles; elegancia en la dicción, con expresiones de buen gusto, sin vana hojarasca y especialmente dignidad en la palabra el concepto, sujetando los hechos a la verdad histórica y a las apreciaciones adecuadas.

Estas condiciones primordiales hacen recomendable el trabajo sometido. Ello no implica, sin embargo, que su mérito sea absoluto. De haber estado muy concurrido el tema, que bien lo merecía, acaso otros trabajos lo hubieran aventajado en mayor fuerza de expresión y



en algunas puntuaciones que no lo desmerita, no obstante, en sus lineamientos esenciales.

Somos de opinión, en consecuencia, que el mencionado trabajo es merecedor del primer premio consignado en las base del Certamen.

Joaquín BALAGUER

Luis E. ALEMAR

Federico LLAVERIAS



APORTE DE LA FAMILIA DUARTE-DIEZ A LA INDEPENDENCIA

Lema: "Hoy no hay luto en esta casa, no puede haberlo; la patria está de plácemes, viste de gala". — — —

Por Guido Despradel y Batista

La virtud del patriotismo está tan hondamente arraigada en el alma de un conjunto de seres privilegiados, que su existencia, obedeciendo a sabias y precisas leyes atávicas, toma caracteres de constante permanencia, hasta el extremo de poderse afirmar que hay familias que al constituirse llevan sobre sí la augusta carga de luchar y padecer por la libertad de sus semejantes. En la Historia de Indo-América, escenario turbadoramente prodigioso en donde lucen cumbres de excelsitudes al lado de hondos abismos de miseria y de sangre, figura con alta prestandia y con legítimo derecho una familia que nada tiene que pedirle a la austeridad de los Escipiones y de los Gracos y que en las luchas nobles y valientemente emprendidas en estas promisoras tierras del Nuevo Mundo, en nombre de la dignidad y del civismo, comparte, por voto unánime, la gloria del primer puesto con las demás cunas patricias de América.

Nos referimos a una familia de Santo Domingo, en el seno de la cual surgió, teniendo como único paralelo en la conturbada existencia de estos pueblos de descendencia indo-hispánica al ilustrado mártir de Dos Ríos, la figura a-



postólica del Padre, Maestro y Fundador de la Nacionalidad Dominicana: la familia DUARTE y DIEZ.

*
**

Hasta hace pocos años nuestros historiadores estaban de acuerdo con la procedencia española de la familia Duarte, pero no habían podido indicar con exactitud la región de España en donde se mecía su cuna. La misma Rosa Duarte en sus Apuntes, felizmente considerados por el joven académico Emilio Rodríguez Demorizi como un “brevariario de grandezas y miserias que contiene, como un nuevo Testamento, la Semana Santa de nuestra historia”, (1) afirma que su padre nació “en la ciudad de Sevilla” y el mismo Don Juan José Duarte hace constar en su testamento que era natural “de Vergera en el Arzobispado de Sevilla”, población, que como muy bien lo hace notar el académico Don Emilio Tejera, no existe en España.

Pero hoy, gracias a las minuciosas y correctas investigaciones realizadas por algunos de nuestros historiadores en los archivos españoles, se puede admitir como una verdad digna del mayor crédito que los Duarte proceden de la antiquísima ciudad de Vejer de la Frontera, en España, “situada cerca del histórico cabo de Trafalgar, en el partido judicial de Chiclana, provincia de Cádiz”. Su término confina al Sur con el estrecho de Gibraltar. (2).

Don Juan José Duarte y Rodríguez, tronco venerable de la familia Duarte y Diez, nació el 15 de Septiembre del 1768. Fueron sus padres Don Manuel Duarte y Doña Ana María Rodríguez Tapia. Cuando llegara por primera vez a Santo Domingo Don Juan José Duarte y Rodríguez es cosa que aún no ha podido ser averiguada; solamente podemos afirmar que ya estaba en nuestra Ciudad Primada para fines del 1799, como lo deja claramente demostrado una



acta de bautismo levantada en dicha ciudad el 17 de Octubre de dicho año y en la cual figura como padrino.

Es útil dejar consignado en este estudio que para el año de 1699 residía en Santo Domingo el Capitán Manuel Duarte, marino de oficio. Tal vez fuera el padre de Don Juan José o a lo menos su pariente cercano.

Con Doña Manuela Diez y Jiménez Benítez contrajo matrimonio, en la ciudad de Santo Domingo, Don Juan José Duarte y Rodríguez. Oriunda de la oriental Villa de Santa Cruz del Seibo era esta venerable y admirable matrona y su padre, Don Antonio Diez, era natural de Osorno (Palencia - España) en donde nació el 15 de Enero de 1749. (3) La fecha precisa cuando se celebrara este matrimonio aún es ignorada, pero no es aventurado afirmar que fuera en los primeros años del siglo de 1800, pues Vicente Celestino, el primogénito de este matrimonio ejemplar, debió nacer hacia el año de 1802, como se deduce de una declaración de nacimiento hecha por el perillustre Juan Pablo Duarte el día 20 de Octubre de 1836, en la cual afirmaba: "que el día veinte y ocho de Setiembre último ha nacido un niño hijo legítimo de Vicente Celestino Duarte Diez y de María Villeta y se le puso por nombre Wenceslao Camilo María, naturales de esta ciudad de treinta y cuatro años el Padre y de treinta y seis la madre". (4).

*
**

Pero apenas comenzada la ventura de este joven matrimonio, las huestes negras del férreo y singular Tousseint invaden furiosa y salvajemente esta parte oriental española de la Isla, y las familias acomodadas y principales, víctimas de la ambición y del odio que lanzaban a cometer las más crueles matanzas y más duros atropellos a



nuestros negros invasores, tuvieron que tomar, en su mayoría, el penoso camino del exilio. A la vecina antilla de Puerto Rico se dirigió el matrimonio Duarte y Diez, y en las hospitalaria ciudad de Mayagüez fijó su residencia. Los años que durara esta involuntaria proscripción, no han sido precisados; y a este respecto solamente nos vamos a permitir expresar en este estudio que al no encontrar en el archivo de Santa Bárbara la partida de nacimiento de Vicente Celestino Duarte, probablemente el primogénito, el acucioso historiógrafo Máximo Coiscou Henríquez ha dejado demostrado que para el 31 de Julio del 1804 aún estaba en Mayagüez el matrimonio Duarte y Diez y que en aquella acogedora ciudad borinqueña vino al mundo el prócer Vicente Celestino Duarte y Diez, por los años de 1801 a 1802. (5).

Si fué durante el liberal gobierno del pundonoroso General Ferrand después de consumado el movimiento de Reconquista cuando regresara al país la familia Duarte y Diez, es asunto que todavía no ha sido esclarecido por nuestros historiadores. En este sentido, y como dato cierto y preciso, solamente nos es dable afirmar que a partir del año 1812 estaba nuevamente establecida en la antigua ciudad de Santo Domingo de Guzmán esta ilustre familia, y que al poco tiempo de su regreso de su exilio, el día 26 de Enero del 1813 y cuando gobernaba en la colonia reconquistada en funciones de Capitán General el coronel de artillería Don José Masot, nació el predestinado que en aras de la Libertad y de la Patria brindara al mundo esta familia ejemplarísima que hiciera revivir en tierras quisqueyanas la virtud patricia de la Roma inmortal. Juan Pablo Duarte y Diez como muy elegantemente lo ha dicho en un precioso trabajo histórico el Dr. Alcides García, nació en el día de Santa Paula, “la austera descendiente de los Escipiones y de los Graccos”. (6).



*
**

Como lo ha dejado expresado el prócer trinitario José María Serra en sus valiosos "Apuntes para la Historia de los Trinitarios": "La casa de D. Juan Duarte estaba situada en la Atarazana, frente a la muralla, al lado de la antigua Aduana, y se dedicaba había ya muchos años al negocio de ferretería, motonería, cordelería y artículos de este género". (7).

En este hogar nobilísimo y hacendoso, situado frente a la ría desde donde innúmeras carabelas partían hacia tierras ignotas a imponer el poderío de Castilla y de Aragón y a regar las doctrinas justas del Cristo, la rectitud y la laboriosidad de un padre, ayudadas celosamente por la bondad y la fé religiosa de una madre, levantaron para la Patria una familia que la libertad ha bendecido y la gloria le ha brindado sus más altos altares.

Aquel hogar fué una escuela y un santuario. Una escuela de disciplina, de laboriosidad, de constancia, de sacrificio en el cumplimiento del deber, de la cual era el maestro Don Juan José, fiel poseedor de las virtudes y del coraje del alma bizarra de España y hombre dado a las luchas del mar y con su corazón siempre abierto para todas las causas nobles y justas. Y ante el ara del santuario oficiaba una madre en nombre de la religión de sus antepasados. Alma devotísima, fué su labor cotidiana inculcar en los pechos jóvenes de sus hijos los salvadores principios de la moral cristiana. Y opimos frutos obtuvo de su noble enseñanza. Pues como nos cuenta Rosa Duarte, el Padre y Fundador de la República, cuando apenas contaba seis años de edad, recitaba de memoria el catecismo; y esta vocación religiosa nacida al calor de la fé de su madre, fué tan profunda en el alma del Patricio, que le sirvió de inspiración y de guía al emprender la ingente cruzada en pro de la redención de



su Patria vilmente esclavizada. Ayudar a crear este espíritu altamente místico en el alma iluminada del Inductor y del Jefe de la jornada liberadora de Febrero, fué, si no el más grande, uno de los más valiosos aportes de la familia Duarte y Diez en favor de la realización de nuestra Independencia.

Doña Manuela Diez creyente fervorosa de Nuestra Santísima Virgen de la Altagracia, abroquelada en su fé cristiana animaba a sus hijos, Vicente Celestino y Juan Pablo, en sus campañas de liberación en contra del ominoso yugo haitiano. Ella fué guía y aliento de esperanza, y su influjo cavó surcos tan hondos en el alma exquisita del Padre de la Patria Dominicana, que el ilustre Padre Meriño, al recordar devotamente la medalla con que lo obsequiara en días oscuros de doloroso ostracismo el inmortal Juan Pablo Duarte, emitió estos brillantes y hermosos conceptos. Dice el Padre Meriño: “Educado en la piedad religiosa, guardó siempre intacto el tesoro de su fé y acudía al Señor en las congojas de su corazón. En su grande alma mantuvo altar para su Dios y para su patria, y así sus virtudes cívicas llevaban el suavísimo perfume de sus virtudes cristianas. Y ponía tambien su confianza en el patrocinio de la Virgen llena de gracia, cuya imagen colgara de su cuello en días de zozobras su madre atribulada. Reliquia preciosa, señores, que llevó siempre con devoción y que hoy me envanezco de poseer como el mas tierno recuerdo del amigo muerto”. (8).

*
**

Fueron los hijos del matrimonio Duarte y Diez, Vicente Celestino, el primogénito, Juan Pablo, Rosa y Francisca. De situación económica bastante holgada y ocupando un puesto distinguido en el ambiente social de su época, Don Juan José y Doña Manuela no escatimaron me-



dios para educar e instruir a sus hijos de la mejor manera posible. Y Juan Pablo, el hijo preferido, adolescente aún, fué enviado a la vieja Europa en viaje de estudios. De 1830 a 1832 duró la estancia del futuro Fundador de la República en las civilizadas tierras del Viejo Mundo. Y allí, después de admirar el liberalismo de la Francia y la amplia libertad de que hacían gala Suiza e Inglaterra, pasó a Barcelona, en donde, según la autorizada opinión de nuestros más destacados historiógrafos, “plasmó el glorioso pensamiento de libertar a su Patria”. (9).

A ella regresó ardiendo en vivas ansias de redención y de justicia, y en el seno del hogar, ante el contento que embargaba por su regreso a todos sus familiares, expresó por primera vez la grandeza de su idea al contestarle al Doctor Don Manuel María Valverde que lo más que le había llamado la atención en sus viajes, eran: “los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos un día a nuestra Patria”. . . Y en el corazón de todos prendió la idea del Apóstol: en el de su padre, quien nunca le negó su apoyo; en el de su madre, quien jamás dejó de alentarle; en él de su hermano Vicente Celestino, quien se aferró a su santa causa con una fé tan honda como la de él mismo; en el de su hermanas Rosa y Francisca, quienes en ningún momento le negaron su óbolo de dolor al sacrificio. . .

*
**

Rosa Duarte, en sus “Apuntes”, expresa lo siguiente: “Duarte comprendiendo que era necesario para que muchos de sus conciudadanos le ayudasen a realizar su noble aspiración, pensó en ilustrarlos, por lo que en el almacén de su padre daba clase gratuitamente a muchos, sin distinción de clases ni de colores”. Como se ve, su casa paterna siguió siendo escuela, y ahora él era el Maestro y su her-



mano Vicente Celestino uno de sus discípulos más fieles y aprovechados. Esta labor de propaganda y de instrucción duró un lustro, y un día dedicado por la Iglesia a la Exaltación de la Santa Cruz y a la Advocación de la Virgen del Carmen, el 16 de Julio de 1838, surgió, planeada y organizada, por él, la Sociedad patriótica “LA TRINITARIA”.

Sin una base económica efectiva era casi imposible llevar a cabo la amplia y difícil labor revolucionaria para la cual se había creado, bajo la inspirada dirección del eximio Juan Pablo Duare, la benemérita Sociedad “La Trinitaria”. Y tocó a la familia Duarte y Diez, esta vez de manera indirecta, ayudar a realizar este punto de tan vital importancia.

“Propuso Duarte, —nos dice José María Serra—, la creación de un fondo al que todos contribuiríamos, cada cual en proporción de sus facultades pecunarias, y la proposición fué aceptada, produciendo la subscripción ciento y tantos pesos que, dijo, van a trabajar en la casa de mi padre desde ahora mismo”.

“Su antiguo crédito y el no tener competidor, la buena dirección de Juan Pablo Duarte, y la cooperación de su hermano Vicente, que de continuo en la costa estaba dedicado a la compra de caoba, campeche, mora y guayacán, les proporcionaban realizar ganancias tan lucrativas como frecuentes. El fondo de La Trinitaria entraba libre de todo gasto, a acrecentarse con beneficios seguros, rápidos y no poco considerables, puesto que se acumulaban al capital”. (10).

Desde la fecha de su fundación hasta a comienzos del 1843, el año célebre y agitado de **La Reforma**, la labor de “La Trinitaria” fué de propaganda y de organización. Era necesario aumentar rápidamente los adeptos, y los nueve preclaros fundadores, como incansables misioneros de



la nueva fé que con palabra serena les enseñara el Maestro, se lanzaron a la conquista noble de sus conciudadanos yéndolos a buscar al hogar, al taller, a la plaza, a la escuela, al templo y por todo el territorio de la Patria esclavizada. Tarea dura, arriesgada, que solamente una convencida disposición al sacrificio podía sostener y alentar, ya que los arrojados trinitarios, además de tener ante sí el férreo autocratismo boyerista, suspicaz y sanguinario, tenían que defenderse de las intrigas cobardes y repetidas de ese grupo de malos dominicanos que se habían avenido, por ruín cálculo y por falta absoluta de fé en el porvenir de la República, con el régimen de usurpación del haitiano invasor. Y en esta valiente cruzada que haría posible, años más tarde, la realidad esplendorosa de Febrero, la familia Duarte y Diez cooperó de una manera singular y activa: Vicente Celestino, de quien tan elogiosamente se ha expresado el invicto Gregorio Luperón, propagando el ideal supremo de independencia que tan luminosamente concibiera su genial hermano, y Rosa y Francisca, puras vestales que con tanto amor oficiaron en el sagrado templo del patriotismo, sirviendo de fieles mensajeras entre su idolatrado Juan Pablo y los celosos y decididos iniciadores trinitarios. (11).

*
**

Como muy bien lo ha dejado expresado Lepelletier de Saint Remy: “En los veinte y dos años que duró la administración del General Boyer, la fusión pudo parecer verdadera entre las dos antiguas colonias europeas de Santo Domingo; pero éstas no hacían más que dormir en un mismo letargo. Se tuvo de ello la prueba cuando en 1843 estallaron en la parte occidental contra el gobierno presidencial del sucesor de Petión los primeros movimientos insurreccionales que determinaron su caída”. (12).



Los trinitarios, esa falange de patriotas que luchaban por la creación de una nacionalidad independiente y sin protectorado, no desecharon la oportunidad de unirse al elemento reformista haitiano que combatía el absolutismo de Boyer en esta parte española de la Isla. El grito lanzado en Praslin repercute de un extremo a otro del territorio insular y derrocado el autócrata sucesor del liberal Petión, se establece un nuevo estado político que al parecer debía estar inspirado en nuevos principios de libertad y de justicia.

Pero muy pronto el elemento dominicano separatista se dió cuenta de que el gobierno provisorio surgido a los vivas La Reforma distaba muy poco por sus ambiciones y procedimientos, del caído régimen del engreído Juan Pierre Boyer. Y la lucha se inicia de nuevo, no solamente en contra del dominador haitiano, sino también en contra de esa turba de conservadores que en oscuros connubios tramaban el fatídico Plan de Levasseur.

A partir del 1843 comienza el **via-crucis** de la ilustre familia Duarte y Diez. Como nos lo ha referido Don José Gabriel García: “alarmados con razón los separatistas a causa de las amenazas de sus contrarios para la llegada del dictador, creyeron que había necesidad de precipitar los acontecimientos, efectuando, si era posible, un pronunciamiento a mano armada, que decidiera de una vez la suerte de la causa nacional”. (13). Don José Diez, tío del Fundador de la República, promovió entonces una reunión en su propia casa, “con el noble intento de ver si podían unificarse las opiniones y evitarse el derramamiento de sangre fratricida”. En esta reunión, en medio de los trinitarios fundadores y de Francisco del Rosario Sánchez, también estaba Vicente Celestino Duarte, quien desde este momento desempeñaría un papel principalísimo en el desarrollo del movimiento revolucionario separatista.



Fatales fueron los resultados de esta reunión promovida por Don José Diez, pues por obra de la indiscreción y de la inquina de que dió muestras el manuscrito intitulado “La Chicharra”, todo cuanto había sucedido en dicha reunión llegó al conocimiento del delegado haitiano Brouat, quien lo comunicó al dictador Herard Ainé, a la sazón en Santiago en viaje de propaganda y de inspección.

Al llegar Charles Herard Ainé a la ciudad de Santo Domingo, en donde, según él mismo lo expresara al gobierno de que formaba parte, “todas las puertas de los ciudadanos de origen español estaban cerradas”, emprendió la más rabiosa y encarnizada persecución en contra de todos aquellos elementos acusados de **separatistas**. Y en este momento angustioso el hogar de los Duarte y Diez “fué registrado bruscamente por la soldadesca haitiana”. (14). Pero Juan Pablo Duarte, oculto ya desde días antes, logró embarcarse para el extranjero en compañía de Pedro Alejandro Pina y de Juan Isidro Pérez.

Al abandonar forzosamente el Maestro y el Inductor el suelo de la Patria, la familia Duarte y Diez no se arredró ante las continuas amenazas de que la hacían víctima los negros dominadores de Occidente; todo lo contrario, Vicente Celestino Duarte, apoyado en la fé de sus padres y hermanas (15) y ayudado eficazmente por su tío Don José Diez, tomó, conjuntamente con el prócer eximio Francisco del Rosario Sánchez y del perínclito Ramón Matías Mella, la suprema dirección del movimiento revolucionario. Así, y como lo ha expresado en una carta uno de los hombres de la noche memorable del Baluarte: “Después de la ausencia involuntaria por su parte, pues la ocasionaron las persecuciones ejercidas contra él por los haitianos, del prócer Juan Pablo Duarte, iniciador y propagador a la vez del pensamiento de la Separación, quedó el prócer Francisco Sánchez a la cabeza del movimiento revolucionario, en com-



pañía de Don José Diez, Vicente Duarte, Ramón Mella, los hermanos Puello, de quienes fuí yo el iniciador, y otros más, que por no tener lugar dejo de enumerarlos”. (16).

Después de las ensañadas persecuciones del iletrado Charles Hérard Ainé, prosiguieron los separatistas, bajo la dirección de Francisco del Rosario Sánchez, Vicente Celestino Duarte, Don José Diez, Ramón Mella, Manuel Jiménez y los hermanos Puello, su ardua y valiente campaña de liberación. Don José Gabriel García nos dice a este respecto lo que sigue: “apoyados (los encabezados trinitarios) de buena fé por un gran número de jóvenes de todas las clases sociales adictos a la causa nacional, no vacilaron en ponerse de acuerdo y constituir inmediatamente en la capital el centro revolucionario que, comenzando por ponerse en comunicación con el iniciador y con los iniciadores dentro y fuera del país, debía concluir por concertar el pronunciamiento de los pueblos”. (17).

Tristes y dolorosos fueron estos días de lucha y de zozobras para la unida y sufrida familia Duarte y Diez. Su hogar, santuario donde se veneraba constantemente el patriotismo y la virtud, sufrió imperdonables vejámenes de parte de la insolente soldadesca haitiana; hasta el extremo de que las nobles y decididas hermanas Rosa y Francisca recibieron de las torpes manos de los negros invasores duros é inauditos atropellos. De este insulto que recibieron las hermanas Duarte y Diez, se hace eco el consagrado trinitario Juan Isidro Pérez de la Paz, cuando en una carta dirigida a Don Prudencio Diez a Caracas, le dice: “Don José Diez también está muy malo. Dicen que la pena de ver atropelladas las hermanas de Duarte, está acabando con él”. (18). Así también, el prócer Pedro Alejandro Pina escribía a Juan Pablo Duarte el 27 de Noviembre del 1843: “Su familia está desesperada con las amenazas que sufre



y con la enfermedad de Don Juan. Si este pobre anciano no puede recobrar la salud, démosle al menos el gusto de que vea, antes de cerrar sus ojos, que hemos coadyuvado de todos modos a darle la salud a la patria”. (19).

*
**

El 15 de Noviembre del 1843, Vicente Celestino Duarte y Francisco del Rosario Sánchez, dirigían al perillustre Juan Pablo Duarte, a la sazón en Caracas en espera de la ayuda que le había prometido el Presidente Carlos Soublette, la siguiente epístola: “Después de tu salida, todas las circunstancias han sido favorables, de modo que solo nos ha faltado combinación para haber dado el golpe. A esta fecha los negocios están en el mismo estado que tú los dejaste; por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: 2000 ó 1000, ó 500 fusiles, a lo menos; 4000 cartuchos; 2½ o 3 quintales de plomo; 500 lanzas o las que puedas conseguir.

.....

“Juan Pablo, volvemos a repetirte la mayor actividad, a ver si hacemos que diciembre sea memorable”.

El Presidente Soublette no había podido cumplir su ofrecimiento, y la situación económica del Maestro y Fundador de nuestra Nacionalidad era tan precaria, que Juan Isidro Pérez aconsejaba a los demás trinitarios expulsos que vendieran sus relojes y las hebillas de sus correas para reunirle el pasaje a su admirado Juan Pablo para que pudiera regresar al suelo de la Patria. Y entonces el Apóstol, ante el urgente requerimiento de dos de sus más aventajados discípulos, dirige a su familia esta carta, única en los anales de la Historia de América.

“El único medio, les decía, que encuentro para poder reunirme con Ustedes es independizar la Patria. Para con-



seguirlo se necesitan recursos, supremos recursos, y cuyos recursos son: que Ustedes, de mancomún conmigo, y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y no tendremos porqué arrepentirnos de habernos mostrados dignos hijos de la Patria”. (20).

La hora del supremo sacrificio había llegado, y la familia Duarte y Diez, siempre solícita a prestarle su más firme ayuda a su querido y predilecto Juan Pablo, inmoló en aras de la santa causa de la redención de la Patria todos sus bienes de fortuna.

En este momento solemne para el patriotismo, cedamos la palabra al benemérito Don Emiliano Tejera. Dice nuestro insigne publicista al comentar este acto de noble y sin igual desprendimiento: “Duarte, durante los nueve años empleados en los trabajos por la Independencia, y sobre todo en los cinco y medio transcurridos desde la fundación de La Trinitaria, había ido gastando poco a poco su caudal, y para entonces muy poco o nada le quedaba. Pero existían bienes de familia, procedentes de la herencia paterna, aún indivisa, y él no vaciló en sacrificar la parte que le correspondía, y en pedir a sus hermanos y hermanas sacrificasen la suya. (21).

“Pero como en esos momentos era imposible vender las propiedades de la sucesión, pues ésto habría sido mal visto por las autoridades haitianas, los Duarte tomaron a préstamo, privadamente, las sumas necesarias para preparar el movimiento del 27 de Febrero. Y como poco después de la Independencia la familia Duarte fué perseguida



y desterrada, tuvo que sacrificar todos sus bienes, único modo de cumplir, antes de abandonar para siempre el suelo de la patria, los compromisos contraídos para ayudar a su liberación”. (22).

Don José Gabriel García nos dice, al referirse a este sublime gesto de abnegación que por la Independencia Nacional llevaron a cabo los Duarte y Diez, que los honrosos conceptos emitidos en su carta por el puro e inmaculado Fundador de la República los oyeron leer Sánchez, Mella y otros patriotas: “al recoger de la familia la autorización de disponer de todos sus haberes para la realización del pronunciamiento proyectado, autorización de que fueron testigos José Diez y Enrique Duarte, dos de los parientes más cercanos, y que hizo ruido entre los demás adeptos a la causa nacional, quienes imitaron tan singular ejemplo contribuyendo cada uno, según sus fuerzas, para la compra de pólvora y plomo, reunión de armas y confección de cartuchos”. (23).

*
**

Sobre la atalaya épica del Conde vibró, ufana y magnífica, la diana gloriosa de Febrero. Enardecidos los ánimos ante el arrojo legendario del inolvidable Ramón Matías Mella, todos los conjurados, fieles al mandato que les imponía el honor y el patriotismo, corrieron a ocupar sus puestos en aquella noche memorable en que el heroísmo recojía en los pañales del triunfo a la Nacionalidad recién nacida. Y aunque el espíritu inmortal de Juan Pablo Duarte presidía aquel golpe brioso que nos diera tan justa y tan ansiada liberación, la familia Duarte y Diez no dejó de tener en él un representante directo, pues Vicente Celestino Duarte, a quien acompañaban su hijo Enrique, Juan Villeta, Leandros Espinosa, Francisco y Gregorio Contín y o-



tros, no tardó en llegar de los primeros a aquella cita que en nombre de la libertad había dispuesto el patriotismo.

Constituída la República, Vicente Celestino Duarte formó parte de la Junta Gubernativa Provisional y fué de los delegados designados por esta Junta para ajustar las bases de la capitulación del general haitiano Desgrotte, en compañía del Doctor José María Caminero, Manuel Cabral Bernal, Manuel Aybar, Pedro Ramón de Mena y Francisco Javier Abreu. Como lo ha hecho notar el historiador García, Vicente Cestino Duarte era, en esta comisión, el único verdadero **febrerista**, pues los demás delegados no eran más que unos “individuos que acababan de presentarse acatando el hecho cumplido”.

*
**

El 14 de Marzo de 1844 regresó al suelo de la Patria reducida el perilustre Juan Pablo Duarte. Durante su obligada ausencia, miles fueron los padecimientos porque atravesó su resignada familia. Y como nos cuenta Rosa Duarte en sus verídicos Manuscritos: “Su anciana madre y sus hermanas le recibieron anegadas en lágrimas, pues su deseada presencia hacía más dolorosa la pérdida del esposo y padre tan querido. Lamentándose su madre de que su padre no presenciara la llegada del más querido de sus hijos, el prebístero Dr. Bonilla, entre otras palabras de consuelo, le dijo: los goces no pueden ser completos en la tierra, y si su esposo viviera, sería para Ud. un día de júbilo que solo se puede disfrutar en el cielo. ¡Dichosa la madre que ha podido dar a la patria un hijo que tanto la honra!

“A las dos de la tarde notó el general Sánchez que las ventanas de Duarte no tenían banderas. Pidió unos velos blancos y él mismo formó con ellos unas banderas que colocó en las ventanas, con aplausos de todos, diciendo:



hoy no hay luto en esta casa; no puede haberlo; la patria está de plácemes, viste de gala, y Don Juan mismo, desde el cielo, bendice y se goza en tan fausto día!” (24).

*
**

Los **afrancesados**, apoyados en la espada de Santana y dirigidos por la astucia de Don Tomás Bobadilla, echaban por tierra el supremo **Ideal Febrerista**. La Junta Central Gubernativa aprobó el Plan Levasseur el 8 de Marzo del 1844 y Duarte, con sus autorizadas y enérgicas protestas del mes de Junio en las sesiones de esta Junta y dentro del pueblo y del ejército, logró alejar los peligros de plan tan nefando y antipatriótico. Con mucha exactitud ha dicho el Dr. Alcides García que “fué indispensable la presencia de Duarte para que se salvara Febrero”. (25).

Melia proclama a Duarte en el Cibao como Presidente de la República, y como lo expresa un documento de la época, ante esta actitud bien inspirada del vibrante rebelde del Baluarte, “herida de muerte la legalidad”, el día 10 de Septiembre son expulsados del suelo de la Patria Juan Pablo Duarte, Vicente Celestino Duarte, Enrique Duarte, Don José Diez y un grupo de esclarecidos patriotas. Desde esta fecha de imperdonable injusticia, la familia Duarte y Diez comienza a ser víctima de la ambición desmedida que arrastró por oscuras sendas de odios y de crímenes a sus propios conciudadanos.

El día 3 de Marzo del 1845, cuando apenas contaba dos años de vida la República, las ancianas manos de Doña Manuela Diez recibieron la siguiente comunicación:

“Manuel Cabral Bernal
Secretario de Estado del despacho del Interior y Policía
A la Señora Manuela Diez. Presente.



Señora: Siéndole al Gobierno notorio por documentos feacientes, que es a su familia de Ud. una de aquellas a quienes se le dirigen del Estrangero planes de Contra-Revolución e instrucciones, para mantener el país intranquilo, ha determinado enviar a Ud. un pasaporte para el Estrangero, el que le acompaño bajo cubierta a fin de que a la mayor brevedad realice Ud. su salida con todos los miembros de su familia, evitandose el Gobierno de ese modo emplear medios coercitivos para mantener la tranquilidad pública en el País.

Dios guarde a Ud. muchos años

Cabral Bernal” (26).

Así correspondían sus compatriotas al ingente sacrificio que con firmeza y valentía habían llevado a cabo por la Independencia de la Patria.

*
**

A las tierras de la hospitalaria Venezuela fueron a buscar refugio Doña Manuela Díez y sus dos hijas Rosa y Francisca. Y eran tan escasos los recursos con que contaba esta familia patricia al llegar a la Patria mil veces heroica del inmortal Bolívar, que el 25 de Diciembre del 1845 Juan Isidro Pérez de la Paz, desde la ciudad de Cumaná le escribía a Juan Pablo Duarte, quien se había ya reunido con su ilustre familia, esta página de dolor que desespera y desencanta:

“No puedo más, (le decía quien más tarde sería el **ilustre loco**). Mándame a decir, por Dios, q. no se morirán Uds. de inanición: mándamelo asegurar, porque esta idea me destruye. Nada es sufrir todo jénero de privaciones, cuando se padece por la patria, y con una conciencia tranquila;



mándame asegurar, en tu primera carta, que no perecerán de hambre". (28).

Como se deduce de esta sentida carta, en un inmerecido estado de desesperante miseria pasó sus últimos años esta virtuosa familia, lejos del suelo querido de la Patria y sufriendo amargamente los imperdonables desatinos y negras injusticias con que malograba el porvenir de la nacionalidad recién nacida aquella turba ciega constituida por aquellos que por falta de fé y de cultura no pudieron comprender el ideal de libertad, de dignidad y de civismo que tan firme y noblemente predicara el inmaculado Juan Pablo Duarte.

No es exajerado afirmar que la familia Duarte y Diez ocupa el primer puesto en la historia de ese movimiento complicado y desconcertado que culminó con la proclamación de nuestra Independencia. De su seno surgió, para justa admiración del Mundo y para honra de América, la figura perillustre del eximio Fundador de la Nacionalidad Dominicana. Y fiel a la hondura de su virtud y a los llamados urgentes de la sangre, se abrazó con fé y con valentía a las ideas y principios que hicieron del más esclarecido de sus miembros un sublime predestinado. Así, luchó esforzadamente por su santa causa, que era la única y legítima de la Patria, y recorrió con él, palmo a palmo, la amarga senda de dolor, de incompresión y de injusticia que para llegar al inolvidable Gólgota de su cruento martirio le trazaron, echándose en brazos del vejamen y del cinismo, sus propios conciudadanos. Como lo ha dicho Rosa Duarte, esa "ingenua, veraz y respetabilísima dama": "Nosotras en todo somos las herederas de todas las contrariedades que a cada instante, como una rémora, Juan Pablo encontraba en su camino, y no exagero".

Para concluir este estudio dejemos que las dignas y sufridas hermanas Duarte y Diez, las cuales junto con la ex-



celsa María Trinidad Sánchez sintetizan la expresión suprema del valor y del heroísmo de que son capaces nuestras mujeres cuando la Patria gime en cadenas de dura esclavitud, nos digan desde las lejanías de un penoso e inmerecido exilio, su profundo amor a la santa causa de la libertad nacional y sus sinceros sufrimientos ante el penoso estado al cual habían llevado a la República los que cegados por la ambición y sumidos en fatal incredulidad, no fueron capaces de encauzar la naciente nacionalidad por las sendas de dignidad cívica trazadas por el puro **Ideal Febrerista**.

Desde Caracas, y el 10 de Febrero del 1885, decía Rosa Duarte, en nombre de ella y de su hermana Francisca, a Don Emiliano Tejera, lo siguiente:

“Cuando recuerdo lo pasado y miro de mi infelice patria el presente, y que para colmo de nuestra desventura, los que debían por su propio decoro levantar la voz, permanecen mudos, me digo: los pueblos cuando menos se espera degeneran, esto no es una reconvención a ese pueblo mío, no, no son ellos los culpables, en particular somos nosotros, que en lugar de andar errantes debíamos haber vuelto a morir al pie de nuestra bandera, pero ya para nosotras todo pasó, todo desapareció”. (29).



ADICIONES

-- I --

El Maestro Doctor Federico Henríquez y Carvajal, en su bello artículo intitulado "LA FAMILIA DUARTE" aparecido en el folleto "**Gloria a Duarte**" (Santo Domingo, Imprenta J. R. Vda. García, Sucesores, 1930) expresa lo siguiente: "De ocho personas principales se componía la familia: la madre, doña Manuela Diez y Ximenez, Viuda Duarte, y sus siete hijos: Vicente Celestino, Juan Pablo, Rosa, Filomena, Sandalia, Manuel y Francisca". Para decir después el Maestro, con su estilo siempre expresivo y profético: "Manuel se volvió loco ante el cuadro de tristezas de su familia. Sandalia fué virgen y mártir en la aurora de su juventud florida".

Y como exclama el ilustre Presidente de nuestra Academia de la Historia: "Allí, al pié de Avila, rindieron todos la carga de la vida en duelo. Los últimos en morir fueron: Juan Pablo, el 16 de Julio de 1876; Rosa, el 25 de Octubre de 1888; Francisca, el 17 de Noviembre de 1889; y Manuel el 8 de Agosto de 1890". (**Gloria a Duarte** - pág. 39).

-- II --

Don Juan José Duarte y Rodríguez, falleció en la Ciudad Primada el 25 de Noviembre de 1843, como se desprende de este testimonio de Rosa Duarte: "Diciembre 20.- A su llegada a Curazao recibe cartas de su familia que le participan el fallecimiento de su querido padre acaecida el 25 de Noviembre ppdo.; desesperado por no hallar medios para fletar un buque y dirigirse a Guayacanes, lugar en donde sabía le esperaban sus amigos y hermanos con los pertrechos y armamento que pudiera conseguir, resuelven pasar



a St. Thomas, viaje que no verificó porque le atacó una fiebre cerebral que no le permitía hacer nada, hasta el cuatro de Febrero”. (Rosa Duarte - Apuntes).

-- III --

Para dejar demostrado el hondo amor a la libertad que animaba el corazón de Don Juan José Duarte y Rodríguez, su amplitud de criterio y el firme apoyo que prestó, en su noble campaña libertadora, a su preferido y querido hijo Juan Pablo, copiemos aquí este pasaje de los interesantes Apuntes de Rosa Duarte. “Entró a las once de la mañana el General Riviers a la ciudad seguido de sus tropas y rodeado de los portadores de la maldecida representación que desde el día anterior había salido a recibirlo. Los viles aduladores del poder de Riviers le recibieron con muestras de la mas degradante alegría. Después de un paseo militar por las calles se retiró Riviers al Palacio Nacional y mandó que uno de los Batallones se alojara al lado y frente de la casa de Duarte, el que se había ocultado el día anterior en el almacén del señor José Ginebra; los enemigos de Duarte que sabían que estaba allí, le dijeron a los Ginebras, que si no le negaban su asilo, iban a ser envueltos en su ruina. Duarte, que en el dormitorio había oído a sus enemigos, determinó salir a las once de la noche a la calle, pues quería evitar a sus muy queridos amigos, graves perjuicios; determinado ya a salir a las once de la noche apesar de los ruegos de José, llegó su hermano Joaquín y le dijo que había conseguido donde ocultarlo, pero que esperase a mas tarde, a las dos de la madrugada, y le acompañó a la casa de la madre del Sr. Juan Alejandro Acosta. A las dos de la tarde fué el Maestro Julián Alfau a ofrecerle a su padre su casa o la de otro de sus amigos, porque decía que los Rivieristas sabían que estaba oculto en casa de la



madre de Juan Alejandro Acosta. Su padre le contestó que ignoraba donde se hallaba y que no daría ningún paso que pudiera comprometer a tercera persona. (Había acabado de salir el Señor Francisco Ginebra que había ido a decirle que buscara un lugar donde ocultarlo, porque sabían donde estaba y esperaban la noche para ir a sacarlo). A las tres de esa misma tarde fué el Pbro. Dr. Bonilla a decir a su padre que le aconsejara presentarse, porque ocultándose se hacía más sospechoso. Su padre contestó, que era mayor de edad y por lo tanto libre en sus acciones. A la oración fué Don Luis Betances a suplicar que tocaran y cantaran, para que viendo a sus hermanas alegres, creyeran sus enemigos que se había embarcado y cesaran de perseguirlo.

.....

“Apenas había salido Sánchez, llegó el joven Joaquín Lluberes, confirmando las noticias recibidas durante el día. El padre de Duarte lo mandó a la casa donde Duarte estaba oculto a decirle que el Coronel Sánchez lo esperaba en la plaza del Carmen. A poco volvió Lluberes, diciendo que en la casa no lo dejaban salir y que en el vecindario había como cincuenta hombres ocultos dispuestos a morir si lo iban a buscar. No había acabado de hablar Lluberes, cuando llegó el joven Pedro Ricart, mandado por los Ginebras, a decirle a su padre que se apresurara a sacarlo, que las tropas que iban a buscarlo, se estaban formando en la plaza. Acompañado su padre de su nieto Vicente, que era casi un niño, subió el Angulo de la muralla y llegó al Cachón, lugar escabroso donde lo encontró rodeado de algunos amigos. Considerar cuanto habían sufrido sus padres y hermanos, durante ese aciago día; los amargos sufrimientos que la presencia de su padre le hacía comprender, que no le dejaban ni en la noche tener algún reposo,



fué la primera copa de acíbar que sus enemigos acercaron a sus labios desgarrándole el corazón. Su padre después de abrazarlo le dijo: “Francisco Sánchez te espera a las diez en la plaza del Carmen, y con él tus amigos, aquellos con quienes te liga un juramento, y tu padre te manda salgas de un lugar en que solo puedes encontrar una muerte cierta que quitaría la vida a tu afligida madre”. Después de haber abrazado a los que le rodeaban, salió acompañado de su padre hasta la plaza de la iglesia de San Lázaro. Al separarse su padre lo bendijo. Al ver que Vicente lo seguía, se volvió y dijo: “Padre, pobre padre, tu hijo se separa de tí para siempre”. El le contestó enternecido: “Mando a que te acompañe para a su vuelta saber quedas en seguridad al lado de tus amigos”.

-- IV --

Herard Rivier se ensañó con la familia Duarte y Diez del modo mas cruel y salvaje. Como dice Rosa Duarte: “Desde el día catorce por la mañana y por la tarde mandaba Riviers tres oficiales a solicitar a Duarte a su casa y lo mismo en casa de Pina, Sánchez, Pérez, visita que se consideraba que no era sino por el bárbaro placer de atormentar las familias”.

No solamente el dictador haitiano maltrataba a la noble familia del Fundador de la República, sino también ese grupo indigno de malos dominicanos que no pudieron alcanzar la altura sublime de su Apostolado.

“Julio 18.- Los enemigos ideando infamias por ver de cojer a Duarte, mandaron dos oficiales del Batallón que estaba alojado frente a su casa a proponer a sus hermanas que bordaran una bandera con las armas de Colombia diciendo que habían cojido dos pabellones **colombianos** en Santiago y se había perdido uno, y querían llevar dos a Puerto Príncipe. El padre de Duarte contestó que sus hi-



jas no sabían bordar; los oficiales querían dejar la bandera de muestra, pero como su padre no quería recibirla, los oficiales le irritaron; al alboroto, se reunió gente del pueblo alborotada también. El Comandante del Batallón (con quien amenazaban los oficiales) llegó en ese momento y los hizo salir, amenazándolos con dar parte a Riviers. El objeto de querer los enemigos de la patria poner en poder de su familia una bandera colombiana era que la atropellaran para que él saliera y formar de esa bandera el cuerpo del delito, que se le imputaba: unir a Santo Domingo a Colombia. Colombia no existía, pero que Riviers aceptaba esa patraña porque favorecía sus intereses”.

Por juzgarlo de interés reproducimos aquí la descripción que hace Rosa Duarte del allanamiento realizado en su respetable hogar por las hordas negras de Riviers.

Dice Rosa Duarte: “Julio 24.- A las cuatro de la tarde fueron allanadas las casas de su tío Don José Diez y la suya. Al oficial que llevaba la orden de registrar la casa le acompañaba una numerosa tropa de la que una parte cercó la manzana y la otra se introdujo en la casa dividida en dos filas, de dos en fondo; una fila de soldados armados entró por el dormitorio principal hasta las piezas interiores; y la otra se extendió desde la calle pasando por la sala hasta los corrales. Colocada la tropa se dió principio al registro el que duró hasta las seis de la tarde, pues sus hermanas sabiendo que iban a registrar la casa, aglomeraron en la galería, ayudadas por las sirvientas y algunos jóvenes, muchas y grandes cajas llenas de ropa, y loza que tenía su madre, montándolas unas sobre otras. Su casa estaba tan vigilada, que los afrancesados supieron el asunto de las cajas y fueron con la tropa cuatro a seis cargadores de madera para bajarlas; aburridos de trabajar inútilmente, pues no lo encontraron, el jefe mandó desfilar la tropa en dirección del almacén; él se hallaba oculto tras una ventana entor-



nada que quedaba frente a su casa, presenciando lo que pasaba en ella; allí vió a uno que fué Edecán de Carries señalar la ventana al Comandante Hipolitte Franquil, jefe de la tropa diciéndole: “Mr. Duarte está en esa casa, pues lo vieron asomarse a esa ventana cuando su padre se presentó en la puerta pidiendo la orden para allanar su casa; lleven a su padre y verá como al instante él se presenta”. Afortunadamente, los haitianos eran esclavos de la ordenanza y muy celosos de su autoridad, por lo que no tan solo lo mandó a callar, sino que como el oficioso le contestó con una amenaza, dió orden al Sargento para que lo llevara arrestado. Salió su padre con las tropas que también tenían orden de registrar el almacén. Temiendo que siguieran el monstruoso consejo y que al no encontrarlo se llevaran a su padre, resuelto a presentarse en tal caso, se acercó al almacén saltando la pared del corral de la casa en donde estaba, acompañado de algunos patriotas siguió por los patios escalando las paredes hasta caer al frente del almacén de su padre; llegó en casa del señor Teodoro Ariza, el que le informó que no hallándolo en el almacén, las tropas se habían retirado y su padre había vuelto a su casa”.

-- V --

Por la libertad de la Patria, la ilustre familia Duarte y Diez no solamente sacrificó sus bienes de fortuna, sino también la felicidad del hogar, las bonanzas de la existencia y hasta el preciso tesoro de la vida.

De labios de Rosa Duarte, veraz y justiciera al recoger en sus valiosísimos Apuntes muchos rasgos de la vida de noble Apostolado del Maestro y Fundador Juan Pablo Duarte, recojamos el testimonio de esta dedicación fervorosa de su patricia familia al ideal sacrosanto de la Independencia.



“Febrero 28.- Sus hermanas y sobrinos con ayuda de los sirvientes, convirtieron en balas, las planchas de plomo que habían en el almacén, material de marina que se necesita para el forro en los buques. Los cartuchos que repartió su hermano Vicente en los Llanos y demás pueblos (excepto el Seybo fueron fabricados por las manos de las Duarte, y esa prueba de amor y patriotismo, fué recompensada con un cruel destierro. Cuando el señor Arzobispo Dr. Tomás de Portes, el Pbro. Dr. Bonilla, Don Francisco Pou y otros, preguntaban a la Junta Suprema la causa por qué se desterraba a una respetable anciana con sus niñas, amenazándolas en el pasaporte con que si no se embarcaban el Gobierno se vería en el caso de emplear medios coercitivos, Bobadilla les contestó: “Ellas fabricaban balas para la Independencia de la patria, con mas razón no escacearán medios ni recursos para la vuelta del hermano que lloran ausente”. También las fabricaron muchas otras en los que se nombran la familia de Ravelo, y la Sra. hermana del Dr. Valverde y otros y otras a quienes libró la Providencia, excepto la Sra. Da. Ana Valverde, señora muy respetada; el día que salió para el destierro se bendijo el fuerte de San Antón, que se había reedificado con la suscripción que la dignísima patriota salió a recoger entre los dominicanos que estaban entusiasmados y orgullosos de tener su patria libre”.

NOTAS

1.— Rodríguez Demorizi.- “Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia”.- CLIO.- Fascículo V.- Septiembre-October 1935.- Pág. 130.



2.— Emilio Tejera.- “Ascendencia paterna de Juan Pablo Duarte”.- CLIO.- Marzo-Abril 1933.- pág. 40.

3.— Emiliano Tejera.- Item.

4.— Estado Civil de Santo Domingo.- Citado por Emilio Tejera.- Item.

5.— Máximo Coiscou Henríquez.- “Contribución a una biografía crítica de Juan Pablo Duarte y Diez”.- La Opinión, números 1600, 1602 bis y 1604, de 26, 29, 30 y 31 de Marzo del 1932.

6.— Dr. Alcides García.- “Duarte y Martínez de León”. Listín Diario.- Enero 26 - 1935. Núm. 13982.

7.— José María Serra.- “Apuntes para la Historia de los Trinitarios”.- Santo Domingo, 1887. Pág. 13.

8.— Citado por Leonidas García.- “Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad etc.”.- CLIO.- Septiembre-October, 1933.- pág. 125.

9.— Lic. Leonidas García.- “Gráfica descripción de la vida del ilustre Juan Pablo Duarte”.- Listín Diario.- Julio 16 de 1930. No. 13,062.

10.— José María Serra.- Opúsculo citado.

11.— El viejo Don Juan José estaba al tanto de las gestiones revolucionarias de sus hijos Vicente Celestino y Juan Pablo, y se cuidaba de ayudarlos y de protegerlos.- Como nos relata en un interesante artículo el Lic. Ramón Lugo Lovatón: “El mismo padre de Duarte, en ocasión de que Francisco del Rosario Sánchez vislumbraba en él cierta desconfianza por no informarle en que sitio se encontraba Juan Pablo, el viejo Don Juan, estrechando las manos de Sánchez, díjole: “No desconfío en absoluto del hombre ge-



neroso que salvó la vida de tres españoles (se refería al Sánchez abogado), a los cuales una vil calumnia condenaba a infame horca y en prueba de ello, dime en que sitio y hora le esperas”.- (Lugo Lovatón.- “Notas Breves sobre Francisco del Rosario Sánchez”.- Listín Diario.- Mayo 9 de 1933. No. 14,024).

12.— M. R. Lepelletier de Saint Remy.- “Santo Domingo y los nuevos intereses marítimos de España”.- CLIO.- Septiembre-October 1934.- pág. 162.

13.— José Gabriel García.- “Compendio de Historia de Santo Domingo”.- Tomo II. pág. 209.

14.— José G. García.- Obra citada.

15.— No hay duda de que Rosa Duarte estaba en conocimiento íntimo del movimiento revolucionario encabezado por sus hermanos y otros patriotas.- Prueba de ello son sus valiosos Manuscritos.

16.— Carta de V. Gneco a Don J. R. Roque.- Febrero 15 de 1889.- Publicada en el Listín Diario por Ramón Lugo Lovatón en su artículo: “Sánchez y el 27 de Febrero del 1844”.- Lunes, Febrero 27 de 1933. Núm. 14,014.

17.— García. Obra citada.- T. II.- pág. 222.

18.— Documentos Históricos del Archivo Duarte.- Publicado en CLIO por Don Emilio Tejera.

19.— Item.- Carta dirigida a Caracas. Noviembre 27 de 1843.

20.— Emiliano Tejera.- “Monumento a Duarte”.- pág. 17.- Citado por Emilio Tejera.- CLIO.- Fascículo XXI.- p. 70.- Nota 3.

21.— En nuestras investigaciones hemos podido averiguar que además de Vicente Celestino y de Juan Pablo, hu-



bo otro hijo varón en la familia Duarte y Diez.- Don Emiliano Tejera, al hablarnos de **hermanos** y **hermanas**, parece justificar la exactitud de esta noticia.- Aunque no hemos encontrado una prueba documental de la existencia de este otro hermano del ilustre Fundador de la República, si realmente existió, también es merecedor del glorioso recuerdo que aureola su noble familia, pues también sacrificó sus bienes de fortuna en aras de la Independencia de la Patria.

22.— García.- Obra citada. T. II. pág. 225.

24.— Rosa Duarte. Manuscritos.- “Llegada de Duarte el 14 de Marzo de 1844’.- Publicado por Don Emilio Tejera CLIO. Fasc. V.- 1935, p. 143.

25.— Dr. Alcides García.- “El 27 de Febrero ignorado”. Listín Diario. Febrero 27 de 1934. Núm. 14,375.

26.— Documentos del Archivo Duarte. Don Emilio Tejera. CLIO.- No. XXIII.- p. 137.

27.— Item. CLIO.- No. XXI. pág. 70.- Nota 3a.

28.— Carta de Rosa y Francisca Duarte y Diez a Don Emiliano Tejera.- Caracas, Febrero 10 de 1885.- Listín Diario. Febrero 27 de 1932.

29.- Cartas antes citada. Febrero 10 de 1885.

CONDE VOLNEY

Guido DESPRADEL Y BATISTA





**Se terminó la impresión de este tomo
el 29 de Octubre de 1938, bajo la dirección
de Julio Acosta hijo, Secretario General
de la Sociedad Amantes de la Luz en
funciones de Editor Comisionado.**



AMANTES DE LA LUZ

Sociedad Literaria

Fundada el 4 de Junio de 1874 por
Manuel de Js. de Peña y Reynoso en
Santiago de los Caballeros — República Dominicana

Directiva:

1938 - 1939

Dr. Abel González Presidente
Dr. Federico A. Rojas Primer Vicepresidente
Prof. Aurelio Cucurullo Segundo Vicepresidente
Julio Acosta hijo Secretario General
Jorge Abigail González Vice Secretario
Lcdo. Julio de Peña Tesorero
Prof. Federico Izquierdo Vice Tesorero
Lcdo. Agustín Acevedo Inspector Bibliotecario
Prof. L. de Js. Castaños Vice Insp. Bibliotecario

Censores en Comisión:

Pbro. Canónigo Ml. de Js. González
Pedro Ma. Archambault

El Certamen Conmemorativo del Centenario de La
Trinitaria comenzó en el período anual que terminó
el 4 de Junio de 1938 bajo la Presidencia del
Prof. Antonio Cuello.





.....
.....
DUARTE,
SU FAMILIA,
PINA Y
LA TRINITARIA
.....
.....